



KATE L. MORGAN

*El marqués
y la Doncella*



**EL MARQUÉS
Y LA DONCELLA**

KATE L. MORGAN

[CAPÍTULO 1](#)

[Helvellyn House, Kent, 1856](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[Norhan, frontera con Escocia, 1860](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[Helvellyn House, condado de Kent, Inglaterra](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

CAPÍTULO 1

Helvellyn House, Kent, 1856

¡HABÍA ESCAPADO DE MILAGRO!

Alan Benedict Redmayne, cuarto marqués de Glastonbury, estaba tan furioso como aliviado. Se había confiado como si fuera un adolescente inmaduro. Lady Louise Niven había tendido sus garras en torno a él, y casi logra atraparlo. Si no hubiera sido por su leal amigo el barón de Conisthon, ahora tendría mucho que lamentar, pero Eduard lo había avisado con tiempo suficiente, y él había podido salir por la parte trasera de la casa sin que los periodistas lo pillaran. Había saltado por la ventana como si fuese un delincuente, pero había escapado con su reputación intacta.

Ahora que se encontraba camino de Helvellyn House, su casa de campo en Ken, veía lo mucho que se había arriesgado al seducir a la viuda Niven, pero la mujer era tan hermosa, vivaz, y sexualmente activa en la cama, que había creído que el riesgo merecía la pena. Aunque solo buscaba pasar con ella buenos ratos, para nada podía imaginarse que la mujer pretendía convertirse en la cuarta marquesa de Glastonbury.

Alan huía del compromiso como de la peste pues estaba convencido de que todavía no había llegado el momento de sentar la cabeza, y de dar al marquesado el heredero que necesitaba. Pensaba disfrutar de las mieles de la soltería todo el tiempo que fuese posible.

Una vez en Helvellyn House se tomaría un tiempo de descanso, se mantendría apartado de Londres, y del posible escándalo de su huida pues con su marcha desatendía varios compromisos que ya había aceptado: se limitaría a cabalgar y descansar hasta que pasara la temporada social aunque estaba en pleno apogeo.

Alan soltó un suspiro largo.

Estaba en deuda con Edward, y se dijo que iba a pagarle una cena en White's cuando regresara. Volvió a pensar en los planes de la viuda, y sintió un escalofrío. La mujer había contratado los servicios de un periodista amigo de ella, y de un dibujante para pillarlos juntos, de esa forma, la dama vería comprometida su reputación, y él tendría que reparar el daño ofreciéndole matrimonio. ¿Cómo se había dejado enredar hasta ese punto? Estaba perdiendo facultades porque de lo contrario no se explicaba su falta de atención a las señales que ella le enviaba: las citas cada vez más temprano en su casa, así como las visitas inesperadas de conocidos distinguidos, y de la que ambos compartían amistad.

Pensó en el Juez Jefferson, amigo de su padre y fiel defensor de que sentara la cabeza de una vez. Su hija Imelda podría ser una buena candidata, pero a él le gustaban las mujeres rubias y exuberantes. De pechos generosos y caderas voluptuosas. La viuda Niven cumplía sus gustos sexuales a la perfección, pero era una embaucadora de la que iba a mantenerse a buen recaudo cuando regresara a Londres.

El carruaje con el escudo familiar de los Glastonbury siguió su recorrido por los verdes campos. Había dado la orden de no parar en la posada habitual pues quería llegar a la casa antes de la madrugada. Lamentaba tener que levantar al servicio, pero no había tomado ningún alimento

desde el desayuno.

Alan se recostó en el mullido sillón de terciopelo rojo, y cerró los ojos tratando de dormir algo, pero estaba tan alterado que le resultaba imposible. Pensó de nuevo en Helvellyn House, y en lo que le gustaba a su madre esa propiedad en particular. Los Redmayne poseían varias mansiones a lo largo y ancho del reino, pero ninguna como la propiedad de Kent. Su madre la había dotado de un sello personal y único que hacía que la casa fuese un verdadero hogar.

La extrañaba mucho, y pensar en su madre lo llevó a enarcar las cejas. Había sido tan injusto que sus progenitores murieran en ese accidente absurdo: iban de regreso a Londres cuando el eje del vehículo se partió y el carruaje terminó cayendo por un precipicio. Él tenía entonces dieciocho años, y del accidente habían pasado diez. Alan no se había recuperado de su pérdida, y creía sinceramente que nunca lo haría.

De repente pensó en el doctor O'Sullivan y en su hijo. De niño había jugado mucho con él, y se preguntó si Richard seguiría en el campo o se habría marchado a buscar mundo, como solía decir. Acababa de decidir que los invitaría a cenar una noche, pues el doctor O'Sullivan era el más indicado para ponerlo al día con respecto a todo.

Cuando el carruaje frenó de pronto, Alan se asomó por la ventanilla. Habían llegado a Helvellyn House mucho antes de lo esperado. Saltó del vehículo en el momento que el palafrenero sacó el escabel, cogió del interior la capa, el sombrero y bastón, y subió los peldaños de la casa de dos en dos. La suave escalinata de piedra daba la bienvenida a una mansión excepcional de ladrillo rojo y rebordes de piedra blanca.

Tocó la puerta con el mango de oro del bastón, y esperó. Unos momentos después, una lámpara de gas fue prendida, y otro después, Flint, el mayordomo, abrió la puerta. Parpadeó sorprendido al verlo plantado frente a él.

—¡Lord Redmayne! —exclamó—, no lo esperábamos.

—Buenas noches Flint —respondió al mismo tiempo que el mayordomo se apartaba para permitirle el acceso—. Me aburría de esta temporada en Londres, y he decidido darme un descanso.

Le entregó la capa, el sombrero, los guantes y el bastón.

—Es un placer recibirlo en Helvellyn House —dijo el hombre de bigotes blancos y rizados.

—Estoy hambriento —afirmó el noble con una media sonrisa.

Recordaba los asados de venado que su madre ordenaba preparar.

—Despertaré a la cocinera —anunció el mayordomo.

—Mientras tanto me daré un baño pues llevo parte del día viajando.

—Lo dispondré todo milord...



—¡Elina, despierta! —la mujer parpadeó soñolienta.

—¿Qué hora es? —preguntó bostezando.

—La una de la madrugada —respondió la voz madura.

Eve, el ama de llaves y esposa del mayordomo, había sido la encargada de despertarla.

—¿Qué sucede? —la mujer se reincorporó hasta quedar sentada en el lecho.

—Ha llegado lord Redmayne de improviso.

—¿A la una de la madrugada?

—Mi esposo me ha explicado que se aburría en Londres.

Elina se dijo que bien podría haber salido a primera hora de la mañana, porque así habría llegado a Helvellyn House a una hora más apropiada.

—¡Está hambriento! Y tú eres la cocinera.

Elina suspiró pues no había dejado nada preparado.

—Herviré unos huevos y prepararé una ensalada.

—Lord Redmayne tiene un gusto exquisito por la comida, y le encanta el asado —dijo la doncella.

—Pero no puedo hacer un asado a la una de la madrugada.

—Mi marido le está ayudando con el baño, tendrás más tiempo para elaborar algo más acorde a su apetito. ¡Vamos, date prisa!

Elina se rehízo la gruesa trenza de pelo negro, y se ajustó el cinturón de la bata a la estrecha cintura.

—No me da tiempo a vestirme de forma apropiada.

Elina escuchó que la otra mujer se quejaba en murmullos que no entendía.

—Lord Redmayne no sabe que hemos cambiado de cocinera —ahora sí que la oyó—. Así que por favor, cocina algo muy sabroso.

Elina era una excelente cocinera pues había tenido la mejor maestra, su madre, pero no tendría tiempo de preparar algo elaborado. Se calzó las zapatillas, y corrió tras Eve como si el alma le fuera en ello. Las dos llegaron rápido a la enorme cocina, y Elina soltó un suspiro de alivio porque el horno seguía teniendo ascuas. Como había amasado la tarde anterior, pensó que podría hacer una tarta rellena con la carne que tenía puesta en adobo.

—¿Me echas una mano, Eve?

—¿Qué puedo hacer?

Durante los treinta siguientes minutos, Elina rellenoó una lámina de masa fina con la carne adobada, le puso huevo cocido, y su particular toque de especias. Además frió unas tiras de Bacon con las que envolvió unas pechugas de pollo que rellenoó con ciruelas pasas y nueces picadas.

—No me dará tiempo a hornear pan —se lamentó.

—Lord Redmayne no lo echará en falta con el pastel de carne.

Elina rezó porque fuera así. Eve ya había preparado la bandeja de plata con los cubiertos que tenían grabadas las iniciales del marqués. También la servilleta de hilo dorado, la vajilla especial, y la copa de fino cristal tallado. Elina puso en otra bandeja el pastel relleno, la pechuga envuelta, y salteó unas judías que había dejado hervidas para el día siguiente.

—Iré a la bodega a por el vino que le gusta a milord.

El mayordomo acababa de entrar a la cocina, vio el aspecto desaliñado de Elina e hizo un encogimiento de hombros. Normalmente la cocinera era un dechado de pulcritud en su apariencia, pero como no tenía la culpa de la llegada improvisa del lord, carraspeó.

—No lo esperábamos —se disculpó con ella porque Elina había cocinado en camisón.

—Lo sé, no me dio tiempo a arreglarme.

—Lord Redmayne no suele visitar las cocinas —contestó sin mirarla y con voz neutra—, podría cocinar desnuda.

Las mejillas de Elina se pusieron rojas.

—¿Está lista la bandeja? —preguntó el mayordomo.

Su mujer Eve regresaba ya con la botella de vino.

—Vamos Flint, no hagamos esperar al marqués.

Elina se quedó en la cocina, y relajó los hombros. Tenía que recogerlo todo y limpiarlo antes de acostarse. Miró el reloj de la pared y vio que eran las dos menos cuarto, le quedaban menos de cuatro horas para dormir porque si quería hornear bollería, tendría que levantarse a las seis de la mañana.

«Por Dios que espero que le guste la cena improvisada», se dijo Elina con ánimo. Flint y Eve habían apostado por ella tras probar las elaboraciones de diez cocineras distintas, y ella les estaba muy agradecida por ello. «Por Dios que espero que la estancia del señor en Helvellyn House no sea muy larga», susurró para ella misma. Cuando Elina miró con ojo crítico la cocina y comprobó que estaba tan limpia como le gustaba a ella, cerró la puerta y se dirigió a su alcoba. Como no era ni la doncella ni el mayordomo, no tenía que mantenerse despierta hasta que el señor se retirara, pero cuando se metió de nuevo en el lecho, el reloj marcaba las tres menos diez. Antes de dormirse se preguntó qué motivo tendría el señor para abandonar Londres en plena temporada social. A los nobles les encantaban las fiestas y los conciertos en Covent Garden, y que no se celebraban en todo el año salvo en ese tiempo.

Pero Elina no pudo especular mucho porque se quedó profundamente dormida unos minutos después.

CAPÍTULO 2

El olor de la mantequilla caliente despertó su insaciable apetito. Alan se desperezó, y abrió los ojos con una sonrisa. Había escapado ileso de la trampa de la viuda, y pensaba disfrutar de su estancia en Helvellyn House. Antes de poner los pies fuera del lecho, Flint entró en la alcoba: llevaba en las manos su mejor traje de montar.

—Ignoro la razón por la que me mantengo por tanto tiempo en Londres cuando aquí en Helvellyn House soy tan feliz.

—El motivo es que aquí no puede disfrutar de las fiestas, ni del teatro, ni del club, como lo disfruta allí, milord —le recordó el mayordomo.

—Pero tanta actividad social me cansa y al final me aburre: las mismas fiestas, los mismos chismes...

Flint no comentó esa última afirmación de su señor. Había llenado la jofaina de agua y le tendió una toalla y jabón. Alan se lo llevó a la nariz y olió el perfume. Le gustó enseguida.

—El aroma es nuevo.

—Tiene esencia de musgo de roble.

Por eso el jabón olía a fresco, se dijo Alan.

—¿Se sigue fabricando en la casa?

—Como siempre, milord: todas las cosas que se consumen en Helvellyn House, se fabrican en Helvellyn House.

Cuando Alan terminó las abluciones matutinas, se secó el rostro y se masajeó el abundante y rizado cabello rubio.

—Una elección excelente —le dijo al mayordomo refiriéndose al traje.

—Es su preferido, milord.

—Estoy hambriento.

—Como siempre, milord.

Alan sonrió de oreja a oreja al escucharlo. En Helvellyn House no había muchos criados porque él se mantenía ausente durante largas temporadas, pero todo seguía funcionando a la perfección solamente con Flint, su esposa Eve, la cocinera, y una doncella que venía tres veces por semana como apoyo para la limpieza de la ropa de cama.

Se vistió en un abrir y cerrar de ojos, pero el traje de montar le quedaba algo holgado porque debía de haber perdido peso. En Londres no se ejercitaba tanto como en el campo, también comía menos porque la cocinera no era tan buena como la de Helvellyn House. Había tentado con una generosa oferta de trabajo a Dorothy Kendrich para que lo acompañara a Londres, pero la mujer se excusaba en cada ocasión diciendo que ya no tenía edad para marcharse a otro lugar, y que era muy feliz en Helvellyn House junto a Flint y Eve.

—Envía un mensaje urgente a mi casa de Londres para que me traigan a Pepper.

Pepper era el semental más valioso del marqués. Había pagado una cifra muy elevada en el mercado de ganado de Greatstone, pero el caballo lo merecía.

—Por supuesto —respondió el mayordomo.

—Luego escribiré una nota para Stephen, envíasela junto al mensaje.

Stephen era el mayordomo de su casa de Londres.

—Así lo haré, milord.

Alan acababa de colocarse el pañuelo en el cuello, se giró hacia Flint para que se lo anudara en un elaborado lazo, después metió las mangas en la chaqueta de montar, y soltó un suspiro de placer. Había dormido muy bien, y ahora pensaba alimentarse antes de salir a cabalgar. Normalmente lo hacía a la inversa, pero esa mañana tenía demasiada hambre.

Cuando probó el primer bollo con canela, Alan parpadeó. Masticó lentamente hasta que la esponjosa masa se deshizo en su interior. Miró las diferentes bandejas, y se percató de que algo estaba cambiado. Durante la cena no se había percatado porque estaba demasiado enfadado, cansado y hambriento.

—Estos bollos no los ha cocinado Dorothy —afirmó Alan con ojos entrecerrados.

Flint acababa de llenarle la taza con café.

—Dorothy Kendrich murió, milord —respondió el mayordomo con voz pausada—. Le enviamos una carta notificándoselo.

Alan se atragantó y tosió con aspavientos. Él, no recordaba haber recibido ninguna carta con un anuncio tan triste.

—¿Dorothy... nuestra Dorothy?

—El invierno pasado, milord —le explicó el sirviente—. Contrajo una neumonía, y ya no se recuperó.

El marqués parpadeó pasmado. Recordaba a la anciana con verdadero cariño.

—¿Y quién maneja la cocina de Helvellyn House? —preguntó serio.

—Elina Smith, milord, sobrina e hija de su única hermana. Vino para cuidarla cuando enfermó, y ya no se marchó.

—¿Elina? —preguntó asombrado. Alan rebuscó en su memoria porque recordaba el nombre y la persona que lo llevaba—. ¿La renacuaja que se comía mis dulces de almendra?

Flint dejó la jarra de café sobre la mesa, y abrió una bandeja que contenía diferentes embutidos fríos.

—La misma, milord.

Alan echó la espalda hacia atrás y se quedó mirando un punto indeterminado de la estancia. Recordaba vagamente a una niña escuálida y fea que andaba en ocasiones por la cocina de Helvellyn House. Y la recordaba porque competía con él en comerse los dulces de almendra que tanto le gustaban.

Alan hizo algo impulsivo, se levantó de la mesa y caminó en dirección a la cocina.

—¿Milord que...? —preguntó el mayordomo que ignoraba qué había ocurrido—. ¡No ha terminado de desayunar!

Flint se encontró siguiéndole a toda prisa.



Elina se inclinó hacia el horno para oler el pan que se cocía en su interior. Era el aroma que más le gustaba de todos. Se limpió las manos en el delantal blanco y sonrió. Tenía el tiempo controlado pues había podido amasar más bollería de la que había pensado. Un carraspeo tras su espalda le provocó un sobresalto, se giró y lo vio: el marqués de Glastobury estaba plantado en su cocina.

Su imponente presencia la dejó sin habla además de sin respiración.

—¿No le ha gustado el desayuno, milord? —inquirió pues estaba muy sorprendida de verlo en sus dominios, un segundo después abrió los ojos de par en par, ¿cómo se le ocurría preguntarle algo así al dueño de la casa?

Alan se había llevado la sorpresa de su vida. Frente a él no estaba la escuálida y fea niña que él recordaba, sino una mujer joven y muy hermosa. Tenía las tersas mejillas sonrojadas por el calor del horno, y la frente manchada de harina.

—¿Tú me robabas los mazapanes? —le preguntó acusándola.

La mujer parpadeó porque no se esperaba el tuteo.

—Nunca he robado sus mazapanes —se defendió.

Ya no solo tenía las mejillas sonrojadas sino el cuerpo entero. El marqués no era el joven que ella recordaba sino todo un hombre. Su elegancia y atractivo la puso nerviosa. Él, entró en la cocina, y a ella le pareció que la estancia empequeñecía con su presencia.

—Claro que me robabas los dulces de almendra que tanto me gustaban.

Ahora bajó la cabeza porque no podía contradecirlo por segunda vez.

—Mi tía Dorothy los cocinaba, y yo me comía algunos —admitió pero sin mirarlo.

—¿Te gusta trabajar en Helvellyn House? Porque me parece que eres demasiado joven para el puesto de cocinera.

—Tengo veintidós años, milord.

A Alan le parecía imposible que siendo tan joven cocinara tan bien. Había devorado toda la cena de la noche, y si Flint no le hubiera dicho que Dorothy había muerto, no se habría sorprendido tanto, y habría rebañado cada una de las bandejas del comedor antes de ir a la cocina.

—Eres muy joven para ocuparte de la cocina de Helvellyn House.

El corazón le latió en el pecho de forma mucho más lenta, ¿esas palabras querían decir que la despedía?

—¿No le gustó la cena ni el desayuno? —estaba aterrada porque necesitaba las libras que ganaba como cocinera de Helvellyn House.

Alan se quedó en silencio durante un momento que a ella le pareció largo. El corazón de la joven había latido lento segundos antes, pero ahora se aceleraba al sentir como esos profundos ojos azules dejaban su rostro y recorrían su cuerpo de arriba abajo como si fuese mercancía en el mercado. Elina contuvo el aliento ante la inspección intensa de él y se sonrojó cuando vio que su mirada se centraba en sus senos que subían y bajaban debido al nerviosismo. No pudo evitar sonrojarse todavía más.

¡La estaba desnudando con la vista!

—Eres demasiado joven... —«Joven y apetitosa», se dijo el marqués interiormente.

Casi no podía apartar la mirada de la silueta que, sin ser voluptuosa, tenía las medidas justas para hacerle disfrutar de forma íntima.

Si Elina fuera una muchacha dócil, si fuera modesta, tranquila y nada impulsiva, no habría tensado la espalda ni le estaría ofreciendo al marqués una mirada de disgusto.

—¿Piensa despedirme? —acababa de perder la prudencia.

Alan parpadeó al escucharla.

—¿Piensa que deseo despedirla?

Elina no sabía qué pensar. La mirada de él decía una cosa, y sus palabras otra.

—¿Le ha gustado la cena y el desayuno? —le preguntó atrevida.

Sí, le había gustado. Alan se relamió como si acabara de morder uno de los bollos de canela.

—Confío que el almuerzo esté a la altura de las expectativas que tengo sobre usted.

¿Por qué le parecía a ella que el marqués le hablaba con doble sentido?

—Intentaré que sea de su agrado.

Ahora sonrió cínico.

—No lo intentes, hazlo —la orden tajante la pilló desprevenida.

Bajó los ojos un tanto avergonzada. Era la mujer que mejor cocinaba en esa parte del reino, e iba a demostrárselo. Alan no se despidió cuando salió de la cocina. Elina se dijo que así eran los nobles: orgullosos, pendencieros y arrogantes hasta la náusea, pero ella necesitaba el trabajo y haría lo que fuera necesario para conservarlo.

No le había gustado nada la mirada lasciva que le dedicó, y se dijo que se mantendría apartada de su camino todo lo que le permitiera su estancia en la casa.

CAPÍTULO 3

Lo último que esperaba Elina era verlo aparecer montado en su caballo. Durante días se había mantenido recluida en la cocina y en su dormitorio. Normalmente ayudaba a Eve con la limpieza de las ventanas, pero se había excusado con ella y le había dicho que no se encontraba muy bien, que estaba en sus días del mes, aunque no era cierto.

Eve le había dicho que contrataría de forma permanente, y todo el tiempo que estuviese el marqués en la casa, a la doncella que venía a ayudarla con la ropa de cama. Le informó también que tenía que preparar una cena para el próximo sábado. El marqués había invitado al doctor O'Sullivan, a su esposa Melany, y a su hijo Richard. Eve le había explicado que de niños habían sido grandes amigos.

—Buenos días, Elina.

Elina entrecerró los ojos. ¿Por qué su nombre sonaba de forma tan íntima en labios del marqués?

—Buenos días, milord.

—Qué sorpresa encontrarte aquí en el campo.

La mujer desvió la vista hacia la cesta de mimbre que llevaba colgada del brazo.

—Estaba recogiendo flores de manzanilla.

—¿Manzanilla? —preguntó al mismo tiempo que bajaba del caballo.

Elina comenzó a ponerse nerviosa porque los ojos de él quemaban.

—Hago una cocción con las flores que luego mezclo para los siropes.

Alan no podía apartar los ojos del busto de ella. Los senos no eran grandes, pero se amoldarían a sus manos a la perfección.

—Admito que cocinas maravillosamente bien.

Alan había atado las bridas del caballo al árbol y comenzó a seguirla. Ahora Elina se lamentó de haberse quitado el pañuelo de los hombros porque no podía tapar el escote en uve de su vestido. Cada vez que se agachara, él podría ver el nacimiento de sus senos. Y si le daba la espalda, tendría una visión de su trasero. Optó por ponerse en cuclillas, él la imitó.

—Puedo ayudarte.

Elina suspiró: un marqués no recogía manzanilla en el campo con la cocinera.

—No es necesario, milord, pero se lo agradezco.

La mujer se levantó y le dio la espalda. Él, se encontró caminando tras ella con la mirada fija en su figura. No era alta, apenas si le llegaba por la barbilla, pero era hermosa, la clase de mujer que podía meter en más de un lío a un hombre. Hasta él llegó el sutil aroma de rosas que emanaba de ella. Era toda una tentación.

—Lamento mucho la muerte de Dorothy—dijo sincero.

A ella no le quedó más remedio que girarse y volverse.

—Gracias.

Alan se preguntó por qué motivo se mostraba tan esquiva.

—La recuerdo con mucho cariño, sobre todo sus dulces de almendra.

Elina se dijo que tendría que prepararle los dulces para que dejara de mencionarlos.

—¿No tienes familia, Elina?

Se encontró lamiéndose el labio inferior por los nervios. ¿Por qué su mirada la descentraba tanto?

—Soy huérfana, milord.

Los ojos de él brillaron al escucharla. Elina se preguntó el motivo para que se acercara tanto a ella: estaban a menos de un paso de distancia.

—Yo también lo soy —le reveló—. Mis padres murieron en un accidente de carruaje.

—Lo lamento, milord.

Alan metió la mano en la cesta que ella sujetaba y tomó un par de florecillas de manzanilla. Se la llevó a la nariz e inhaló su olor.

—Huelen tan bien como sabe...

Nuevamente le parecía que le hablaba con doble intención.

—Tengo que regresar —dijo de forma apresurada.

—Puedo llevarte.

Elina abrió los ojos de par en par. Ella era la cocinera, lord Redmayne era el noble que le pagaba. Que la llevase de regreso a Helvellyn House estaba completamente fuera de lugar.

—Se lo agradezco, milord, pero no sería apropiado.

Por un momento, Alan se sintió confuso. Se había olvidado que ella era la cocinera de su casa, y él, el señor. Miró de nuevo sus ojos dorados, y sonrió.

—Estaba mostrando amabilidad —se excusó.

Elina apenas podía respirar. Desde que el noble había pisado la cocina, percibía el peligro que él representaba. Alan hizo algo inapropiado, se inclinó hacia ella y le olió el cuello.

—Adoro el olor de las rosas.

La mujer trastabilló cuando dio un paso hacia atrás, pero antes de caer, él la sujetó por la cintura. Sintió como si una mano de hierro le quemara en esa zona, y después la tenue caricia. Se incorporó, y, al mirarlo, se encontró con los ojos del azul más intenso, y que la miraban con el brillo extraño de lo impropio, de lo prohibido. Cogió su mano para retirarla de su cintura, y el contacto entre su fuerte mano y la suave de ella resultó fuego que abrasaba: que incendiaba la piel.

Elina soltó un leve gemido, y, al escucharla, él, reaccionó.

La miró como si una corriente de frío se hubiese instalado en su cuerpo. Dio un paso hacia atrás y puso la distancia apropiada entre ambos.

—No pretendía molestarla.

—No lo ha hecho —le mintió.

Ninguno de los dos fue consciente del perro que ladraba, ni del relincho del caballo que seguía sujeto al árbol. Elina solo tenía ojos para el hombre que le sostenía la mirada. El marqués de Glastonbury tenía el cabello rubio oscuro y la piel curtida por el sol. El traje de montar le sentaba como un guante. Él, hizo algo sorpresivo, se inclinó hacia ella, le sujetó la mano y se la besó.

El contacto inesperado lo sintió ella como un latigazo. El corazón de la muchacha dio un vuelco al sentir el poder que emanaba de su cuerpo recio y que la atraía como un imán atrae al metal. La piel se le erizó, y un escalofrío le recorrió la médula espinal.

Iba a salir corriendo cuando el sonido profundo de su voz la detuvo.

—Me alegro de que seas la cocinera de Helvellyn House.

No la dejó replicar. El marqués se giró y caminó hacia su caballo. Desató las bridas del árbol y subió sobre la grupa de un impulso. Era tan alto que apenas le había costado esfuerzo alguno.

Lo vio espolear la montura y alejarse por el verde prado. Elina se quedó plantada en medio del campo con el corazón latiéndole en las sienes y con el estómago encogido. El beso de los labios de él sobre la piel de su mano la sentía como una llama incandescente.



Alan maldijo por lo bajo. ¿Cómo se le ocurría frivolizar con la cocinera de Helvellyn House? ¿Estaba loco? Se preguntó mientras cabalgaba en dirección al pueblo. La niña que solo tenía ojos en la cara, y con el cabello más negro que el ala de un cuervo, ya era toda una mujer. Había desarrollado un carácter fuerte, pero le pareció tan fría como el agua que se convierte en hielo en invierno. ¡Ah!, pero ese era un hielo que él deseaba derretir.

Alan reconoció que cada vez que la contemplaba, más se prendaba de ella. Admiraba su piel blanca, y las largas pestañas protegidas por unas cejas perfectamente arqueadas que realzaban las brillantes monedas de oro que iluminaban su delicado rostro. Sus labios eran ideales para ser besados, carnosos, suaves, rosados... Alan volvió a maldecir, Elina era la cocinera, y él no debía olvidarlo.

CAPÍTULO 4

Durante los cuatro días que Alan llevaba en Helvellyn House, no había visto a la seductora cocinera. Era Flint quien traía y servía las bandejas con las comidas, pero él se encontraba pensando en ella a menudo. En ese momento estaba tomando una crema de puerro y queso que estaba realmente deliciosa. Sobre la mesa vestida con elegancia, había perdices estofadas, champiñones rellenos, hojaldres crujientes. No había probado nada que le desagradase, todo lo contrario, cada plato le parecía más exquisito que el anterior.

—¿Cómo murieron los padres de Elina? —le preguntó al mayordomo entre cucharada y cucharada.

—La madre murió poco después del parto de su hermano pequeño, y el padre en la guerra contra Bonaparte.

Flint le quitó el plato vacío y lo puso en una bandeja, a continuación le sirvió unos muslos de perdices.

—¿Dónde se encuentra su hermano pequeño? —se interesó el marqués que masticaba con delicadeza la tierna carne del ave.

—Está ingresado en un internado en Suiza.

Fue escuchar al mayordomo y alzar la vista del manjar que comía.

—Un internado en Suiza supone un gasto elevado de cientos de libras al año —Flint hizo un encogimiento de hombros—. ¿Le pago demasiado?

Ironizó el marqués. Flint terminó sonriendo a su pesar. Los sirvientes de Helvellyn House cobraban bastante bien, pero no hasta el extremo de *demasiado*.

—Paga el internado de su hermano con el dinero que obtuvo de la venta de la casa de sus padres en Stanford. Y mantiene Harbledown, la propiedad que heredo de su tía Dorothy, con el sueldo de cocinera.

—Eso está muy cerca de Helvellyn House.

Alan se alegraba de que Flint saciara su curiosidad por ella.

—Apenas dos millas de distancia, milord.

El marqués echó la espalda hacia atrás y la apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando para mí la señorita Smith?

—Cinco meses, milord, pero no debe preocuparse pues todo se ha hecho de la forma correcta: con un contrato de prueba, aunque pasamos por alto la falta de credenciales.

Alan se quedó pensativo tras esa respuesta. Hacía casi un año que no visitaba Helvellyn House, por ese motivo no sabía nada de la contratación de ella, pero no podía decir nada porque él mismo había encargado a Flint la gestión del personal de la casa.

—Creía que para ser cocinero en un lugar tan importante como Helvellyn House se necesitaba preparación.

—Olvida el talento, milord —respondió Flint que acababa de ponerle en el plato algunos champiñones junto a un hojaldre relleno—. Puedo asegurarle que la señorita Smith posee un talento excepcional para cocinar y combinar los alimentos.

Alan no tenía queja al respecto, pero le parecía inusual que una mujer tan joven se dedicara a algo tan pesado como la cocina de una gran casa.

—¿Cuántos años tiene su hermano? —preguntó.

—Catorce años, milord —la respuesta lo dejó asombrado pues ella le había dicho que tenía veintidós. ¿Y se había ocupado de su hermano pequeño desde su nacimiento? Le parecía asombroso—. Recuerde que su padre estuvo luchando contra Bonaparte, y estuvo muchos años fuera del hogar.

Parecía que Flint le leía el pensamiento. El mayordomo y asistente le puso el postre en el plato, él se llevó la primera cucharada a la boca sin ser consciente. De repente, su boca deshizo las capas crujientes de merengue, y paladeó la crema batida junto con las frutas jugosas. Parpadeó extasiado.

—Esto está delicioso —siguió comiendo hasta que no dejó nada.

—La señorita Smith es muy creativa.

Sí que lo era. Alan clavó los ojos en la tarta de la que él había comido solo un pedazo. Láminas muy finas de merengue tostado al horno, se intercalaban con merengue fresco, trozos de fruta y un sirope dulce y dorado del que no lograba adivinar el sabor.

—Voy a repetir —Flint le sirvió un trozo más generoso que el primero.



Elina había dejado la cocina tan limpia como siempre. Eve era partidaria de que la doncella limpiara una vez a la semana la parte más difícil para que tuviera más tiempo de organizar las comidas, pero no había aceptado porque no lo necesitaba. Ella era muy ordenada y rigurosa en los tiempos. La cocina era su territorio, y ella se ocupaba de todo.

—¡Gracias! —dijo una voz de hombre.

La mujer se sobresaltó. Se giró sobre sí misma y vio al marqués plantado frente a ella. No lo había oído llegar.

—El postre estaba exquisito —la halagó.

Tuvo que carraspear para encontrarse la voz.

—Le agradezco la amabilidad de sus palabras.

La cocina estaba totalmente iluminada por las lámparas de gas que estaban ancladas a la pared, y por las velas encendidas que había situadas en puntos estratégicos de la estancia. La gran mesa de trabajo estaba revestida con un mantel en color rojo oscuro que le daba un cierto color a la habitación.

—Se ve muy cálida.

Elina se preguntó si se refería a la cocina o a ella que estaba acalorada. Iba vestida con una camisa muy holgada bajo un vestido de algodón gris, el delantal blanco lo llevaba manchado de sirope dorado. Llevaba el cabello recogido en un moño, y un pañuelo para sujetar cada mechón. Por nada del mundo podía permitir que cayera un cabello en la comida. La mujer soltó el aire poco a poco.

—Me gusta más la tela blanca, pero el rojo es más apropiado y práctico para trabajar pues no cambia de color por mucho que se lave —ella se refería al mantel de la amplia mesa de madera sobre la que trabajaba.

El marqués entrecerró los ojos mientras la observaba, y Elina volvió a ponerse nerviosa.

—¿Qué cocinarás el sábado para mis invitados?

Elina bajó los párpados. Normalmente era la señora quien se ocupaba de elegir los platos, pero en Helvellyn House no había marquesa... todavía.

—¿Tiene alguna sugerencia al respecto, milord? —se atrevió a preguntar.

El marqués dio un paso hacia ella que retrocedió otro sin percatarse.

—Me gustan mucho los asados de venado.

—Entonces cocinaré venado asado —aceptó con una trémula sonrisa.

De repente, él se irguió en toda su estatura demostrando cuanto poder emanaba de él. La camisa y los pantalones se ajustaban perfectamente a su cuerpo varonil, y ella tuvo que contener un suspiro de agrado: había visto mucho hombres atractivos, pero ninguno como el señor de Helvellyn House.

—Si pudiera repetir el postre de esta noche... —dejó la sugerencia en el aire.

Ella oía su voz, pero no era consciente del efecto que le provocaba. La hacía sentirse muy viva, y, por primera vez en cinco meses, se alegraba de cocinar para una casa tan importante.

—¿Me ha escuchado, Elina?

¿Por qué su voz sonaba insinuante?

—Desea que prepare merengue al horno como hoy —respondió con un hilo de voz.

—Gracias de nuevo por esta espléndida cena.

El marqués salió de la cocina, y ella se quedó de repente sola sintiendo los latidos de su corazón en sus sienes, y el pulso desbocado en sus venas. Era algo increíble, desde luego, y no

sabía a qué se debía todo aquello que sentía. Ningún hombre la había hecho estremecerse de pies a cabeza como aquel que se había marchado hacía un momento.

¡Qué diantres le ocurría!

Agitó varias veces la cabeza para borrar su imagen de su mente, pero no lo consiguió. Sabía que era inusual que un noble se acercara a la cocina para agradecerle a la cocinera en persona la elaboración de la cena. Elina no sabía qué pensar.

—¿Ha quedado algo de ese postre de merengue? —la pregunta de Eve la trajo de vuelta a la realidad.

—Flint no ha traído todavía los restos de las bandejas de la cena —le explicó.

—Había oído voces —dijo la mujer pensativa.

—El mismo marqués ha venido para felicitar me por la cena.

Eve la miró completamente atónita.

—Le debe de gustar mucho tus elaboraciones —dijo con una gran sonrisa—. Ya sabe que a Flint y a mí nos encanta todo lo que prepara.

Eve se alegraba de verdad pues había tenido un poco de miedo por la elección que habían hecho tanto Flint como ella al escoger a la sobrina de Dorothy para ser la cocina de Helvellyn House. Pero había desbancado a todos los candidatos en un santiamén. Su arte culinario no podía compararse con ningún otro porque era excepcional.

—El marqués desea que repita el sábado el postre de hoy —informó asombrada.

—Entonces le auguro un gran éxito —sonrió Eve.

Elina se quedó pensativa. Todavía no sabía cuántos comensales habría en la cena del sábado, pero tampoco le importó. Dejaría preparada algunas elaboraciones el viernes por la noche.

Iba a lograr que esa cena fuese un auténtico éxito, y ya estaba pensando en la preparación del menú.

CAPÍTULO 5

La llegada de O'Sullivan acompañado de su esposa Melany, y del único hijo de la pareja, Richard, lo puso de buen humor. Estrechó la mano del doctor con verdadera cordialidad. Mientras esperaban para comenzar la cena, Charles lo puso al tanto de los chismes, tanto en la ciudad de Canterbury, como de la ciudad de Maidstone.

O'Sullivan le extendió una invitación a una fiesta que darían la familia en su propiedad en Folkestone. Alan no le aseguró que pudiera ir, pero el doctor se burló porque en Helvellyn House no había demasiada actividad social, pero el marqués le informó que precisamente estaba en el campo para huir de las fiestas sociales y del bullicio de Londres, Richard intervino para ayudar a su padre.

—Nuestra propiedad frente al mar es muy tranquila, y los asistentes no serán muchos.

Alan lo meditó un instante.

—Si me prometes librarme de las casamenteras, es posible que asista.

Richard mostró una sonrisa cómplice.

—Aquí en Kent no hay muchas herederas —de eso se alegraba el marqués que miró hacia el lugar donde estaba el doctor hablando con su esposa mientras saboreaba una copa de buen vino—. Y las que hay, son unas solteras con más años en sus cuerpos que libras en sus bolsillos.

Ese comentario hizo sonreír a Alan.

—Las cazafortunas salen hasta de debajo de las piedras —dijo finalmente con cierto resquemor.

Richard terminó haciendo una mueca.

—¿Por eso has huido de Londres? ¿Por una debutante que ha intentado cazarte? Ser el heredero de la fortuna más grande de Inglaterra tiene un precio.

Alan hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ya veo que los chismes corren deprisa —dijo el marqués—, pero no era debutante sino viuda, y te recuerdo que hay fortunas mucho más grandes que las mías.

—La del rey, por ejemplo, pero el rey no tiene tu atractivo ni tu labia. Te recuerdo que eras el heredero que más saltaba de un lecho a otro sin despeinarse.

Alan bufó con hastío. Durante años él había ostentado el título del heredero libertino más voraz de todos, fama que sus conquistas habían alimentado, pero ya se estaba cansando de todo eso.

—Casi nada queda de aquel granuja seductor, te lo aseguro.

Richard entrecerró los ojos al escucharlo mientras lo observaba con atención. Habían ido juntos a la universidad, habían corrido juergas y compartido aficiones, pero él no pensaba de la misma forma que Redmayne ni se había comportado igual porque no estaba en su naturaleza. Alan se había convertido en el heredero más deseado de toda Inglaterra por las matronas con hijas casaderas. Sus conquistas amorosas iban desde el norte hasta el sur, desde el este al oeste. Su fama de mujeriego lo precedía allá donde fuera, y había seducido tanto a viudas como a divorciadas, casadas, prometidas, pero nunca a debutantes. Siempre había llevado mucho cuidado para no ser cazado, salvo por su última conquista. La viuda Niven aspiraba a convertirse en la próxima marquesa de Glastonbury.

—A lady Niven se la conoce por su persistencia —le dijo Richard con ojos brillantes—. No se

dará por vencida tan fácilmente.

Alan tomó aire.

—Escapé de milagro —confesó en voz baja—, y lo volveré a hacer cuantas veces sea necesario.

—Estará esperando tu regreso —le previno el amigo.

Alan ya lo sospechaba, y por eso había pensado quedarse más tiempo en Helvellyn House de lo que había pensado en un principio.

Flint anunció la cena, y, los invitados, precedidos por el marqués, pasaron al bonito y colorido comedor. Cada estancia de Helvellyn House era un himno a su madre. Toda la casa rezumaba su esencia, y el pecho del marqués se llenó de orgullo porque de esa forma la tenía presente en su vida.

La cena se alargó durante mucho tiempo, pero a ninguno de los invitados importó por la calidad de los alimentos. El venado asado, como plato principal, había sido excepcional, y los acompañamientos todo un acierto. El postre fue un auténtico festín que degustaron todos con sumo placer.

—Felicita a la cocinera de mi parte —dijo Richard con un brillo enigmático en los ojos que no pasó desapercibido para Alan—. Sus manos siguen creando magia...

Por algún motivo las palabras de Richard lo pusieron alerta.

—Me llevé una sorpresa cuando supe que la cocinera de Helvellyn House era la sobrina de Dorothy —comentó Alan con aire pensativo.

Para el café y los licores, Alan los acompañó a otra estancia más pequeña e íntima. El doctor O'Sullivan lo enredó en una conversación para incentivarlo a que apoyara unas reformas en la iglesia. Alan lo escuchaba atentamente, la esposa del doctor intervenía de vez en cuando en la conversación porque ella llevaba los donativos para la restauración de algunas figuras religiosas que estaban bastante deterioradas. De pronto, Alan se percató de la ausencia prolongada de Richard y se extrañó. Con la conversación mantenida con su padre no se había dado cuenta.

—Disculpadme un momento —le dijo al doctor y la esposa—, regreso en seguida.

Alan tuvo una ligera sospecha de dónde podría encontrar a Richard, y que tenía que ver con su comentario anterior.



—Tenía muchas ganas de verte —Elina se giró hacia la voz que provenía del hueco abierto de la puerta.

Ella se encontraba batiendo mantequilla en un bol. Tenía harina en una mejilla y algún mechón de cabello suelto. Como hacía calor en la cocina, se le había adherido al cuello.

—¡Lord O’Sullivan! ¡Qué sorpresa!

La mujer sonrió de forma cándida.

—¡Mentirosa! —le dijo el hombre que dio varios pasos y se adentró en los dominios de Elina como cocinera—. Pasé el domingo por Harbledown para acompañarte a la iglesia, pero no estabas.

Ella recordó que ese domingo en particular había asistido a la feria de ganado de Tyler.

—Quería comprar una par de ocas para Helvellyn House.

Richard apartó unos utensilios de la mesa y se sentó en el borde.

—Tuve que asistir al oficio religioso sin tu compañía, y se me hizo tedioso al máximo.

Elina entrecerró los párpados para que Richard no viera lo turbada que estaba. El hombre se le había declarado un par de meses atrás, pero ella le había pedido tiempo para pensarlo. No estaba preparada para comprometerse a pesar de lo buen partido que era. Richard O’Sullivan iba a ser un excelente abogado y un mejor marido.

—Ya soporté el sermón del párroco Grant por faltar a la misa, pero tenía un buen motivo: Tyler tiene las mejores aves de corral de todo Kent.

—No me gusta verte de criada —le dijo de pronto Richard.

—No soy una criada sino una cocinera —respondió con una gran sonrisa—, bueno, es cierto que entre en Helvellyn House como doncella eventual, pero no podía desaprovechar la oportunidad de obtener un puesto seguro, además, sabes que este trabajo será solo por un tiempo.

—La doncella de Helvellyn House —se mofó él—. Mi padre podría haberte ayudado con la casa de tu tía —le recordó.

Esa discusión la habían mantenido semanas atrás. Elina había tenido que vender la casa de sus padres para pagar los tres años de internado de su hermano menor, y por eso había valorado quedarse la casa de su tía que era más pequeña que la de sus padres y más fácil de mantener, pero no había contado que Dorothy se había empeñado el último año de una forma escandalosa. Su trabajo como cocinera le permitía pagar la deuda de ella, además, no tenía ningún tipo de gasto puesto que dormía y comía en la casa de Helvellyn House.

—Si tu padre levantara la cabeza, se escandalizaría —apuntó Richard.

A ella no le hizo gracia que le recordara algo así.

—Mi padre entendería mi postura y respetaría mi decisión.

Richard supo que la había molestado. Le quitó el bol de las manos y se las sujetó. A pesar del arduo trabajo diario, seguía teniendo las manos más bonitas y suaves de todas.

—Algún día estas manos cocinarán solo para mí.

Elina terminó por soltar una leve carcajada.

—Te engordaré como un pavo —respondió con verdadero humor.

El hombre la miró fijamente.

—¿Cuándo me darás una respuesta?

La mujer soltó un suspiro largo.

—Las prisas no son buenas consejeras, Richard, y ya te he mencionado que no soy la mujer que necesitas, ni la más adecuada para ser tu esposa.

—Eres la más perfecta —la contradijo.

Ella hizo una mueca con la boca al mismo tiempo que trató de soltar sus manos, pero él no se lo permitió, y, por un momento, Elina fue consciente de que el contacto con Richard no le provocaba la misma reacción abrasadora que el contacto con el marqués.

El pensamiento le provocó cierta ansiedad.

—¡Richard! —la voz de Redmayne los sobresaltó a los dos, pero sobre todo a ella que se sonrojó como si la hubieran pillado en falta.

Redmayne se había quedado parado viendo la escena aunque no había logrado escuchar nada de los que se estaban diciendo, pero cuando vio que Richard se acercó a ella, tomó las manos femeninas entre las suyas, y que ella no hizo nada por apartarse, entró en cólera. No sabía que demonios se había apoderado de él, pero casi sentía un dolor palpitante en el centro del pecho. El brillo en la mirada del noble cortaba. Los ojos de ambos seguían fijos el uno en el otro, como si lo que ambos vieran fuese un espejismo y temiesen parpadear y romper el hechizo, como si la mirada que ambos se sostenían fuese más allá: como si traspasase el corazón de ambos y creara un vínculo que siempre los mantendría ligados.

—Le estaba agradeciendo a Elina el excelente cocinado de esta noche.

Esas palabras molestaron al marqués. Lo que él había presenciado entre ellos no era precisamente agradecimiento sino intimidación, y entonces se percató de que Richard la había tuteado. ¿Se conocían? ¿Desde cuándo?

—Me ha parecido que flirteabas con mi criada, y lo considero una grave falta de respeto por tu parte siendo mi invitado.

Ella lanzó un gemido de sorpresa al verse acusada de flirtear con Richard.

—No estaba flirteando, milord —trató de justificarse.

Pero Redmayne no la miraba a ella sino a Richard.

—Si tratas de seducir a mi criada, desde ya te advierto que no lo permitiré. Solazarse con los empleados de Helvellyn House está terminantemente prohibido.

Richard no podía creer lo que estaba escuchando.

—Te estás equivocando por completo, Alan.

Richard no se esperaba que Elina le apretara las manos para detener la defensa que estaba a punto de hacer sobre ella. La miró, y ella le hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza.

—Tu padre pregunta por ti —le dijo el marqués, había mentido, pero no le importó—. Llevas demasiado tiempo ausente.

La acusación implícita en las palabras sorprendió a ambos.

—Hablaremos mañana —le dijo Richard a Elina. Había entendido su apremio para que no iniciara una disputa en la cocina.

El marqués no siguió los pasos de Richard sino que se quedó plantado mirándola sin un parpadeo.

—La promiscuidad está prohibida en Helvellyn House pues es una casa respetable —Elina tragó saliva mientras lo escuchaba—. Si no estás dispuesta a cumplir esta norma, recoge tus cosas y márchate.

Ahora sí dio media vuelta y desapareció de la cocina.

Elina había recibido un insulto desmerecido, sin embargo, su corazón latía con desenfreno. Jamás lo había sentido así si antes no había realizado un duro ejercicio físico: como limpiar el gallinero. En su memoria solo estaban sus secas palabras y su voz dura, pero no pudo evitar estremecerse. El marqués de Glastonbury era un hombre implacable, y lamentó sentirse atraída por él, y lo hacía de tal manera que ni siquiera tenía conciencia de su propio ser. Estaba tan

ensimismada en sus propios pensamientos, que no escuchó los pasos que se alejaban.

CAPÍTULO 6

El marqués de Glastonbury esperaba ver a su empleada en el oficio religioso del domingo, y así fue, pero se sintió desconcertado al verla sentada junto a Richard O'Sullivan y sus padres. Desde su aventajada posición en las últimas filas del edificio, pudo ver su esbelta figura.

Los mechones de cabello negro estaban rizados, y entre los rizos había numerosas y diminutas flores blancas. Su vestido de domingo era de seda azul, y los volantes de la falda eran de encaje blanco que hacía juego con las flores de su cabello. Ella se giró para responder a una señora que había llamado su atención, pero no lo vio porque estaba hábilmente camuflado entre los feligreses. El ajustado corsé resaltaban sus bien formados pechos, y estrechaba su cintura hasta asemejar a la de una avispa. Sus dorados ojos tenían esa mañana una luz especial que la hacía parecer aún más radiante, pero él no podía suponer que bajo esa grácil apariencia latía un corazón lleno de amor por todos.

La escuchó cantar en el oficio, y le gustó su voz. Si no fuera tan hermosa, se dijo, si no tuviera ese poderoso imán que lo atrapaba sin dejarle pensar ni respirar... Alan contuvo un abrupto. Acababa de descubrir que se sentía atraído por una doncella: por la cocinera de Helvellyn House.

Richard puso su mano en la espalda de ella para permitirle el paso pues el oficio religioso había terminado. El contacto había sido premeditado, pero ella no se había dado cuenta. De pronto, la dorada mirada lo descubrió, y le sonrió, pero él no devolvió el gesto ni el saludo. Como estaba en las últimas filas, salió rápido de la iglesia.



Alan ignoraba qué poderosa razón lo empujaba a la cocina de Helvellyn House, pero tenía que verla, conversar con ella. No se la quitaba de la cabeza desde el encuentro de ambos en el prado cuando recogía flores de manzanilla. Esa mañana en la iglesia la había deseado, era el lugar menos indicado, pero era verla, y no pensar en nada más. Sabía que Flint y Eve no estaban en la casa porque el domingo era el día libre de ellos. Había una doncella más, pero él le había ordenado que se retirase. Sabía que ella estaría preparando la masa de los bollos del día siguiente, y por eso se dirigió hacia la cocina. Se paró en el umbral observándola. Se había cambiado de vestido, y se había recogido el cabello en una gruesa trenza. Desde donde estaba podía oler el aroma que desprendía toda ella: dulce vainilla.

La mujer removía la masa en el cuenco mientras tataba una canción.

—Elina —la llamó.

Ella se giró suavemente. Dejó el bol sobre la mesa, y se limpió las manos en el delantal blanco.

—¡Milord! —la mujer se preguntaba si tendría alguna queja sobre la cena—. ¿Va todo bien?

Él, tenía una duda, y tenía que arrancársela de cuajo porque por su culpa no dormía bien por las noches.

—¿O'Sullivan es tu protector? —menos mal que había soltado el bol, de lo contrario, se lo habría lanzado a la cabeza—. Entiendo que no podéis ser nada más por la diferencia de clases...

Los hombros de ella se tensaron.

—¿Cómo dice, milord? ¿Qué insinúa? —apenas si podía hablar de lo ofendida que estaba.

—Yo puedo ser un protector mucho más generoso —Elina abrió los ojos de par en par. Él, se había acercado demasiado a ella—. Soy mucho más rico, y puedo cubrirte de oro si lo deseas.

El hombre que tenía en frente era casi perfecto. Solo casi, le faltaba un poco de humanidad pues era demasiado orgulloso, agresivo, y tenía demasiada confianza en sí mismo. Además era un completo desgraciado. Elina no se lo pensó, le cruzó el rostro de una bofetada.

—¿Quién se ha creído que es? —exclamó colérica, y con una mirada a la vez desafiante, a la vez de desprecio—. ¿Cómo se atreve? Ni todo el oro del mundo lograría que yo aceptara nada de usted, mucho menos sus indeseables atenciones.

Le estaba sentando tan bien recriminarle, que apenas si prestaba atención a la reacción que se estaba cosechando en él.

—Todas las mujeres tienen un precio, y lograré saber cuál es el tuyo.

Le dolieron esa palabras. La estaba insultando, faltándole el respeto, y, por si fuera poco, la había llamado mujerzuela en su propia cara. Ella volvió a abofetearlo aunque sabía que eso le costaría el empleo.

En los ojos de ella había desprecio, y él lo notó. Se dijo que tenía que aplacarle el fuego a esa fiera, y, en una reacción que sorprendió a ambos por igual, la atrajo contra su cuerpo, y le inmovilizó el brazo con el que lo había abofeteado por dos veces.

—¿Cómo te atreves a golpearme? —siseó él entre dientes—. Ahora pagarás el precio por tu insolencia.

En los ojos de Alan ardía la llama del deseo. Fue entonces cuando le arqueó la espalda y buscó sus labios. La mujer movía frenéticamente la cabeza de un lado a otro e intentaba apartarse rechazándole con el brazo que aún tenía libre, pero fue inútil, con ello solo conseguía que a aquel engreído disfrutara con el rifirrafe que mantenían. Pero ya cansado de los esfuerzos inútiles de ella por apartarlo, le sujetó firmemente la cabeza con una de sus grandes manos y la besó

posesivamente. Quería demostrarle que él sería su amo, que lograría doblegarla aunque tuviera que pagarle la mitad de su fortuna.

El beso se convirtió en pasión inesperada cuando él chupó el labio inferior de ella en un intento de que se estuviera quieta, y lo consiguió.

Elina se sentía extrañamente impotente y a la vez viva entre los fuertes brazos que la sujetaban, y fue entonces cuando notó el cambio de actitud de él pues ya no la obligaba sino que había liberado su brazo, ahora el suyo era como una pesada cadena alrededor de su frágil cintura. Sus labios se movían posesivos sobre los suyos en una caricia tan íntima que dejó de pensar y se entregó a las nuevas sensaciones que estaba despertando en ella.

De forma instintiva entreabrió los labios permitiendo que la cálida lengua masculina penetrara en el interior de su boca. Cuando sintió el contacto se estremeció de la cabeza a los pies. Era la primera vez que la besaban así, y, en ese momento, todas las barreras que ella había construido para protegerse de hombres como él, se vinieron abajo. En ese instante se dio cuenta que deseaba al marqués de Glastonbury con todas sus fuerzas.

Justo cuando ya la tenía en su poder, en el poder de la pasión de ambos, el marqués se apartó, echó la cabeza hacia atrás, y comenzó a reír. Su risa era estruendosa y al mismo tiempo burlona. Consiguió que ella le mirara confundida.

—No me importa las libras que pidas, te daré todas y cada una de ellas porque lo vales.

Sus palabras fueron como un zarpazo, por su mente pasaron muchos insultos pero no logró decir ninguno. Dios, ¿qué le estaba ocurriendo? En otros momentos de su vida ningún hombre habría salido ileso. Pero ese hombre hacía que su corazón latiera agitadamente dentro de su pecho. Elina sintió ganas de llorar. Sus sentimientos pasaron de la atracción al despecho en una fracción de segundo. Se acercó con una media sonrisa en los labios, alzó la mano, y le acarició el áspero mentón, justo en el lugar donde anteriormente lo había abofeteado.

—Pobre niño rico —se burló de él—. Teniendo el mundo a sus pies, y se encapricha de lo único que no podrá poseer jamás.

No había dejado de mirarlo fijamente mientras le decía las palabras. Se desató el nudo del delantal, y lo dejó sobre la mesa de la cocina.

—Acepte mi dimisión, lord Redmayne.

Elina abandonó la cocina y lo dejó allí plantado y perplejo. Para Alan fue como si un cristal se rompiera, como si la ensoñación se hubiese resquebrajado en mil pedazos. Ella no podía despedirse. No iba a permitirlo.

—Elina, espera —comenzó a caminar detrás de ella.

La mujer se detuvo, se giró, y le lanzó una mirada herida.

—¿Viene a ofrecerme la disculpa que merezco?

Alan soltó un suspiro largo.

—No aceptaré tu dimisión —ella parpadeó atónita—. Pero no volveré a molestarte con mis indeseadas atenciones —eso no sería suficiente, se dijo ella—. Había interpretado mal las señales —ella no le había lanzado ninguna señal—. Te deseo, no voy a negarlo, pero sé cuando me rechazan.

—Me alegro —respondió ella—, pero mi marcha de Helvellyn House es irremisible.

El marqués se masajeó el cuello.

—La dimisión de un trabajo tan importante debe hacerse por escrito, y dándome un mes de tiempo como mínimo, o hasta que pueda encontrar un sustituto acorde al rango que ocupas como cocinera en Helvellyn House.

La voz de él había sonado fría como el hielo.

—No pienso quedarme un mes aquí —lo había susurrado.

—¿Firmaste un contrato de trabajo? —ella asintió—. Entonces te veré en los tribunales si lo incumples, y me aseguraré de que nadie vuelva a contratarte.

El marqués de Glastonbury ya se daba la vuelta.

—¡Milord!.. espere —le dijo ella.

Alan se giró despacio.

—¿Sí? —su voz había sonado tan arrogante como el título que ostentaba.

—Le puedo dar una semana de plazo hasta que encuentre a otra cocinera.

Ahora sonrió ladino. Con una semana le bastaba para llevarla a su lecho y hacerle el amor hasta el punto de que ya no querría marcharse de su lado.

La cocinera de Helvellyn House se le había metido en la sangre, e iba a hacer todo lo que estuviese en su mano para poseerla.

CAPÍTULO 7

El gallo no había cantado todavía cuando se despertó desorientada y con ojos soñolientos, miró el reloj de la pared, y comprobó que no habían dado todavía las cinco. Todo su cuerpo estaba caliente, y el sudor cubría su cuerpo en una fina capa. Se levantó de la cama, y, al hacerlo, se quejó: tenía el cuerpo dolorido igual que los riñones pues para no pensar en el marqués y su beso, había trabajado muy duro en la cocina. También sentía el pecho y el corazón como si se lo hubiesen traspasado con una lanza. Se deshizo del camión y echó agua fresca en la jofaina. Humedeció un lienzo y lo pasó en suaves pasadas por su cuerpo desnudo para eliminar los restos de sudor. Cada roce, era una lenta tortura que le obligó a cerrar los ojos. Casi sintió que en vez del lienzo era la mano acariciadora de él invitándola a placeres prohibidos.

Abrió los ojos enfurecida por sus propios pensamientos, y se dijo que estaba demasiado confundida y sobresaltada.

Era un hecho que si continuaba en Helvellyn House iba a sufrir muchísimo. Habían pasado dos días desde el encuentro desafortunado que mantuvo con el marqués en la cocina, desde entonces, no lo había visto, y casi se alegraba... casi, porque seguía pensando en él, en sus brazos, en sus besos. Se vistió de prisa, y se colocó un delantal tan blanco como la leche. Al final del día estaría manchado, pero ella se sentiría satisfecha del trabajo realizado. Salió silenciosa de la habitación porque todos dormían. Flint y Eve se levantaban una hora después que ella, pero esa mañana había madrugado demasiado porque no podía dormir. Todo estaba en completo silencio, todos dormían menos ella. Subió las empinadas escaleras y enfiló el corredor, lo cruzó rápida hasta llegar a la puerta de la cocina que estaba abierta y desde la que salía luz. Elina iba a entrar pero se detuvo. Frente a la mesa de trabajo estaba él. Con los codos apoyados en la lisa superficie, y sus fuertes manos ocultando su atractivo rostro. A su lado había una botella medio vacía y un vaso medio lleno.

Se preguntó si estaría ebrio, y el motivo para que lo estuviese. De pronto, sintió lástimas por él, y una sensación cálida recorrió su pecho.

Elina se preguntó, por qué ese hombre le provocaba sensaciones tan encontradas. Sin poder evitarlo, como si un hilo invisible le arrastra hacia él, se acercó al hombre sin hacer ruido, puso una de sus manos en su hombro. El gesto podía parecer íntimo, pero no lo era, Elina sentía pena, y deseaba consolarlo sin conocer qué lo aquejaba. Alan percibió el roce, y se giró, la miró tan intensamente que le provocó una reacción cálida e inesperada, le resultó casi más íntima que el beso que habían compartido en esa misma cocina días antes.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

Alan la observó con los ojos del azul más intenso, y que la miraban con el brillo ardiente de lo impropio, con el brillo eterno de lo prohibido. Sujetó su mano antes que ella pudiera retirarla, y el contacto entre su fuerte mano y la suave de ella resultó fuego: fuego que abrasaba, que incendiaba la piel.

Una lucha de voluntades se instaló en él: la voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí sobre la mesa de la cocina, de alimentarse de la sutil fragancia de su deseable cuerpo y de la voluntad de estarse allí quieto y dejar que fuese ella quien decidiera que quería hacer, qué le apetecía hacer, era demasiado fuerte, casi dolorosa.

Elina miraba al marqués sin poder reaccionar. Nunca antes había sentido tal atracción física por ningún hombre. Sentía la necesidad de escapar porque la situación estaba descontrolándose, pero sus ojos la subyugaban: esa intensa mirada la paralizaba porque sus ojos prometían satisfacer sus más escondidos deseos. Y Elina intentó huir de verdad, pero su cuerpo no la obedecía pues estaba frente a él muda y quieta como una estatua de mármol. Ella quería marcharse, pero era él quién ocupaba su espacio en la cocina.

«Eres la mujer más fascinante que he conocido. Va a ser muy difícil domar ese espíritu combativo que tienes, pero eres pura pasión, y voy a poseerte en todos los sentidos así me cueste la vida», le dijo Alan con el pensamiento, y sin dejar de mirarla.

«Tiene tanto poder de seducción que me va a hacer sucumbir ahora mismo si sigues mirándome así», se dijo ella mentalmente.

Pero Elina recordó a tiempo que ella era la cocinera de Helvellyn House, y, él, el marqués de Glastonbury.

—¿Qué le apetece desayunar, milord?

Las palabras de ella rompieron el hechizo mágico. En la cocina permanecía él totalmente desconcertado. Los ojos de ella le decían una cosa, y, sus palabras, otra muy distinta.

—Arsénico...

Y, diciendo eso, abandonó la cocina.

Necesitó respirar varias veces para recuperar el pulso. Elina no creía poder aguantar una semana así de tensa. El único lugar seguro de la casa para ella, era precisamente la cocina, pero él había invadido su espacio personal. De repente, sus ojos se fijaron en el vaso medio lleno que él había dejado sobre la mesa, y, siguiendo un impulso, lo tomó y se lo llevó a los labios, se tomó el líquido oscuro de un trago, un segundo después tosió con aspavientos. Le había quemado la garganta, pero le había templado el espíritu, y entendió el motivo para que los hombres lo bebieran.

—Elina, ¿recogiste los huevos?

La voz de Eve la trajo de vuelta a la realidad.

—Todavía no —respondió volviéndose hacia ella que la miró sorprendida.

Elina tenía el vaso vacío en la mano y la botella medio llena sobre la mesa.

—¿Ha bebido? Que no se entere milord pues es su coñac preferido.

La pregunta formulada no requería una respuesta, y no se la ofreció, pero Elina se dijo que pensaba guardar la botella y beberse todo el contenido.

—Iré ahora mismo a recoger los huevos.

El trago largo le había calentado el ánimo, y le hacía ver el día con una mejor perspectiva.

Ella lo deseaba, él la deseaba. Ella era la cocinera, él era el marqués de Glastonbury. Richard la había pedido en matrimonio, y ella no le había dado una respuesta definitiva. Ahora sabía el motivo: Richard jamás podría hacerle sentir lo que Redmayne le hacía sentir. Era pensar en él y su cuerpo adquiriría vida propia.

Era muy consciente de su gran poder de seducción, pero ella deseaba sentirse seducida por él... Elina soltó un suspiro largo y caliente.

Esa semana en Helvellyn House iba a ser la más larga de su vida.

CAPÍTULO 8

El acoso tanto físico como emocional al que la sometía el marqués, terminó pasándole factura a Elina. Llevaba dos noches sin dormir, y las bolsas oscuras bajo sus ojos eran más que evidentes. Afortunadamente, sus ricas elaboraciones culinarias no se habían resentido por la presión.

En ese momento se encontraba recogiendo bayas silvestres para un postre. Miró la cesta de mimbre, y comprobó que llevaba más que suficientes, así que se echó un puñado a la boca. Estaban maduras y muy dulces.

—¡Elina!

Escuchó la voz de Richard, y se giró hacia él. Iba montado en un precioso semental de color pardo.

—¡Richard, qué sorpresa! —respondió ella mostrándole una sonrisa auténtica—. No esperaba verte por los dominios del marqués.

Richard desmontó del semental y comenzó a caminar al lado de ella.

—Le he traído una invitación formal. —Ella lo miró con sus grandes ojos dorados—. Y otra para ti...

Richard seguía insistiendo en que ella aceptara su proposición de matrimonio, pero Elina no lo amaba y él se merecía una mujer que sí lo hiciera, a pesar de estar convencida, algo la detenía a darle una negativa tajante.

—Tengo que declinarla —le dijo al mismo tiempo que suspiraba.

Richard soltó las bridas de la montura y la sujetó por los hombros.

—En mi casa no serás una sirvienta, sino mi futura esposa.

Elina decidió darle por fin la respuesta que esperaba.

—Richard, no puedo casarme contigo.

Él, la miró estupefacto.

—¿Por qué? —casi gritó.

Elina desvió los ojos porque se sentía turbada.

—Porque te mereces una mujer que te ame con toda su alma.

—¿Y esa mujer no eres tú?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eres un hombre extraordinario, amable, educado, gentil, pero no tengo la suficiente confianza en mí misma para darte todo el amor que te mereces.

El corazón de Richard se calmó. Ella no lo rechazaba porque no lo amara, sino porque no se creía capaz de amarlo al cien por cien.

—El roce hace el cariño, Elina, y esto convencido de que a mi lado podré enseñarte a amarme como crees que merezco.

Ella quiso soltarse, pero las manos de él seguían sujetando sus hombros. El caballo pacía mansamente tras ello masticando hierba.

—No quiero hacerte daño...

—¡Por Dios! ¿Por qué dices algo así? Tú jamás podrás lastimarme.

Richard entendió en la duda de ella que podría besarla. Lo ansiaba para poder convencerla de lo profundo de sus sentimientos. Inclino la cabeza y tomó posesión de la boca dulce. El beso fue

inesperado, y en modo alguno como Elina podría esperar. No le calentó la sangre, ni le aceleró el corazón. No el encogió el estómago ni le nubló el juicio. Cuando Richard finalizó el beso, la miró a los ojos, y lo que vio en ellos no le gustó en absoluto.

—Sé, que no te desagradó.

—No me desagradas —le confió—, pero no vuelvas a besarme sin mi permiso —le advirtió.

—Es que te amo...

Ella lo cortó.

—Pero yo no, y no sería justo por mi parte, hacerte creer lo contrario.

Richard se creía enamorada de ella desde hacía varios meses, pero Elina no le correspondía. Tras su beso, había comprendido que jamás podría despertar en ella la misma pasión que sí le despertaba el marqués. Se llamó estúpida un montón de veces porque esa lujuria que le había despertado el noble, podía obnubilar su buen juicio, pero ella no quería dar un paso equivocado ofreciendo una respuesta que le podría pesar después.

—Por eso debo decirte...

Ahora fue Richard quien la interrumpió.

—No me des una respuesta todavía —le pidió—. Ven a mi casa el sábado, verás todo lo que te ofrezco, y te dejaré decidir entonces.

—Olvidas que soy la cocinera de Helvellyn House, y que no dispongo de mi tiempo como quisiera.

A Richard no le gustaba en absoluto que ella trabajara como sirvienta, le superaba.

—Le he dicho a lord Redmayne que pienso hacerte mi esposa.

A ella le molestó que se tomara esas confianzas sin consultarle, y por eso lo miró seria.

—No tenías derecho a hacer algo así sin consultarme primero pues no te he dado una respuesta definitiva a tu propuesta.

Elina veía una injerencia en sus decisiones privadas la intervención de Richard.

—Alan ha accedido a darte el día libre...

Ella apretó los labios ofendida.

—Estás coaccionándome, y no me gusta en absoluto —lo acusó.

Richard la soltó de los hombros, y un segundo después metió cruzó las manos a la espalda.

—Admito que me precipité —accedió él—, pero no me arrepiento.

Elina desvió la mirada del rostro atractivo. Ella no quería aceptar la invitación de Richard, pero tampoco quería soliviantarle, sobre todo cuando su padre le había ayudado tanto con el ingreso en el internado suizo de su hermano. También le había ayudado con el sepelio de su tía, y con el ingente papeleo que generó la herencia que le había dejado su tía, y también las deudas que había contraído.

—¿Por qué ha aceptado lord Redmayne tu petición? —le preguntó con ojos entrecerrados.

—Le he confesado que te amo. Alan no ha necesitado nada más, somos amigos desde la infancia.

Tanto Richard como Elina desconocían que lord Redmayne había aceptado darle el día libre a ella porque pretendía darle una lección. Quería que ella viera con sus propios ojos que no podía aceptar la proposición de Richard porque su lugar no estaba en la casa de él sino en su lecho, dentro de sus brazos y poseída por sus besos. Alan había decidido arrancar de cuajo cualquier brote de afecto que Richard despertara a ella, y lo haría en un terreno que no manejaba, la diferencia de clases sociales.

Cuando ella viera con sus propios ojos que no podría ingresar en un mundo tan diferente al suyo, acabaría aceptando ser su amante, y aceptaría porque él estaba dispuesto a pagar el precio

que ella pusiera.

Cuando Elina se viera tan fuera de lugar en la casa de Richard, iría directa a sus brazos...

CAPÍTULO 9

Elina se había vestido con sus mejores galas.

Sobre la camisa blanca se había puesto el corsé bordado con flores diminutas de color plata, le pidió a Eve que no se lo ajustara de forma excesiva porque no lo necesitaba pues tenía una figura armoniosa. Se colocó la enagua larga que terminaba en un volante voluminoso, y encima el vestido de muselina en color verde claro. La enagua hacía que el vestido pareciera más vaporoso, y aunque sobresalía un par de centímetros por debajo del vestido, lo protegía de la suciedad del suelo.

El ama de llaves la había ayudado a recogerse el largo cabello negro en un moño alto, y se dejó algunos rizos sueltos. Elina se había colocado una pequeña tiara de perlas que había pertenecido a su madre. Se puso los guantes y la capa sobre los hombros.

—El carruaje de O'Sullivan acaba de llegar —anunció una de las doncellas.

Elina se miró por última vez en el espejo, tomó aire, y dio media vuelta. Estaba nerviosa porque era la primera vez que iba a ver al marqués, no, como la cocinera de Helvellyn House, sino como Elina Julie Smith. El palafrenero la ayudó a subir al carruaje, y le sostuvo la puerta. El interior estaba oscuro y olía a la cera de los farolillos. Nadie salió a despedirla, pero ella tampoco lo esperaba. Y durante el camino hacia Folkestone, se dedicó a fantasear. ¿La encontraría lord Redmayne atractiva? ¿Le pediría que bailara con él? ¿Se mostraría tan persuasivo e insistente como días anteriores? También era posible que la ignorara. Elina no tenía modo de saber de que forma transcurriría esa noche, pero ella estaba dispuesta a disfrutarla al máximo.



Alan Benedict Redmayne se aburría. El doctor O'Sullivan y su esposa Melany estaban enfrascados en una conversación con el párroco Gran. Y Richard no aparecía por el salón para saludarlo. Ignoraba dónde estaba o con quién se encontraba. Apoyado en una columna circular, tomaba sorbos de su copa de champán mientras observaba el resto de invitados. Las mujeres iban engalanadas con vestidos opulentos, pero las joyas en sus cuellos y muñecas parecían piedras que pesaban demasiado. Como eran nobles rurales, sus ropas y joyas las hacían parecer snobs. Alan hizo un gesto de desagrado, y cuando dejó de mirar el salón, la vio. La cocinera de Helvellyn House estaba plantada en la entrada, e iba agarrada del brazo de Richard.

«Dios, Dios, Dios. ¡Qué bella estaba! Y él ardía en deseo por ella, y se estaba convirtiendo en un desesperado por culpa de esa venus manipuladora, pero encantadora, pasional... me estoy volviendo loco», se dijo.

Elina era muy esbelta, y sin duda alguna la más alta que cualquiera de las mujeres que había allí presentes. Y, si se había vestido para llamar la atención, lo había logrado con creces.

El resto de invitadas iban vestidas con tonos intensos: rojos, verdes, e incluso negros, pero ella iba de verde claro. El bonito vestido mostraba las suaves curvas del nacimiento del seno, y se ceñía a su estrecha cintura para caer luego hasta el suelo en amplios pliegues. No refulgía de joyas como el resto de invitadas, salvo la pequeña tiara de perlas sobre su cabeza. Pero Alan se dijo que no las necesitaba ya que la blancura de su piel era una joya en sí misma, y su cabellera tan oscura que parecía una cortina de seda negra bajo la luz de las arañas, toda ella brillaba sin necesidad de diamantes.

Richard se inclinó hacia ella para susurrarle algo, ella hizo un gesto con la cabeza, y Alan se extasió con la delicadeza de su pequeña nariz, aunque le extrañó el leve temblor de sus labios: como si estuviera insegura. Y mientras observaba el rostro tan bello, le resultó difícil encontrar una palabra que la describiera en su conjunto.

Y, entonces, ella lo vio, y Richard también, ¿cómo no iban a verlo si era el hombre más alto y corpulento de entre todos los invitados? Decidido, caminó directamente hacia ellos, pero fue interceptado por el párroco Grant que había terminado su conversación con los O'Sullivan.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Richard.

Elina había sentido un ligero escalofrío ante el escrutinio del marqués. Y, mirándolo de soslayo, se dijo que lord Redmayne mostraba en su rostro el aburrimiento del papel que la vida parecía haberle asignado.

—El vestido es demasiado fino —y era verdad.

—Ven —le dijo Richard—. Baila conmigo, y yo te mantendré caliente.

Sus palabras parecían inocentes, pero no lo eran.

Richard se había percatado muy bien de la intensa mirada que le había dedicado el marqués a Elina. Supo que le interesaba, y él tenía que alejarla porque sabía que, además de la inmensa fortuna que poseía, sería un necio para no admitir que el noble era un hombre fascinante, y, según la fama de mujeriego que le precedía, un amante ardiente e insaciable.

Elina se dejó guiar por Richard hacia el centro del salón donde comenzaba un vals. Tras los primeros pasos, él comenzó una charla en voz muy baja para explicarle el hombre y posición de cada uno de los invitados al mismo tiempo que giraban. De pronto, Elina pasó de los brazos de Richard a los del marqués, aunque no supo cómo.

—Estás muy bella...

No le gustaba que la tuteara. En el salón de Folkeston no era la cocinera de Helvellyn House.

—Gracias —contestó seria.

Entre los brazos del marqués todo giraba más rápido, y más emocionante.

—Admito que me desconciertas —confesó el noble—. Me dejas muy claro que no te interesa mi oferta, pero tus ojos me dicen otra cosa.

El cuerpo de Elina se tensó pues le parecía inaudito que él sacara a colación un tema tan íntimo en un lugar abarrotado. No pudo evitar sonrojarse.

—Creyó que como soy la criada de Helvellyn House saltaría de gozo ante la oportunidad que me ofrecía de ser su amante —respondió ella con ojos entrecerrados, y con voz llena de furia—. Pero desde ya le aseguro que no me interesan los hombres tan aburridos en sus flirteos como en sus conversaciones.

Ese había sido un golpe bajo porque Alan no tenía de aburrido ni un solo cabello del cuerpo. La hizo girar más rápido al mismo tiempo que soltaba una carcajada.

—Eso es toda una condena, en especial, si proviene de una experta en conversación como tú —respondió el noble.

Elina buscaba con los ojos a Richard, pero no lo vio.

—Al menos la mía no es recurrente —le soltó sin mirarlo—. Y le auguro una gran sequía si es este la única habilidad de conquista que posee.

Alan la estrechó más fuerte entre sus brazos, y Elina soltó un gemido porque apenas podía respirar entre el corsé ajustado, y los brazos de hierro del marqués.

—Sabes que terminaré por conquistarte —afirmó mirándola fijamente.

Elina hizo lo propio.

—Buena suerte entonces, aunque presuma de lo que carece.

Como protesta, él, la ciñó más fuerte.

—Mi buena suerte nunca me falla —le dijo Alan—. Aunque suelo prescindir de víboras, sogas de ahorcados, y gatos negros.

A Alan le molestaba que Elina no le prestara atención, que no coqueteara con él, ni le dirigiera miradas soñadoras y sonrisas provocativas como la mayoría de mujeres. En el salón había por lo menos veinte con las que podría tener sexo si se lo propusiera. Pero el vals cesó, y Richard se plantó frente a los dos para reclamar la atención de ella.

—Discúlpame con tus padres Richard, pero tengo que regresar a Helvellyn House.

Tanto Elina como Richard miraron la marcha del marqués con asombro.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó curioso.

Los bonitos ojos de Elina se clavaron en él.

—Le he asegurado que no me interesan los hombres tan aburridos en sus flirteos como en sus conversaciones.

Richard la miró perplejo, un segundo después estalló en una sonora carcajada. Elina se sintió cohibida porque estaban llamando la atención del resto de invitados.

—No te perdonará esas palabras, Elina —le dijo Richard al mismo tiempo que la sujetaba del brazo y la sacaba hacia los jardines exteriores.

—Lord Redmayne cree que puede comprar todo con sus libras —le dijo una vez estuvieron sentados frente a la fuente de agua—. Y está muy equivocado.

El pecho de Richard se fue insuflando de esperanza. Alan no le interesaba a Elina, y él se sentía muy feliz de saberlo.

—La lealtad no se compra con dinero —apuntó el hombre.

—Ni el afecto de una mujer —respondió ella.

Richard la miró atentamente, tanto, que Elina se puso nerviosa.

—¿Me permites que te proponga de nuevo matrimonio?

Ahora fue ella la que soltó una carcajada. Richard compartía una cualidad con el marqués: la persistencia.

CAPÍTULO 10

Los días transcurrían tranquilos en Helvellyn House. Tras la fiesta en Folkestone la semana anterior, y el baile mantenido con el marqués, el noble no había vuelto a molestarla con sus palabras, tampoco con sus acciones. Cuando ella llegó a la mansión, el mayordomo le anunció que el marqués se había marchado a Londres por unas gestiones.

Elina seguía cocinando con el corazón y por eso sus creaciones eran sublimes.

En ese momento se encontraba rellenando un capón que ella misma había desplumado en la mañana, y sobre el cabello recogido tenía algunas plumas del animal lo que le confería un aspecto desenfadado. El horno estaba a la temperatura exacta para el cocinado, y ella se encontró canturreando una canción al mismo tiempo que ponía el ave en la bandeja, lo terminaba de aderezar, y lo introducía en el horno que llameaba.

—Viviría aquí en la cocina —escuchó que decía Eve—. Los aromas son maravillosos.

Elina cerró la puerta del horno y se giró hacia la mujer.

—En verano es bastante complicado trabajar aquí.

—¿Por eso en verano haces menos asados? —le preguntó el ama de llaves.

La cocinera le sonrió franca.

—Y porque en verano lord Redmayne no se encuentra en Helvellyn House.

—Necesito pedirte un favor —le dijo el ama de llaves.

—¿Dime cómo puedo ayudarte? —se ofreció la otra.

—Necesito que vayas a recoger un encargo del marqués que no puede recoger mi esposo —le explicó el ama de llaves—. Flint se encuentra en la estación de Grovesnor esperando el semental de lord Redmayne que llegará en el tren de las seis.

La estación estaba a ocho millas de la propiedad.

—¿Y quién cuidará el asado?

Eve se puso la mano en el pecho.

—Puedes confiar en mí. Iría yo misma, pero ya sabes que mi pierna no está muy bien desde la caída que sufrí el mes pasado. Yo vigilaré que no se queme el asado.

Elina pensaba en la caída que sufrió Eve por las escaleras. Aunque no se había roto nada, seguía padeciendo una ligera cojera al andar.

—Bueno, haremos una cosa, recogeré la cocina y dejaré preparado el resto de la cena. Cuando el asado esté listo, y ya no sea necesaria en la casa, iré a recoger el encargo del marqués —Eve le sonrió con afecto—. Además, lord Redmayne no se encuentra en la casa, y no tendré que amasar mucho para la mañana.

—Te lo agradezco —le dijo la cocinera.

Elina se quedó un momento pensativa.

—¿Por qué no envías a uno de los mozos de cuadra, o al cochero a por el encargo? —preguntó de pronto.

El ama de llaves, que ya se había girado para marcharse de la cocina, la miró.

—Es un encargo que le hizo el marqués a mi esposo de forma personal, y solo le encarga recados muy especiales, y no me fío de nadie salvo de ti.

Elina hinchó el pecho feliz. Le alegraba que confiaran tanto en ella, y como su trabajo en la

cocina estaba casi a punto de ser acabado, no tenía inconveniente en darse un paseo hasta el pueblo para recoger el encargo del marqués.

—¿Dónde tengo que recoger el encargo?

—En la joyería de Walmer...



El paseo hasta el pueblo desde Helvellyn House era tranquilo y discurría paralelo a un riachuelo de agua transparentes. Elina se dedicó a observar los pájaros de los árboles, la verde hierba, y el sonido del agua al deslizarse entre las piedras.

Había dejado la cena preparada y la cocina limpia. Ella no sería necesaria en la casa hasta después de la cena, y se dijo que aprovecharía la visita al pueblo para mirar las telas que había recibido la modista que cosía los vestidos para las parroquianas. A ella le gustaría mucho más visitar a una modista de la ciudad de Morgate, pero era conformista por naturaleza. Además, ella no necesitaba vestidos espectaculares porque apenas le quedaba tiempo para lucirlos salvo los domingos en la iglesia.

Sus pensamientos regresaron a la noche del baile cuando el marqués la sostuvo entre sus brazos durante unos minutos. Su corazón había latido más apresurado de lo normal, y el pulso en sus venas se había desbocado, por ese motivo, había vuelto a darle una negativa a Richard. No podía aceptar su proposición cuando su mente y corazón estaban pendientes de otro hombre. Un hombre que jamás pensaría en ella salvo como amante, pero Elina debía de ser fiel consigo misma y justa con Richard.

Ya en el pueblo, recogió el paquete bien cerrado de lord Redmayne y lo metió con cuidado en el bolsillo de mano que llevaba colgando de su muñeca. Se pasó por la tienda de telas de la señora Moore, y compró unos metros de seda azul como el cielo, la señora Moore se lo dejó a buen precio porque era los últimos metros que quedaban. La tela no daría para un vestido completo, pero sí para falda vaporosa. Además compró un aceite perfumado de lavanda, un chal blanco calado, y un broche muy bonito que pensaba regalar a Eve.

Elina ahorrraba todo lo que ganaba porque las deudas que le había dejado su tía eran muy elevadas, pero casi las había pagado por completo, y podía permitirse algún capricho, aunque no mucho porque tenía que pagar el viaje de su hermano en el verano. Fue pensar en su hermano y ponerse triste. Era una verdadera pena que no hubiera conocido a la madre de ambos, y que el padre de los dos hubiera muerto en la guerra contra Napoleón. A Elina le había resultado muy duro ocuparse de su hermano tan pequeño, pero lo adoraba, y por eso trabaja como criada en Helvellyn House, para brindarle el futuro que se merecía. Ella soñaba que fuese un abogado como Richard, o quizás un profesor, su hermano tenía cabeza para ser lo que se propusiese, y confiaba que lo lograra.

El regreso a la mansión lo hizo con mejor humor porque había disfrutado de la charla con la señora Moore, también con el joyero donde había comprado el broche para Eve. Se había acercado a la parroquia para hablar con el cura, y quedó con él en pasarse por el orfanato el domingo por la tarde para cocinarles a los niños algunos pasteles.

Ella adoraba cocinar, y no le importaba trabajar en el único día que tenía de descanso para los niños necesitados.

Con una sonrisa feliz, subió los escalones de Helvellyn House y se dirigió hacia las dependencias del servicio. Le dio el paquete que había recogido al ama de llaves, también el bonito broche que le había comprado. Le enseñó la tela para hacerse una falda, y Eve le prometió que la ayudaría en la costura.

Cuando se asomó a la cocina, todo estaba recogido.

—Lord Redmayne regresará mañana a medio día —le informó el ama de llaves.

—Entonces mañana cocinaré algo sabroso —respondió—. Me cambio, y me pondré a la tarea de amasar para hornear bollos y pasteles.

CAPÍTULO 11

Alan había estado muy ocupado en su viaje a Londres, y no solo para ocuparse de sus negocios, sino para comprobar que la viuda Niven se había olvidado de él, pero no era cierto. Había escuchado que en círculos pequeños, la mujer había dejado caer la falsa noticia de unos futuros y esperados esponsales con él, y Alan había montado en cólera, pero no había podido desenmascararla porque nadie sabía que estaba en Londres de incógnito. Además, había realizado algunas gestiones menores como enviar un abogado al internado suizo donde estaba estudiando el hermano pequeño de Elina.

Había tenido una brillante idea, y la había llevado a cabo.

Cuando el carruaje se detuvo en la escalinata de Helvellyn House, se dio cuenta de cuanto la había extrañado. Había estado ausente solo unos días, pero le habían parecido semanas, y recordó sus palabras en el baile cuando la sostenía entre sus brazos. Era olerla, y sufrir una fuerte erección. Así lo provocaba con la mirada y con los gestos.

El olor de la bollería recién horneada despertó otra clase de apetito en él: hambre.

Le dijo a su ayuda de cámara que se bañaría después de desayunar, y que cabalgaría por la tarde. Confiaba que su semental hubiera llegado sin novedad a las cuadras de Helvellyn House. En el momento que dejó la capa, el sombrero y el bastón en las manos del mayordomo, se dirigió directamente a las cocinas, y cuando estaba a unos pasos de llegar, escuchó su melodiosa voz. Cantaba una balada muy bonita, y Alan se dedicó a observarla en silencio. La hermosa cocinera de Helvellyn House estaba de espaldas a él. La veía moverse y supo que amasaba, el constante balanceó hacia adelante y hacia atrás, le provocaba un deseo arrebatado.

La cocina era sus dominios, y él estaba decidido a que ella lo fuera del suyo.

—Buenos días, Elina.

Le pegó un susto de muerte. La mujer se giró de golpe con los ojos abiertos de par en par.

—Me ha asustado —le reprochó.

Elina llevaba una mejilla manchada de harina, y él deseó quitársela de un lametazo. Se introdujo en la cocina con grandes pasos, y se quedó parado frente a ella.

—¿Ha funcionado todo bien aquí en mi ausencia? —le preguntó.

Elina se dijo que ella no era la persona adecuada para responder a esa pregunta sino el mayordomo.

—Como siempre, milord.

A él le encantaría que lo llamara por su nombre, estaba deseando escuchárselo decir, que las letras se deslizaran entre sus labios mientras se bebía su aliento.

—¡Milord! —exclamó ella con los ojos abiertos de par en par.

Alan se percató de que se había inclinado peligrosamente hacia ella.

«Me atormenta tu rostro de hechicera. Estoy en la cocina de Helvellyn House porque necesitaba verte otra vez. Volver a ver el brillo tan intenso que se desprende de tus ojos a la luz de la llamas del hogar encendido mientras mi cuerpo arde en deseos de besarte. De sentir tus cabellos entre mis dedos, y la suave piel de tu cuerpo bajo sus manos». Le dijo con el pensamiento porque sus labios estaban sellados. Los mantenía cerrados ante el imperioso deseo que sentía de besarla.

—¡Milord! —volvió a exclamar ella cada vez más alarmada.

Alan parpadeó varias veces, y carraspeó.

—Quería pedirte que cocinaras faisán para esta noche.

Ella estaba convencida de que su visita a la cocina tenía otro interés que la cena. Elina no podía dar un paso hacia atrás porque se lo impedía la mesa donde amasaba, y, al ver el brillo peligroso en sus ojos, deseó estar en otro lugar porque el ese hombre le aceleraba el pulso, y volvía su determinación al revés.

—Cociné ave para el almuerzo —le dijo entre susurros y desviando la mirada.

Alan volvió a carraspear bastante incómodo.

—¿Y qué tenías pensado para esta noche?

Elina deseaba poner distancia entre ambos, pero él se lo impedía porque casi estaba pegada a ella. apenas podía pensar con claridad porque su fuerte presencia la cohibía. La ponía sumamente nerviosa.

—Lechón asado —respondió a duras penas.

A él lo volvía loco el aroma dulce que desprendía: canela, vainilla...

—Tengo hambre —le dijo sin dejar de mirarla.

Ella entendió algo muy diferente en sus palabras.

—Pronto estará el desayuno —contestó nerviosa.

—Es otro el hambre que me despiertas.

Elina estaba a punto de poner su mano en el recio pecho para empujarlo. Le impedía respirar porque se bebía su aliento.

—Confío que su viaje a Londres haya sido fructífero porque el plazo para seguir como cocinera de Helvellyn House casi ha concluido.

Esas palabras fueron las que necesitaba Alan para regresar de la nube tóxica de placer en el que ella lo envolvía.

Elina vio que daba un paso hacia atrás y que entrecerraba los ojos, ella pudo respirar al fin aliviada.

—No —respondió con voz seca—. No he encontrado ninguna cocinera apta para que te sustituya, así que no aceptaré tu renuncia.

—Pero milord... —Alan la interrumpió.

—Estoy hambriento —y tras decir esa frase, se giró sobre sí mismo y salió de la cocina sin mirar atrás.

Elina sentía que el corazón se le iba a salir por la boca de lo agitado que lo tenía. El pulso le latía en el vientre porque el maldito marqués había avivado su deseo tras apaciguar el suyo, o eso al menos creía.

El plazo para que encontrara otra cocinera para Helvellyn House expiraba el domingo, pero el marqués no había contratado a nadie más. Ella no podía dejarlo tirado porque su reputación como cocinera se vería claramente dañada.

«¿Cómo voy a seguir en la casa con todo lo que me hace sentir?». Se dijo triste. «¿Cómo voy a hacer frente a sus insinuaciones, y a su determinación de llevarme a su cama cuando en realidad deseo que lo haga?». Elina se debatía entre dudas. Su voluntad era firme, pero la del marqués todavía más.

La mujer cerró los ojos, porque hasta el domingo quedaban cinco días, y no sabía cómo podría resistir la fuerte atracción que sentía por él.

«¡Dios mío, ayúdame a resistir!», rezó en silencio.

CAPÍTULO 11

Elina se encontraba probando la crema de langosta cuando el ama de llaves la interrumpió.

—Has recibido un telegrama.

Se giró hacia Eve con sorpresa.

—¿Un telegrama? —preguntó—. ¿De dónde?

—De Suiza.

Fue escuchar la palabra Suiza y sufrir un sobresalto. ¿Le habría ocurrido algo a su hermano pequeño? El ama de llaves le tendía la nota. Elina la sujetó temerosa.

—Confío que no sean malas noticias.

Desplegó el mensaje y leyó el contenido. Un segundo después se tapó la boca para contener una exclamación. El colegio le solicitaba un pago de mil libras de forma inmediata.

—Lo son —afirmó muy triste.

En la nota escueta el colegio le informaba que pronto recibiría unos documentos importantes del cambio de política sufrida en el colegio. Se habían modificado los pagos con aspecto retroactivo, y ella tenía una deuda de mil libras que tendría que abonar de inmediato.

—¿Qué sucede? —le preguntó el ama de llaves.

—Una actualización de pagos que debo realizar o mi hermano será despedido del colegio.

—¿Cómo es posible? —preguntó la mujer.

Elina no lo sabía. Era cierto que el colegio no había aumentado el precio de cada curso anual como era costumbre en otros centros, y ahora entendía el motivo.

—¿De cuanto hablamos? —se interesó la mujer.

—De mil libras.

Eve se llevó la mano al corazón.

—Es mucho dinero.

Era cierto. Ella tenía que pagar doscientas libras mensuales por las deudas que todavía tenía de su tía, y contando los escasos ahorros que había logrado reunir, la cifra no superaba las cuatrocientas libras, necesitaba todavía seiscientas. ¡Y estaba pensando dejar su trabajo como cocinera de Helvellyn House!

—Si hablas con lord Redmayne, es posible que te adelante un año de sueldo para que puedas hacer frente al pago.

¡Un año de sueldo! ¿Y qué sucedería con las deudas de su tía? El corazón se le encogió de angustia.

—Si hago frente al pago del colegio, perderé la casa de mi tía.

La voz de Elina había sonado atormentada.

—Habla con lord Redmayne, es posible que él pueda hacer algo, yo hablaré con el párroco para que pida una colecta el domingo en la iglesia para ayudarte.

A Elina se le soltaron las lágrimas. Todos eran tan buenos con ella.

—Hablar con lord Redmayne —susurró con voz entrecortada.

—O puedes traerte tu hermano a Inglaterra —le dijo la mujer.

—Eso significaría que no podría terminar sus estudios —respondió Elina en voz baja—. Y habría tirado a la basura años de esfuerzo y dinero —se lamentó.

—Entonces no te queda más opción que hablar con lord Redmayne...



Elina había dado muchas vueltas ante lo que tenía que hacer. Antes de hablar con el marqués y pedirle ayuda, había hablado con el director del banco, pero sus palabras habían sido muy claras: no podía solicitar un préstamo porque estaba muy endeudada. Tampoco podía vender la casa de su tía porque sobre ella pesaba una deuda importantes. Elina habló también con el párroco para pedirle consejo, pero salvo oraciones y ruegos, él no podía ayudarla, ni los feligreses tampoco. Aunque había aceptado organizar una colecta para ella el domingo por la mañana. Para el domingo quedaban dos días.

Ahora, mientras esperaba en la biblioteca de Helvellyn House la llegada del marqués, su cuerpo temblaba tanto de nerviosismo, como de aprensión. La puerta se abrió, y el noble hizo su entrada.

—Dice Flint que deseas hablar conmigo.

Elina hizo un gesto leve con la cabeza. Carraspeó para aclararse la voz, y le pidió que se sentara antes de escucharla. Cuando el hombre lo hizo, ella se apresuró a contarle su problema, y lo hizo mirándolo fijamente. Le pidió que le adelantara un año de sueldo para poder hacer frente al pago, el marqués la interrumpió.

—Creo recordar que te has despedido.

Eso era lo último que espera ella. a continuación pasó a explicarle que había cambiado de opinión porque necesitaba el trabajo como cocinera. Le habló de lo importante que era para ella que su hermano terminara sus estudios porque de lo contrario todo su esfuerzo habría sido en vano. Le habló de los años que había invertido en él, de las miles de libras gastadas en su formación, y no podía tirar todo eso a la basura por que sí.

Alan la escuchaba con los ojos entrecerrados.

—Acepté tu renuncia como cocinera.

A él le encantaba verla tan vulnerable.

—¿Sus palabras quieren decir que no podré quedarme en Helvellyn House? —le preguntó directa.

Elina lo vio lanzar un suspiro, y desviar un segundo la mirada, otro después la clavó en ella.

—Solo hay una forma de que te quedes —le reveló de pronto.

Elina se tensó de la cabeza a los pies.

—Soy una buena cocinera, hago bien mi trabajo... —él la interrumpió con una sonrisa cínica.

—Ahora ya sé cuál es tu precio, Elina, y estoy dispuesto a doblarlo.

La mujer parpadeó asombrada.

—¿Mi precio?

—Para que seas mi amante.

Ella no podía creérselo.

—¿Aquí en Helvellyn House? —le preguntó—. Delante de las personas que me quieren.

Alan se dio cuenta de que ella no se había negado.

—Si accedes a ser mi amante, no será aquí en Helvellyn House sino en Harbledown, tu casa —ella pensaba a toda velocidad—. Dejarás de ser la cocinera, pero redoblaré tu sueldo mensual, y pagaré todos los gastos de tu hermano en Suiza hasta que finalice sus estudios.

Ella se llevó la mano al cuello.

—¿Hasta cuando? —quiso saber.

Alan se reclinó hacia atrás, y entrecerró los ojos.

—Hasta que me canse de ti.

Elina sintió ganas de llorar.

—¿Y cuando eso ocurra?

—Obtendrás una excelente carta de recomendación que te servirá hasta para trabajar en las cocinas de Buckingham —ella tragó con fuerza y desvió la mirada del rostro duro—. Me deseas, Elina, y estoy dispuesto a ayudarte, si accedes —la veía dudar en un mar de vacilaciones—. Para tu tranquilidad debo decirte que no suelo durar mucho con una sola mujer.

Ella sintió deseos de lanzarle algo.

—Quedaré arruinada para un matrimonio honorable.

Indudablemente se refería a Richard O'Sullivan, y Alan se complació en secreto.

—Ya conoces mi precio —le recordó el noble.

A ella no le quedaban muchas opciones, sobre todo porque tenía que hacer frente al pago de mil libras de forma inmediata. Si el colegio le hubiera dado más tiempo, ella habría logrado reunir las vendiendo todo lo que pudiera de la casa de su tía, incluso las joyas de su madre, pero no tenía tiempo, y el poco que tenía había jugado en su contra.

—Acepto el trato —admitió ella con la mirada baja.

Alan sonrió de forma ladina. Le había costado lo suyo, pero Elina había aceptado ser su amante.

—Pagarás el primer plazo esta noche —le informó él.

Ella lo miró espantada.

—¿Aquí? —casi gritó.

Ahora lo vio sonreír con petulancia.

—En la cabaña del bosque —le aclaró—. Confío que estés allí después de la cena de esta noche.

La vio apretar los labios, tensar la espalda, pero no le importó.

—Allí estaré...

CAPÍTULO 12

Si los padres de Elina no hubieran muerto, si su tía no se hubiera empeñado tanto, si ella no se hubiera mostrado ambiciosa con respecto a la educación de su hermano, ahora no tendría que enfrentarse a un destino aciago: convertirse en la amante de lord Redmayne.

Pensó en Richard, y se avergonzó.

Había estado a punto de sincerarse con él y de pedirle ayuda, pero ello la obligaría a aceptar su proposición, y Elina no podía hacerlo. Prefería aceptar ser la amante de un demonio, que la esposa de un buen hombre, sobre todo porque ella no podía pagarle con la moneda falsa del amor no correspondido. Richard la amaba, y ella no podía traicionarle aceptándolo cuando deseaba a otro, cuando iba a entregarse a otro.

La puerta de la cabaña se abrió, y lord Redmayne cruzó el umbral. Iba perfectamente vestido en comparación con ella que se había puesto sus ropas más poco favorecedoras.

Cuando ella llegó a la cabaña a la hora citada, se había encontrado el fuego encendido, y una bandeja con bebidas. En el suelo, frente a la chimenea, habían extendido una gruesa alfombra. Ella no tenía ninguna duda del motivo, pero ya no había vuelta atrás.

Los ojos de él al mirarla, le mostraron cuanto le desagradaba las ropas que vestía, pero el trato que habían hecho los dos era carnal, físico, y nada tenía que ver la apariencia.

—No sabes cuánto he añorado este momento —le confesó él.

Elina estaba cohibida, se sentía avergonzada, pero había dado un paso decisivo, y se dijo que no daría marcha atrás.

Levantó los brazos y comenzó a desabrocharse el vestido. Cuando lo tuvo totalmente suelto, lo dejó sobre el sillón. Se había quedado en camisola: una prenda que no dejaba nada a la imaginación. Sobre su escote se podía ver el nacimiento de sus jóvenes y vibrantes senos que casi se escapaban de lo llenos que los tenía.

Alan tragó con fuerza, pero no dio un paso adelante.

Elina, con mucha lentitud, se deshizo el moño. Cuando Alan miró lo que estaba haciendo con tanto silencio, se le contrajo el rostro en una mueca. «Es una diosa maravillosa», sentenció mentalmente. Dentro de sus pantalones notó como su pene levantaba la cabeza y presionaba contra la tupida tela creándole una incomodidad aparente, no pudo más que mirarla embobado, y con todo el deseo acumulado en esas semanas.

Elina temblaba, y no precisamente de frío. Caminó hacia el fuego, y se quedó plantada de pie escudriñándolo a conciencia, un segundo después se giró para tener de cara el fuego, y se aproximó lo más que pudo para no quemarse.

Ella lo había visto tenso, tragar con fuerza, y mantenerse firme a fuerza de voluntad. Elina tenía que entregarse a él, había hecho un trato, pero se lo iba a hacer pagar con creces.

Acercó una silla al fuego, se sentó sobre ella, y se levantó las enaguas. Bajó las medias por sus piernas, y al mismo tiempo una extraña sensación se iba instalando entre sus muslos. A pesar de la vergüenza, sentía deseo. Deseo simple y puro. Sus pechos le dolían ante el escrutinio de él. Subió sus manos hasta ellos, y los notó duros como pocas veces, se desabrochó el cordón de la camisola y la arrojó al suelo junto a las medias y las enaguas. Y desnuda, tal y como su madre la había traído al mundo, se giró y se quedó plantada frente a él: el hombre que había comprado el uso de

su cuerpo durante un tiempo.

Alan sintió al mirarla como si lo hubieran zarandeado. Toda ella era voluptuosa, sus pechos como montículos de nata que se moría por probar. ¿Sabría Elina lo que realmente le estaba haciendo?, se preguntó. Pero Alan no quiso especular más. Caminó hacia ella, la levantó en brazos, y, sin soltarla, se dirigió hacia el lecho. La cabaña tenía una sola estancia, pero ellos no necesitaban nada más.

Cuando la dejó sobre la cama, Alan se desnudó a la velocidad del rayo, y, cuando se tumbó junto a ella, el corazón se le salía del pecho. El cuerpo masculino se endureció aún más cuando ella pasó una de sus esbeltas piernas sobre su cintura, y Alan pensó que la actitud de ella iba demasiado lejos porque si no la controlaba iba a eyacular en un segundo. El maldito bribón que tenía entre sus piernas estaba rígido como el granito, y la misma tensión lo estaba matando.

—Acaríciame —le ordenó.

Alan no quería una mujer pasiva en su lecho. Y poco le importaba que no tuviera experiencia porque él pensaba ofrecérsela. La quería receptiva, y además que colaboraba. Él destetaba las mujeres que se posicionaban boca arriba, y se quedaban inertes.

Elina dudaba, aunque se dejó guiar por su instinto de mujer que se sabe deseada, y que al mismo tiempo anhela entregarse. Ya no cabían arrepentimientos pues deseaba al marqués con todo su anhelo de mujer.

Alan sintió un roce y se sobresaltó. ¿Era la mano de ella la que descansaba ahí? De repente se vio tendido sobre sus espaldas y a ella enteramente a horcajadas sobre su vientre. Su virilidad se erguía imperiosa tras el trasero de Elina. Los ojos de ella se clavaron en los suyos como dos gemas ardientes. Refulgían de miedo y decisión a la vez, y él estaba más que dispuesto a comprobar su fuego, ardor y pasión que le prometían los dos lagos que le miraban desafiante. Elina tenía el cabello suelto, y le caía sobre la espalda hasta los mismos muslos de él.

Él vio la duda en sus ojos, y tomó propiedad del control. Enterró las manos en la negra melena llena de rizos, y con un ansia del que no se creía capaz, le bajó la cabeza y tomó posesión de sus labios. En el beso volcó todas las ansias reprimidas, pero ella no le rechazó. Apretó los labios contra los de él, y entonces Alan los mordió con un ansia feroz.

Elina sintió ganas de llorar cuando comprobó que ya no tenía escapatoria, pero él con un beso profundo y posesivo, había despertado su apetito íntimo por él.

Un calor húmedo brotó de su cuerpo y empapó el vientre musculoso del noble que no hizo sino presionar más contra la boca de ella. La abrazó con ímpetu, y la hizo rodar hasta tenerla tendida de espaldas en el colchón.

La pasión tanto tiempo retenida hizo su aparición en él.

—Rodéame con tus piernas —le ordenó.

Las piernas de la joven rodearon completamente el tronco del marqués, y el leve roce del fino vello masculino contra sus senos hizo que éstos se endurecieran. Él quería enterrarse en ella, ya, profundamente. Separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar el mismo centro femenino que se abría para él. Deslizó un dedo dentro de la apretada vagina de la joven. Elina sintió la invasión pero no hizo nada por frenarla porque ante todo no era una mujer cobarde. Al ver que ella no impedía sus avances, él enterró un segundo dedo en ella, y comenzó a moverlas con infinita suavidad. Tras unos momentos, percibió que se ponía tensa, que arqueaba la espalda porque estaba a punto de recibir su primer orgasmo, y cuando notó sus dedos empapados de su calidez, los enterró más profundo, y los giró en círculo.

Alan se tragó su largo gemido con un beso.

Las oleadas subían en espiral desde el mismo centro de su ser. Le recorría la columna vertebral

y vibraba en sus pechos, en las mismas puntas que lo coronaban creando una tensión ya olvidada. La boca de Alan abandonó los labios de ella con una protesta que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas. Alan aferró entre sus dientes el maduro pezón, y lo mordió con suma delicadeza. Lo único que quería era devorar. Devorar ese joven cuerpo que se retorció bajo él y que tantas y tantas noches había ansiado. La piel de su pene estaba tan tensa que suplicaba liberación, una liberación que él no quería ni pretendía retrasar. Ella estaba más que lista para él. Sus dedos estaban tan empapados que casi parecía tenerlos metido en miel templada. Los retiró de ella, equilibró su peso en los codos y antebrazos, uno a cada lado de ella, y la miró. Tanteó por su cuerpo con una mano y buscó su pesado miembro con ella, lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta el paraíso donde se moría por estar. La cabeza púrpura de su miembro encontró la entrada femenina y se deslizó suavemente dentro de ella. Elina abrió lentamente los ojos y los clavó en los ojos de él.

—Eso es —dijo con voz estrangulada el hombre cuando su pene rozó la fina barrera de su virginidad escondida entre sus tersos muslos—, mírame mientras te hago mujer.

Se deslizó dentro de ella como seda. Se ajustaba a su alrededor como una vaina a su espada, pero con mucho más calor. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido, y, de una fuerte estocada, se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. Sintió sus uñas clavándosele en los hombros, y que emitía un breve quejido. El cuerpo de ella se tensó ante la invasión por unos segundos, pero al momento estaba ondulándose bajo él como la marea mecida por la corriente.

Alan se dijo que era el mejor sexo que jamás había experimentado, y con una virgen. El pensamiento le estremeció el cuerpo y le acicateó a hundirse una vez, y otra, y otra, hasta que sintió que el orgasmo venía imparable.

Calor, brasas, todo eso se concentraba en su bajo vientre mientras sentía como el cuerpo de él le enseñaba a disfrutar. Buscó con sus manos el cuerpo de él, en una muda súplica de decirle con caricias lo que no podía decirle con palabras. Sus dedos recorrieron la ancha espalda hasta la misma base de la columna, y un poco más abajo también, hasta las mismas nalgas. Se aferró a ellas e intentó impulsar el cuerpo de él hacia su interior. Aquello fue la perdición para ambos. Con un gemido de dolor, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y, como si de una bala de cañón se tratase, su cuerpo explotó en mil pedazos.

Elina se dijo que bien podría haber muerto por lo que le había provocado.

El cuerpo de Alan se lanzó también en busca de la liberación cuando las contracciones del útero de ella comenzaron a exprimirlo creándole una hecatombe de placer, y, junto al ahogado grito de ella, reverberó también el suyo en el momento en el que su cálido fluido de vida que era su semen inundó la estrecha y sedosa matriz.

Alan se dijo que bien podría haber renacido por lo que ella le había provocado con su entrega.

Segundos después miró hacia abajo y vio como la mirada de ella se perdía y se desvanecía. Los brazos de la joven quedaron laxos y cayeron de su cuerpo para posarse sobre el colchón. Había perdido la conciencia. El estallido de placer la había hecho sucumbir. Una sonrisa de satisfacción genuinamente masculina se instaló en su boca y se reflejó en su mirada. Lo había logrado, pese al dolor irremediable por la pérdida de su virginidad, le había dado placer. Con suavidad se retiró de ella y contempló ambos cuerpos. La sangre manchaba su miembro ahora flácido y salpicaba los muslos de los dos. Los labios de ella estaban hinchados por sus besos y su cuerpo yacía desmadejado en el suave colchón. Los senos de ella atrajeron su mirada y le entraron ganas de besárselos nuevamente. Salió del colchón y recogió la camisola de ella. La hizo jirones y utilizó uno para empapararlo en el agua casi cálida que él mismo había ordenado que

calentaran al fuego. Lo estrujó levemente y se limpió los restos de sangre y semen que tenía en el cuerpo. Enjuagó nuevamente el trapo, lo volvió a empapar y a estrujar levemente y la limpió a ella. Cuando acercó el fresco y húmedo trapo a su entrepierna, ella se quejó, y abrió los ojos.

—Tranquila, solo te estoy lavando.

—Me escuece.

—Lo sé, es normal la primera vez, pero déjame hacer a mí.

La lavó con delicadeza, y cuando terminó arrojó el paño dentro del cubo. Se acostó junto a ella y la abrazó.

—¿Ha sido muy doloroso para ti? —preguntó.

—Doloroso e increíble. Algo se ha roto dentro de mí y luego también algo me ha hecho precipitarme hacia el vacío.

Sus palabras sinceras e inocentes lo pillaron desprevenido. Pero aunque él bien que quería repetir la experiencia con ella, sabía que era demasiado pronto para que la pudiese soportar.

—Descansa, pequeña, aunque yo no lo haré porque sigo deseándote con desmesura, pero soy consciente de que no podrás recibirme de nuevo, y contendré mi ímpetu.

Ella no podía entenderlo, pero estaba cansada, dolorida, y cerró los ojos aceptando su consejo.

Alan la abrazó con fuerza, la pegó a su torso, y cerró los ojos imitándola. Dudaba de que pudiera dormir, pero ella necesitaba recuperarse de su primera experiencia sexual.

CAPÍTULO 13

Después de la maravillosa experiencia compartida en la cabaña del bosque, Elina ya no había vuelto a Helvellyn House, ni tampoco a Harbledown, la casa de su tía. Alan la había convencido de que la arrendase, y que guardara el dinero como ahorro.

Como marqués de Glastonbury poseía infinitas propiedades a lo largo y ancho del reino, Alan quiso que ella se instalara en el palacete veraniego que tenía en Harwich: un lugar alejado de todo, y donde no los visitaría ningún conocido.

Tras la entrega de ella en la cabaña, Alan había depositado en el banco y a su nombre, la nada despreciable cifra de tres mil libras esterlinas. Además, había pagado el internado suizo de su hermano pequeño, y había encargado un precioso vestuario para ella.

Los primeros días, Elina no aceptó más que lo que habían acordado, pero en cada noche que la amaba, y en cada susurro que le decía, la convencía de que se marchara con él lejos de Helvellyn House, de los criados que la conocían, de los parroquianos, y sobre todo de Richard O'Sullivan, aunque esto último no se lo comentó.

Alan quería poner la mayor distancia ente ambos hasta que Elina fuera únicamente suya, y no solo en cuerpo, sino en mente y espíritu.

La primera vez que le regaló un collar de esmeraldas, ella lo rechazó, pero él insistió una y otra vez, además de forma muy persuasiva, hasta que logró la capitulación de ella por completo.

Alan había creído en un principio que pronto se cansaría de hacerle el amor, pero no resultó así en absoluto. Cuanto más la amaba, más dependiente de ella se volvía. Más ansias sentía por su cuerpo, y más anhelaba sus besos. Para sorpresa suya, se había vuelto muy posesivo, y no le permitía salir de la casa, ni le permitía mantener contacto con nadie salvo con el personal de la vivienda que había contratado especialmente para ella.

Como Elina estaba descubriendo su sexualidad gracias a él, no se daba cuenta del encierro al que la sometía. Ni del control que ejercía sobre ella. Alan ya no solo se conformaba con tenerla físicamente, sino que deseaba que se enamorase perdidamente de él, y accediera a ser su amante de forma indefinida.

La quería entre sus piernas, en su lecho, en la cabecera de su mesa, suspirando por él en cada momento del día y de la noche. Alan creyó que se estaba volviendo loco, por eso, cuando su secretario personal le hizo llegar un telegrama desde Londres, que había sido enviado por Richard O'Sullivan, se dijo que ya no podía posponer más su presencia en la corte donde se habían disparado los rumores sobre su ausencia prolongada. Los nobles especulaban sobre un posible secuestro, quizás un accidente, y él había decidido dar la cara por primera vez en meses.

En ese momento se encontraba en su residencia de Hyde Park esperando la visita de O'Sullivan. Cuando el mayordomo anunció su presencia, Alan tomó asiento tras el escritorio, y se dispuso a atenderlo.

—Buenas tardes, lord Redmayne.

El marqués no le devolvió el saludo.

—Siéntate, por favor —lo invitó.

Richard se veía nervioso en su presencia.

—Gracias —aceptó el hombre.

—¿Qué te trae por Londres? —le preguntó.

—No encuentro a Elina, dejó Helvellyn House de repente, y no ha regresado a Harbledown.

Alan se dijo que había llegado el momento de decirle la verdad.

—Sabes que Elina había presentado su dimisión como cocinera de Helvellyn House.

—Sí, lo sé —respondió el amigo—. Pero no es propio de ella dejarlo todo sin una explicación.

Alan inspiró profundo.

—¿Te dio una respuesta afirmativa sobre tu propuesta matrimonial?

Richard hizo un gesto negativo lleno de pesar.

—No —confesó serio—. Pero dudo que haya desaparecido por eso.

—¿Has valorado la posibilidad de que se haya marchado a Suiza con su hermano?

Richard lo miró con ojos entrecerrados.

—Le he enviado varios telegramas a Peter, y su respuesta siempre es la misma, Elina no está con él, ni espera que lo esté.

Ambos hombres se sostenían la mirada. Y Richard entendió en el brillo de los ojos del marqués que sabía dónde estaba ella.

—Es curioso que los dos desaparecierais al mismo tiempo de Helvellyn House —dijo Richard—. Lo sé, porque tu mayordomo me informó.

Alan mantenía el control bajo una máscara impasible.

—¿Me estás acusando? —le preguntó.

Sí, se dijo Richard.

—Creía que eras mi amigo —Richard hablaba en pasado—. Y ahora me doy cuenta de que eres mi rival.

—No lo soy —admitió el marqués.

Y no lo era porque Elina lo había elegido a él.

—¿Dónde la tienes escondida? —le preguntó directo.

El otro mantuvo un silencio sospechoso.

—¿De verdad eres tan iluso para creer que la tengo escondida?

—Todavía no sé cómo accedió a irse contigo, pero lo averiguaré —le advirtió firme.

Alan se dijo que ya no tenía sentido mantener el secreto sobre Elina.

—Ella, está bien —respondió de pronto Alan.

—¿Cómo sabes que está bien? —le preguntó muy interesado.

Alan se echó hacia atrás para apoyarse mejor en el sillón del escritorio.

—Porque está conmigo —confesó al fin.

Richard saltó como un resorte de la silla donde estaba sentado.

—¿Dónde está Elina? —pero Alan no pensaba decírselo—. ¿Cómo la chantajeaste?

—No lo hice —se defendió el otro.

—No puedo creerte —lo acusó—, porque nunca has sido sincero, al menos, desde que regresaste de Londres.

El marqués se levantó de su asiento, y rodeó el escritorio. Richard se había quedado de pie.

—Si Elina te amara, habría aceptado tu propuesta —le recordó vengativo, y sin dejar de mirarlo—. Acepta que Elina me ha escogido a mí.

Richard no podía creerlo. Él, la conocía, sabía que la mujer de su vida no tiraría por tierra su reputación por ser la amante de Redmayne.

—¿Piensas convertirla en tu esposa? —le preguntó entrecerrando los ojos.

Alan soltó una carcajada.

—No —admitió claro—. Pero es y seguirá siendo mi amante por tiempo indefinido.

Richard no se lo pensó, se lanzó a por el marqués y le dio un puñetazo, aunque no logró moverlo del sitio.

Alan se masajeó el mentón.

—No eres contendiente para mí —lo advirtió el noble—. Y no aceptaré ni una amenaza ni otro puñetazo —lo amenazó.

—¡Yo la amo! —exclamó dolido.

Richard todavía no podía creerse que hubiera huido con él: con un hombre que solo le traería deshonra. ¿En qué estaba pensando la desgraciada?

—El amor aquí no sirve de nada.

—Quiero hablar con ella —insistió.

Alan hizo un gesto con la cabeza negativo.

—Eso es imposible —respondió con cierta calma a pesar de las circunstancias.

Richard, al observarlo con detenimiento, supo que el marqués jamás le diría donde estaba Elina, pero él tenía conocimientos de leyes, tenía contactos, y daría con ella tarde o temprano. No era un hombre que se rindiera fácilmente, si Redmayne creía que sí, iba a llevarse una desagradable sorpresa.

—No la amas —le echó en cara—, pero no la dejarás libre.

El marqués apretó el mentón al escucharlo.

—Se me ha metido en la sangre —confesó al fin—. Hacerle el amor cada día y cada noche me produce una satisfacción plena —le dijo con excesiva franqueza que el otro no agradeció—. Nunca ninguna mujer me había saciado sexualmente como ella.

Richard sentía ganas de volver a golpearlo, pero era un hombre pacífico por naturaleza, y no creía en la violencia física, pero sí en las revanchas tácticas.

—Te lo pido como el amigo que creía que era para ti —le dijo con voz seria y con semblante duro—. ¿Dónde está Elina?

Alan cruzó los brazos al pecho y lo contempló con superioridad. En el pasado habían sido amigos, era cierto, pero entre ambos se había interpuesto una mujer, y Elina con su decisión había inclinado la balanza.

—Márchate, Richard, por tu bien.

El otro crujió los dientes, y apretó los puños a sus caderas.

—No te perdonaré por esto, desgraciado —lo insultó.

Alan optó por salir de la estancia y pedirle al mayordomo que acompañara a Richard a la calle. Ni se giró hacia él ni se despidió.

CAPÍTULO 14

Elina se despezó de forma lánguida y satisfecha. El viaje de Alan a Londres por unos negocios, le había permitido recuperarse del acoso al que la sometía en sus reclamos sexuales.

Era un hombre demasiado activo, pero ella lo seguía a la par. Cuando se giró sobre sí misma, lo vio dormido a su lado, y se sorprendió. ¿Cuándo había llegado a la casa? ¿Por qué no la había despertado? Pero lo hizo ella al removerse.

—Buenos días —le dijo ella con una gran sonrisa.

Alan tuvo una erección de inmediato. Echó la colcha hacia atrás y se apoyó sobre un codo. La transparente negligé que llevaba ella puesta apenas cubría su desnudez.

—Necesito alimentarme de ti —le dijo con ojos llenos de deseo.

Alan la besó en los labios dulcemente. Bajó por el costado de su mejilla y el cuello hasta llegar a sus senos. Pasó la lengua áspera por las aureolas de sus pezones entre suspiros y gemidos femeninos, y siguió su recorrido hasta el vientre tenso de la joven. Siguió bajando hasta su monte de venus, y, un poco más, hasta que sus labios encontraron el punto de máxima excitación de la mujer. En ese lugar sagrado e íntimo, posó sus labios mientras trataba de contener las convulsiones de ella cuando su boca llegó al clítoris. La espalda de Elina se separó del colchón, y abrió más las piernas cuando sintió que los dedos masculinos se enterraban en ella. Un grito gutural salió de sus labios cuando él siguió atormentando su cuerpo hasta que llegó el estallido de la liberación.

—Eso es, vamos, libérate. Déjate llevar hasta el fin.

Y Elina lo hizo. El estallido de su clímax fue devastador para sus sentidos, y, cuando una cálida humedad se derramó en los labios del hombre, la saboreó sin ningún tipo de vergüenza.

Elina se giró hacia él, y fijó su vista en esa parte que impúdica se erguía sobre el lecho de vello fino que era su cuna.

—He disfrutado mucho —confesó la mujer ya sin sentir vergüenza de hablar sobre el sexo que compartían.

La tensión que sentía en su miembro era más que dolorosa, y ella lo percibió.

—Parece que necesitas el mismo trato de atención que me has dado hace un momento.

—¿Estarías dispuesta a besarme a mí de la misma forma que te he besado yo a ti?

No era la primera vez que ella lo hacía, pero a él le gustaba preguntárselo. Alan la miró a los ojos y vio que su franqueza no era fingida sino auténtica.

Acercó su cuerpo al suyo, y, tímidamente al principio pero con valentía, acarició el recio pecho y bajó por su cuerpo hasta que sus dedos se cerraron sobre el grueso mástil. Lo sujetó con delicadeza y lo acarició con vacilación. Él, gemía bajo sus caricias. Las nalgas se separaban del colchón ante cada leve contacto intentando una liberación. Ella se inclinó y lo besó. Notó la sensación que produjo la caricia de sus labios sobre su miembro, y eso, más que otra cosa, la impulsó a continuar con las caricias, pero esta vez con la lengua, como él había hecho con ella. Introdujo la punta púrpura entre sus labios, y lo acarició con la lengua de forma lenta, muy lentamente.

—¡Mujer, me estás matando! —exclamó él—. Es la más dulce agonía que un hombre puede recibir.

Ella deslizó sus labios sobre él, su lengua, sus dientes, hasta que él ya no pudo soportar más la tortura. Sabía que iba derramarse, y, sin previo aviso, se incorporó un poco y la apartó, instantes después la posicionó boca arriba, y la penetró de una sola embestida, a la tercera, el semen que había intentado controlar salió disparado de su cuerpo, y penetró en el de ella, espeso, caliente, y le provocó un orgasmo tan intenso como violento.

Alan necesitó algo de tiempo para recuperarse. Elina lo iba a matar de placer pues el sexo con ella siempre era extraordinario. Cuando logró salir del interior sedoso, la volvió a desear de nuevo: con ella se volvía insaciable.

—¿El viaje a Londres ha resultado bien? —le preguntó ella al mismo tiempo que se recostaba en el recio cuerpo.

Alan tenía que controlarse o le haría el amor de nuevo.

—Un antiguo conocido me ha creado un pequeño problema, pero ya está solucionado.

—Me alegro —respondió sincera.

Ella estaba tumbada de espaldas a él, y por eso Alan tenía libre acceso para acariciarla como se le antojara, y así lo hizo. Sus dedos acariciaron las rosadas aureolas, y se detuvieron en el tierno pezón que pellizcó con suavidad. Cuando lo percibió duro, bajó sus dedos por el vientre satinado y buscaron la rosada grieta húmeda: sus dedos se bañaron de su propio semen.

—Debemos levantarnos —le dijo ella nada convencida.

Su voz había sonado entrecortada porque el deseo había prendido de nuevo en su vientre y subía hacia sus pechos con oleadas calientes.

—Deja que de te placer una vez más.

Ella no podía negarse, y separó las piernas para permitirle un mejor acceso a su interior. El pene de él encontró la abertura vaginal desde atrás, e insertó su miembro como una espada de una solo embate.

—¡Ahhh! —gritó gozoso.

La respiración de ella se aceleró, y las caricias de él no cesaron. Mientras la embestía con su largo y grueso miembro, sus dedos creaban magia en ese punto recóndito de su ser: lo frotaba de izquierda a derecha, luego en círculos, pero tan suave y persistente que Elina se doblaba sobre sí misma del placer que le provocaba. Segundos después tuvo un potente orgasmo, pero él ni se inmuto a pesar de que su útero actuaba como masaje exprimiéndolo hasta la misma raíz. Alan necesitó casi media hora para alcanzar su clímax, y, mientras, a ella le había provocado dos. Cuando finalmente llegó al orgasmo, lanzó un grito ronco que reverberó en toda la casa.

CAPÍTULO 15

Richard O'Sullivan había estado muy activo.

Había utilizado su influencia como abogado para conseguir la cooperación de un detective privado para que diera con el paradero de Elina. En ningún momento llegó a pensar que ella no deseaba ser encontrada, y el hombre puso todo su empeño y afán en lograrlo. En las semanas que duró su investigación del paradero de ella, había logrado hablar con el banco que tenía la deuda de Harbledown, la casa que heredó de su tía. Además había mantenido contacto con el hermano de ella, con Peter, y con la directiva del colegio suizo.

Richard no podía creerse hasta qué punto había manipulado los asuntos del marqués, el hombre despreciable al que creía amigo.

Ahora, en el salón de la casa de lady Niven, iba a terminar de atar lo descubierto antes de enfrentar a Elina y mostrarle todo lo que había descubierto.

—Lord O'Sullivan, bienvenido.

La viuda de treinta años que se conservaba sorprendentemente bien, le tendió la mano para que se la besara. Era conocida en la sociedad londinense por su belleza, energía, y fiestas, además de por su elegancia. Había sido educada en Malvern Girl's College, y después se casó con lord Niven. Tras su viudez no había vuelto a casarse, salvo el último año en el que había puesto sus ojos en la fortuna Redmayne.

—Es un placer, milady —le besó la mano con galantería.

La mujer ordenó a su mayordomo que sirviera unos licores.

—Y bien, ¿qué lo trae por Londres?

Richard se dijo que Alan no se merecía ninguna consideración por su parte.

—Deseaba hablarle sobre el marqués de Glastonbury.

A la mujer le brillaron los ojos al escuchar el nombre.

—Hace meses que no sé nada de Alan —había utilizado su nombre de pila a propósito, para que el hombre que la visitaba supiera la relación íntima que compartían.

A continuación, Richard pasó a explicarle la visita de lord Redmayne a su casa de Helvellyn House, y su relación secreta con una doncella de la mansión. Lady Niven lo escuchaba muy atenta. ¿Realmente Redmayne se había liado con una criada? En los años que lo conocía, sus gustos por las mujeres nunca habían bajado la escala de la baronía.

—Creí que debía saberlo —le dijo a continuación—. Porque lord Redmayne nos relató que huía de Londres, y ahora mi familia y yo mismo estamos muy preocupados por él.

La viuda tomó la copa de licor que le ofreció el mayordomo, y se la ofreció a Richard que la cogió con una sonrisa.

—En la corte se especula mucho sobre la ausencia prolongada del marqués —murmuró la mujer casi para sí misma.

—Y en la corte escuché de su próximo compromiso con el marqués de Glastonbury.

Louise se había precipitado al susurrar esa noticia en oídos maliciosos, y estaba realmente preocupada porque iba a quedar como una mentecata mentirosa si no lograba echarle el guante al escurridizo marqués.

—Creo que sé dónde puedo encontrarlo —dijo pensativa.

El pecho de Richard saltó con apremio, pero se contuvo.

—Si le escribe una misiva, con gusto se la haré llegar —le ofreció.

La mujer no era tan estúpida como para hacer algo así. Si ella escribía un mensaje para Alan, el hombre desaparecería de nuevo, y ella no pensaba darle esa opción, pero como creía que la visita era un aliado y no un enemigo, no creyó prudente callarse sus sospechas.

—Una vez pasamos una larga temporada en su casa de Harwich —la mirada de la mujer se tornó melancólica—. En Colchester.

Richard no conocía la propiedad, y con disimulo, soltó un suspiro largo de alivio. Ya tenía un lazo donde tirar para desenmarañar la madeja que el marqués había liado en torno a Elina.

—Esa propiedad frente al mar es espectacular, y casi nadie de su círculo más cercano la conoce —se ufano ella—, salvo yo.

Ahora entendía el motivo para que estuviera tan bien oculto.

—¿Entonces piensa visitarlo? —le preguntó—. ¿Me permitiría que la acompañara? —quiso saber.

La mujer dudaba. El hombre que tenía plantado frente a ella era un hombre muy atractivo, decidido, y no dudaba de su sinceridad al hablarle sobre la desaparición del marqués, salvo que la mujer no tenía modo de saber que la preocupación que advertía en su voz era por Elina no por Alan.

—La distancia desde Londres a Colchester es solo de sesenta y cinco millas —siguió diciéndole Richard—. Saliendo a primera hora de la mañana, podemos estar allí mismo a media tarde.

La mujer parpadeó con duda. Si accedía a que O'Sullivan la acompañara, apenas le quedaría tiempo de preparar la trampa para cazarlo, un segundo después rectificó. El hombre sería el comodín perfecto para avalar sus palabras a la corona de que Alan había comprometido su reputación.

De repente, sonrió ladina.

—¿Dónde se hospeda en Londres? —le preguntó amable.

—En Gentlemen's Club —respondió—. Es el único lugar para hombres que ofrece la posibilidad de pernoctar a caballeros viajeros como yo.

Louise lo miró afectada.

—Le ofrecería la hospitalidad de mi hogar, pero no deseo comprometer mi reputación.

Richard ya se esperaba esa respuesta.

—Ni yo aceptaría, lady Niven —le dijo galante—. Entonces, si lo desea, mañana a primera hora alquilaré un carruaje y pasaré a recogerla.

La viuda paseó pensativa. Tenía todavía una hora para contratar a un periodista y darle el soplo de dónde se encontraba el marqués de Glastonbury, aunque se exponía a que no estuviera en la propiedad, pero se dijo que el riesgo valía la pena.

Alan le había dado esquinazo una vez, y se juró que no le daría una nueva oportunidad de hacerlo.

—Muy bien —aceptó al fin—. Mañana lo espero a primera hora.

—Quedo a su pies, milady —se despidió Richard.

Cuando el mayordomo lo acompañó a la puerta, Richard se giró hacia la mujer y le sonrió. En verdad la viuda Niven había resultado de mucha utilidad.

—Hasta mañana —se despidió finalmente.

Cuando salió a la calle y se introdujo en el carruaje de alquiler, se permitió el lujo de cerrar los ojos con alivio. Tenía que abrirle los ojos a esa insensata de Elina. Tenía que desenmascarar

al marqués, y tenía en sus manos el poder para hacerlo.

Richard la maldijo de todas las formas posibles porque ella había mostrado ser voluble como una veleta, pero él la amaba y podía perdonarla. De nuevo se preguntó cómo se había dejado convencer por el mujeriego más famoso de toda Inglaterra. Las conquistas de Alan habían quedado tiradas a lo largo y ancho del reino, y lamentaba profundamente que su querida Elina hubiera sido una de ellas.

Richard soltó un suspiro largo, pero de alivio.

Enterarse del nombre de la viuda que perseguía al marqués había sido un golpe de suerte, y él lo había aprovechado. No le había importado utilizarla, ni seguir haciéndolo porque estaba en juego su futuro al lado de Elina. La única mujer a la que había amado, y que el cabrón del que creía su amigo de la infancia se la había robado.

Richard tenía muchas ganas de revancha, y pensaba cobrarse cada escarnio recibido, pero era paciente, sabía esperar, aunque se había jurado hacérselo pagar con creces. Por eso, que el marqués que cayera en la trampa matrimonial de lady Niven, le parecía un precio justo a su felonía.

¡Lady Louise Niven como cuarta condesa de Glastonbury!

Una mujer que no podía tener hijos, que no podría darle el heredero ansiado. Sí, Richard sonrió, la venganza era un plato que se servía frío...

CAPÍTULO 16

Lo último que esperaba ver Alan en el salón de su casa en Harwich era a lady Niven y al amigo de su infancia. Por cortesía no pudo negarse a recibirlos, sobre todo porque el hombre que hacía de mayordomo, y la criada que había contratado, no estaban avisados para rechazar las visitas.

Había sido un descuido imperdonable, y que pensaba subsanar.

Le había prohibido a Elina bajar al salón donde pensaba recibir a la visita, y estaba dispuesto a despedirlos de forma inmediata, y ella le había ofrecido silencio. Alan no le había anunciado quienes eran la visita que esperaban abajo en el salón, y confiaba que ella le obedeciese.

Las semanas y meses que habían pasado los dos en ese lugar íntimo y perdido, habían sido maravillosos, y Alan deseaba que continuara igual: Elina solamente para él de día y de noche, satisfaciendo sus más íntimos caprichos tanto sexuales como emocionales. Nunca una mujer se había compenetrado tanto con él, y deseaba que siguiera así por tiempo indefinido.

Cuando cruzó la puerta del salón, vio que Richard se mantenía de pie, lady Niven por el contrario, estaba sentada en el mullido sillón.

—¿Qué hacéis aquí? —fue lo primero que preguntó y de malas maneras.

Lady Niven contuvo un jadeo consternada.

—Estamos preocupados por ti —le dijo la mujer.

Pero Alan no la miraba a ella sino a Richard.

—Ha llegado a Harbledown una carta de Suiza, es de Peter, para Elina.

Alan sabía que Richard mentía porque él se encargaba absolutamente de todo lo concerniente a ella, incluso de su correspondencia que se la hacían llegar a Harwich.

—Ella está aquí, ¿verdad?

No tenía sentido negarlo, pero no habló, miró a lady Niven que se veía alterada.

—Deseaba descansar un tiempo alejado de todo —las palabras iban dirigidas a ella.

—Te marchaste de forma precipitada de Londres —le recordó la mujer.

Alan mostró una mueca cínica. Él se había marchado por culpa de ella.

—Tengo asuntos que resolver, así que sed breve los dos.

Louise no podría creerse su grosería. Ese hombre que le había hecho el amor de día y de noche, se comportaba como un auténtico cretino. Y supo ver el peligro para ella si no lograba que el hombre regresara a Londres.

Richard, por el contrario, esperaba esa actitud por su parte. El marqués de Glastonbury se había convertido en un auténtico cabrón.

—Quiero hablar con Elina —le dijo Richard sosteniéndole la mirada.

—Ella no está en la casa —Richard sabía que mentía.

Lady Niven miraba el intercambio de palabras entre los dos cada vea más asombrada. Redmayne no parecía el mismo.

—¡Elina! —gritó Richard a pleno pulmón.

El marqués puso las manos en jarras, y lo taladró con la mirada.

—Eso, no te servirá de nada.

—¡Elina! —gritó el otro más fuerte—. ¡Tengo un mensaje de Peter!

—¡Alan! —exclamó la viuda—. ¿No nos ofreces ni un refrigerio?

El marqués lamentaba interiormente la visita de ambos. Él no quería complicaciones, pero la mirada de Richard le mostraba que él sí pensaba enredarse en problemas.

—Me fui de Londres por tu culpa —le soltó a la viuda.

La mujer irguió el amplio busto, y tensó le espalda.

—Esa es una acusación grave.

Redmayne sabía que no había encarado el asunto de la visita bien. Estaba a la defensiva, hastiado de tener que atenderlos, y por eso sus palabras habían sido duras y su ademanes descorteses.

—No suelo recibir visitas en Harwich —se excusó.

Pero la mujer seguía teniendo en el rostro esa mirada de desprecio por el injusto trato que recibía.

—Pareces nervioso —le dijo Richard—, como si tuvieras algo que ocultar.

—¡Estábamos preocupados por ti! —exclamó la mujer.

Alan se rindió al fin. Llamó al mayordomo y le ordenó un refrigerio para la visita. Confiaba que se marcharan nada más tomarla, pero todo se fue al traste por la repentina aparición de Elina en el salón. Se había vestido de forma elegante, y se había recogido el cabello en un sencillo moño, sin embargo, el rubor de su rostro y el brillo de su mirada, la mostraban como una mujer sin moral.

Richard se encontró apretando los labios sin querer.

—Señor, O'Sullivan, qué sorpresa —le dijo ella al mismo tiempo que caminaba hacia él.

Richard la encontró todavía más hermosa.

—Tengo una carta de Peter. —Ella lo miró extrañada. ¿Cómo había llegado su correspondencia a sus manos?—. ¿Puedo hablar un momento a solas contigo? —le preguntó.

Ella no vio peligro en la petición.

—Por supuesto —aceptó.

—No es una buena idea —dijo de pronto el marqués.

—Te traigo un mensaje urgente de sir Lawrence —intervino de pronto la viuda.

Sir Lawrence era un coronel retirado que mantenía negocios con Alan. Elina se giró hacia el marqués y le sonrió.

—Mientras atiendes a tu invitada y su mensaje —le dijo—, yo atenderé a Richard.

A él le molestó que tuteara al cretino de O'Sullivan, y por nada del mundo quería dejarlos a solas. No es que no confiara en ella, pero en modo alguno confiaba en él. Sin embargo, los vio salir del salón con rumbo a la calle. Él se moría de ganas de estrangular al visitante y de darle la patada en el culo que se merecía.

Cuando marqués y viuda se quedaron a solas. Alan la taladró con la mirada.

—¡Qué demonios haces en Harwich! —le reclamó.

La mujer sujetó la gruesa tela de su falda y lanzó la cola hacia atrás.

—Interesarme por tu ausencia y por tu salud.

No la creía en absoluto porque precisamente había tenido que huir de Londres por culpa de sus maquinaciones.

—¿Mi actitud de estos meses no ha te ha dejado claro de que no deseo continuar con nuestra relación?

Ella se esperaba esas palabras.

—Un caballero me lo diría a la cara.

—¿El mismo caballero al que pretendías comprometer con mentiras?

El marqués disparaba a matar.

—Nunca te he mentado —le aclaró sin apartar la mirada del rostro severo.

—¡No me tomes por un estúpido! —casi gritó fuera de control.

Alan se moría por saber de qué hablaban Richard y Elina, pero tenía que soportar la cháchara de una mujer que le importaba bien poco.

—¿Y no lo eres al solazarte con una criada? —le escupió la viuda vengativa—. Te creía un hombre de gustos selectos.

—No metas a Elina en esto —respondió agrio.

—¡Ah! ¿Se llama Elina? ¿Lady Elina?

Alan apretó los labios porque su amante no poseía título nobiliario.

—Lo que sea de ella no te importa en absoluto.

Lady Niven respiró profundo.

—Creía que la relación íntima que mantenemos me daba cierto derecho a reclamarte.

—No tenías ningún derecho, y, aunque lo tuvieras, lo perdiste en el mismo momento que contrataste a ese periodista para que nos pillara en un descuido, y para que escribiera como había comprometido tu reputación. ¿Qué buscabas? Yo te lo diré: obligarme a proponerte matrimonio.

Ella parpadeó sorprendida por sus duras palabras.

—Creía que funcionábamos bien, que nos unían intereses comunes. Además recuerdo que nuestras dos fortunas juntas serían las más grandes de Inglaterra.

Alan estaba cansado de hablar con ella. Quería que se marchara, y anhelaba que Elina regresara a la casa.

—Mírate Louise, eres como una uva seca —le espetó con voz vengativa—. ¿De verdad llegaste a creer que me uniría a una mujer estéril? ¿Qué permitiría que mi marquesado quedara sin heredero?

Lady Niven cerró los ojos un instante para asimilar el golpe recibido. Sabía el que el marqués era un hombre de difícil trato, pero su actitud la ofendía en lo más profundo.

—Mi esterilidad no ha sido voluntaria —le dijo amargamente—. Y creí que eras diferente a otros hombres que conocí en el pasado.

—Has sido sexualmente placentera, pero jamás he pretendido contigo una relación más allá de la superficial.

Ya lo había dicho, y no se retractaba.

—Eres un cabrón malnacido —lo insultó ella.

Sí. Alan podía ser un cabrón, pero ella era una manipuladora sin escrúpulos: una arpía a la que detestaba.

—Si ya han quedado claras nuestras posturas, es hora de que te marches.

—Puedo ser muy vengativa —le advirtió con ojos entrecerrados—. Y me lo estás poniendo muy fácil.

Alan soltó una carcajada.

—Primero tratas de comprometerme, y ahora me amenazas.

—Te mereces un buen escarmiento —siguió la mujer.

—Pero ya no estoy desprevenido —le informó—. Ahora sé de lo que eres capaz, y estoy en posición de protegerme.

—¡Bastardo! —volvió a insultarlo.

—Ciertamente puedo comportarme con un bastardo, pero ten muy presente que ya no deseo tener nada contigo —volvió a insistir.

Lady Niven apretó los labios con un gesto de ira.

—¿Y lo deseas tener con esa criada furcia? —le preguntó con desprecio.

Alan ya no quería seguir hablando con ella.

—Márchate Louise, y olvídate de mí.

—Jamás olvidaré esta afrenta por tu parte —respondió altiva.

—Pues ese es tu problema que no el mío —respondió el marqués mordaz—. Y, ahora, si me disculpas, tengo asuntos importantes que entender.

Alan decidió salir en busca de Elina. Tenía que encontrarla y mandar al diablo a Richard. Salió por la puerta de entrada hecho un basilisco, pero no la encontró por ningún lado.

CAPÍTULO 17

Elina miró a Richard sin poder creer todo lo que le había contado.

—No es cierto —dijo ella de pronto.

—¿Por qué motivo te mentaría?

A ella le costaba pensar. Tenía en sus manos una carta de Peter, en ella le explicaba que estaba muy preocupado.

—No estaba desaparecida —se excusó.

Su hermano le reclamaba precisamente eso.

—¿Y cómo llamarías dejar Helvellyn House, también Harbledown, tu hogar, y mantenerte aquí durante meses sin ponerte en contacto con los que te amamos?

Ahora se daba cuenta de que sí parecía que había desaparecido.

—Alan deseaba unos días de tranquilidad alejado de todo.

—¿Días? —preguntó Richard—. ¡Han sido meses!

A ella el tiempo se le había pasado volando. Los dos seguían paseando por el camino arbolado. Bajaban la pendiente hasta encontrarse con el mar.

—Sí que ha pasado el tiempo deprisa —dijo en voz baja.

Richard la sujetó por los hombros y la giró hacia él.

—¿Por qué Elina? —ella no sabía qué le preguntaba—. ¿Por qué motivo te liaste con Redmayne?

Ahora tuvo que respirar profundo porque su corazón se había agitado con la pregunta.

—No fue premeditado, pero es un hecho que me sentí atraída por él desde el mismo día de su llegada a Helvellyn House —admitió en voz baja.

—¡Yo quería hacerte mi esposa! —le reclamó el otro.

Elina inclinó la cabeza al suelo porque se sentía avergonzada.

—De verdad que me agobió las mil libras que me pidió el internado de mi hermano.

—Yo te las habría prestado —le espetó dolido—. Y sin la condición de meterte en mi cama antes de nuestra boda.

Elina todavía no podía creerse que Alan hubiera manipulado los asuntos para lograr precisamente eso. Richard, al ver la duda en sus ojos, se sacó un sobre del bolsillo interior de su levita y se lo mostró.

—¿Qué es eso? —le preguntó ella.

—Las pruebas.

Ella no quería saber. Había sido tan feliz en Harwich que no quería conocer la verdad de lo ocurrido, pero Richard no había hecho un viaje tan largo para nada.

—El marqués de Glastonbury se ha convertido en ocio mayoritario del internado donde está ingresado tu hermano —le dijo sin tapujos—. Con su entrada, logró imponer sus normas, y que se actualizaran las matriculas.

—Eso puede ser una suposición por tu parte —lo excusó ella.

—El único expediente que miró fue el de Peter, y los pagos realizados durante cuatro años. A ti es a la única que le han reclamado el atraso de las mil libras.

—¡Mientes!

Richard apretó los labios con ira al escucharla.

—¡Mira los malditos informes! —la apremió.

Ella así lo hizo.

—Contraté a un detective para que diera con tu paradero —le confesó. Elina lo miró pasmada

—. Y encontró algunas cosas muy interesantes.

—¿Cómo qué?

—Que presionó al director de tu banco para que no te facilitaran ningún préstamo de dinero.

Ella no podía creerlo, Alan no podía ser tan calculador.

—¿Con qué propósito?

Richard se preguntó cómo podía ser tan estúpida.

—Para llevarte a su lecho, para convertirte precisamente en la mujer que detestarían tus padres de estar vivos.

—Por Dios, no me atormentes.

Ella sintió ganas de correr muy lejos por restregarle una verdad tan humillante, pero siguió leyendo los informes con suma atención.

—Un hombre que te respetase de verdad te habría prestado, e incluso regalado las libras sin condiciones.

Ella seguía cabizbaja porque había estado ciega, y Richard acababa de abrirla los ojos.

—Ahora entiendo muchas cosas —admitió al fin cuando hubo leído todos y cada uno de los informes.

Richard dio un paso hacia atrás.

—¿Qué te sucedió? Cómo logró convencerte?

Richard se hacía infinidad de preguntas de las que ella no pensaba darle las respuestas salvo una.

—Me cegó el deseo —admitió apenas sin voz.

—¿Lo amas? —se atrevió a preguntar Richard que sentía el corazón en un puño.

Elina tardó su tiempo en responder porque sus sentimientos por Alan eran profundos, pero pesaba en su ánimo la manipulación que había hecho sobre ella.

—Sí —admitió franca—. No me hubiese entregado a él si no lo amara.

Richard sintió sus palabras como un mazazo sobre su cabeza.

—¿Y ahora? —le preguntó—. ¿Ahora que has comprobado por ti misma el engaño del que has sido objeto?

Elina soltó un largo y meditado suspiro. En realidad Alan no la había engañado. Era cierto que las matrículas del internado no se habían actualizado en cuatro años, y ella habría tenido que ponerse al día en los pagos tarde o temprano, pero le dolía que hubiese actuado para cerrarle todas y cada una de las opciones de poder optar un préstamo que la sacara del apuro económico en el que estaba. Ahora, por su generosidad disponía de tres mil libras, y esas libras obtenidas, la hacían sentirse sucia.

—Regresa conmigo, Elina —le pidió Richard sin dejar de mirarla.

El hombre había sido consciente de todas y cada una de las emociones que habían cruzado su rostro: decepción, enojo, vergüenza...

—Regresa conmigo a tu casa de Harbledown —insistió—. Deja este antro de pecado que solo te cubrirá de escarnio.

Ella estaba a punto de aceptar regresar con él, pero antes tenía que hablar con el marqués y pedirle cuentas.

—Tengo que hablar con Alan —admitió ella sin mirarlo.

Richard rechinó los dientes.

—No se merece tu consideración.

Ahora lo miró tan triste que la pena le salía por los ojos.

—Alan siente algo por mí.

—¡Ahhh! Eres una idiota si piensas que se casará contigo.

Ese había sido un golpe inmerecido.

—Cuando se ama no importan las clases sociales.

Richard la sujetó por los brazos y la zarandeó, aunque con suavidad.

—Él, no se casará contigo.

Ella confiaba que sí. Lo que habían compartido durante esos meses no había sido únicamente lujuria, al menos quería creerlo.

—De todas formas hablaré con él —insistió—, pero le haré ver que su comportamiento ha sido deleznable.

—¡No quiero que hables con él!

Elina lo miró con sus ojos grandes y cristalinos.

—Lo que suceda entre el marqués y yo en nada te incumbe, porque mis sentimientos por ti no han cambiado.

—¿Qué quieres decir?

—Que no te amo Richard, que te mereces una mujer respetable y que te quiera como te mereces.

—¿Vas a regresar con él?

Estaba pasmado considerando esa posibilidad.

—Voy a darle la oportunidad de que se explique, y luego tomaré una decisión.

—Mi querida Elina —la abrazó de pronto—. ¿Es que no ves el daño que te ha hecho?

—Admito que Alan ha manipulado algunos asuntos en su favor, pero eso no lo convierte en un ser despreciable.

—Te ciega el deseo —la acusó el otro.

Elina se dijo que podía ser cierto, pero tras varios meses viviendo con él, amándolo de día y de noche, no podía verlo como el ser malvado que Richard quería que viese.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí —le dijo ella—, pero mi decisión es firme: hablaré con Alan y le permitiré que se explique.

—¿Y qué hay de mí?

Richard no la soltaba. Seguía abrazándola con fuerza, como si se fuera a esfumar de entre sus brazos de un momento a otro.

—Ya te he dicho que te mereces una mujer mejor que yo, y por el cariño que te tengo, no podía aceptar tu propuesta de matrimonio, mucho menos ahora.

Insistió de nuevo repitiéndole sus palabras anteriores.

—¡Elina no me importa que...! —pero Richard no pudo continuar porque Alan la llamaba desde el comienzo del camino.

Caminaba a grandes pasos hacia ellos. Elina giró la cabeza y clavó la mirada en la alta figura.

—¡Por Dios, regresa conmigo! —insistió Richard.

Ella se soltó de sus brazos y comenzó a caminar.

—Te demostraré que Alan me quiere...

CAPÍTULO 18

La visita se había marchado. Elina no había podido despedirse de la elegante mujer que había acompañado a Richard. Cuando quedaron los dos frente a frente en el salón, Elina le tendió los informes que le había dado Richard.

—¿Qué es eso? —le preguntó seco.

Alan estaba terriblemente enfadado con ella porque había pasado demasiado tiempo fuera con O'Sullivan, y sobre todo porque había permitido que la abrazara. Si la hubiera besado, le habría partido la cara al necio.

—No jugaste limpio —lo acusó ella.

El marqués seguía sin tomar los documentos que ella le tendía.

—¿A qué te refieres?

Elina lo quería, pero estaba muy avergonzada, la visita de Richard le había mostrado lo bajo que había caído como mujer.

—A que te has convertido en el mayor accionista del internado donde estudia mi hermano Peter —él, no lo negó—. Y que cortaste cualquier vía para que pudiera obtener un préstamo para hacer frente al pago de las mil libras que adeudo.

—Es cierto —le confesó—. Quería hacerte mía, y atajé para conseguirlo.

La vio bajar la mirada, y le pareció que le temblaban los labios.

—¿Me amas, Alan? —se atrevió a preguntarle.

El hombre se quedó descolocado.

—Te deseo tanto o más que el primer día —contestó al fin.

Elina caminó hacia el hogar apagado. La temperatura en el salón era muy agradable.

—Si te lo pidiera, ¿me harías tu esposa?

Alan la miró atento. ¿Por qué motivo le venía con el cuento del matrimonio?

—No —contestó sin una duda—. Eres la criada de Helvellyn House...

Esa afirmación le dolió como nada en su vida.

—Entiendo —contestó apenas en un susurro.

—Pensaba comprarte una pequeña propiedad en Vauxhall.

Eso estaba muy cerca de Westminster en Londres.

—¿Y por qué? Yo re responderé: para asegurarte de tener a la amante muy cerca de tus necesidades sexuales —preguntó sin mirarlo.

—Ya he visto la propiedad —continuó el marqués como si no la hubiera oído—. Es una pequeña casita con jardín y vistas al río.

—En un sitio discreto —apuntó ella que seguía sin mirarlo—, para que tu reputación, por mantener como amante a una criada, no se resintiera.

—Es lo propio —le dijo él.

Ella siguió pensativa apoyada en el marco de la chimenea.

—No me has preguntado si yo deseo casarme.

—Las amantes no se casan —afirmó con voz grave.

Ahora sí lo miró de frente, y sin un parpadeo.

—Esta amante sí quiere casarse —lo puso en un aprieto—. ¿Te he mencionado que Richard

todavía desea hacerme su esposa, a pesar de mis pecados?

Quería molestarlo porque su actitud pasiva y desinteresada le dolía profundamente.

—No permitiré que te cases con Richard —le advirtió sin un parpadeo.

—Ni con ningún otro —terminó por él.

—Ni con ningún otro —repitió Alan.

—Pues ya ha quedado clara tu postura.

Alan entrecerró los ojos peligrosamente.

—¿Y eso qué quiere decir?

A ella le costó mucho responder porque iba a dar el paso necesario para volver a ser una mujer decente, pero lo amaba.

—Que me marchó de Harwich —contestó de forma sencilla y sin un titubeo—. Regreso a Harbledown.

—Ninguna de mis amantes me ha dejado nunca, y no vas a ser la primera.

Ella podía esperarse muchas respuestas por su parte, pero no esa.

—¿Aunque ya no quiera estar contigo?

El noble dio un paso hacia ella de forma intimidante.

—¿Quieres que te muestre lo que deseas estar conmigo?

Parecía que en la conversación que mantenían solo hablaban de sexo.

—Puedo desearte sexualmente y no querer seguir contigo —se defendió.

—Hace un momento has dicho que me amas.

—Pero no es un amor recíproco, ¿verdad? —él le obsequió con silencio—. Recogeré mis cosas.

Elina no se esperó que en dos zancadas llegara hasta ella y que la alzara en brazos, ni que subiera la escalera de dos en dos como alma que persigue el diablo, cuando llegó a la alcoba que compartían, la echó sobre el lecho y la miró amenazante.

—No quiero hacer el amor contigo —le gritó ella por primera vez.

Alan prefería ver su ira a su resignación.

—Es que no es amor es sexo —la hirió con sus palabras—. Voy a mostrarte que no puedes vivir sin mí, que estás hecha para ser mi amante ahora y siempre.

A Elina le había quedado muy claro que él no pensaba casarse con ella, pero sí que la quería mantener como amante. Elina pensó que sus padres se revolverían en sus tumbas si ella aceptara eso tras conocer sus verdaderas intenciones.

—Bien, pues no deseo mantener sexo contigo —insistió ella que comenzó a bajarse de la cama.

Alan le impidió poner un pie en el suelo.

—Voy a borrarle todas esas ideas absurdas que te ha metido O'Sullivan en la cabeza.

—¿Piensas que no tengo opinión propia? —ahora no estaba dolida sino furiosa.

Alan se lanzó hacia ella y le sujetó con una mano las de ella de forma que Elina no podía moverse.

Y la besó profundamente, abriendo sus labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que ella le negó. La mano masculina ascendió por el torso femenino y acarició los pechos de ella sobre la línea de su escote hasta llegar al cuello para luego recorrer el camino en el sentido contrario. Ella pudo liberar una mano, y sujetándole del cabello, trató de deshacer el beso, pero Alan era muy fuerte y estaba decidido a poseerla.

Elina quería gritar de la impotencia que sentía.

Golpeó con toda la rabia que sentía la espalda de él, pese a que con ello no recuperaba la libertad de movimientos. Con la palma de su mano golpeó el rostro de él que seguía sometiéndola

con sus besos y caricias. Alan equilibró su peso en los codos y sujetó los brazos de ella para mantenerla inmóvil y que no lo golpeará más. Tanteó por su cuerpo con una mano y buscó su pesado miembro con ella, lo sujetó entre sus dedos: la cabeza púrpura encontró la entrada femenina, y de una embestida se enterró en ella. Elina trató de impedirselo cerrando los muslos, pero Alan era demasiado grande y corpulento. La aplastaba con su peso al mismo tiempo que la embestía. Elina no quería llegar al orgasmo, no de esa manera impuesta, y cerró sus mente a las sensaciones y su corazón a la desdicha que le provocaba que él desoyera sus deseos.

Pero Alan sabía cómo darle placer, y con cada entrada y salida de su mismo interior ella comenzó a gemir y a retorcerse. Alan la sujetó por las nalgas y la alzó, de esa forma conseguía que las penetraciones fueran mucho más intensas.

Elina había estado muy enfadada con Alan, pero él sabía cómo hacer que su cuerpo le respondiera cómplice. Ella era como un piano, y él sabía qué teclas tocar para llevarla a la cima del placer. Su cuerpo no le obedecía cuando estaba entre sus brazos.

La dejaba sin voluntad y sin capacidad de reacción.

Ahora, mientras la embestía en una danza sexual tan salvaje como plena, ella sentía que iba a estallar de un momento a otro. Las espirales del deseo se fueron enroscando en su vientre y subían de forma rápida hasta su corazón. Una embestida más, y su cuerpo se tensó como una cuerda de violín, se le arqueó la espalda, y se le perló la frente de sudor, finalmente, todo estalló dentro de ella, Alan le fue a la par y lanzó un grito agudo cuando lo sacudió un orgasmo tan intenso que lo hizo temblar de la cabeza a los pies.

Cuando las olas del placer fueron remitiendo, Alan no se permitió salir del interior de ella, se recostó tras la espalda de ella, y la abrazó fuerte. La respiración de ambos era de frenesí. Las gotas de sudor empapaban ambos cuerpos, pero Alan seguía ejerciendo sobre ella un férreo control sexual. El marqués la acomodó mejor entre sus brazos y le subió las nalgas para posicionarla mejor entre sus caderas, y, sin sacar su grueso miembro del interior de su vientre, comenzó a moverse de nuevo.

Alan Benedict Redmayne era insaciable cuando se trataba de poseerla. Nunca se saciaba de ella. Pero en esta ocasión no fue salvaje, ni apresurado, le hizo el amor de forma lenta, suave, y la llevó de nuevo a la cima del placer casi sin esfuerzo.

Elina era suya, suya, y de nadie más. Cuando le provocó el clímax más placentero y largo de todos, ella sucumbió al cansancio y se durmió, pero el marqués seguía abrazándola fuertemente como si temiera que su ninfa del amor se desvaneciera.

Cerró los ojos momentos después, y se durmió junto al cuerpo saciado.

CAPÍTULO 19

El padre Craig la miraba muy afectado porque él siempre había respetado a la familia Smith. Les había profesado verdadero afecto.

Elina Smith estaba mucho más delgada, ojerosa, y tenía la palabra culpa plasmada en el rostro. Él, conocía lo que le había sucedido por Richard, y también por el propio marqués que le demandó explicaciones creyendo que la ayudaba a esconderse, Redmayne conocía la amistad profunda que unía a Craig al padre de ella muerto en batalla. El marqués sabía de la profunda amistad que él mantenía con la familia Smith desde el mismo nacimiento de Elina.

—Cuando O’Sullivan me lo dijo, no podía creerlo —dijo el párroco de pronto—. Ninguno entendíamos tu desaparición. Nadie en Helvellyn House sabía nada sobre ti...

—Me engañé a mí misma —comenzó la mujer—, pequé siendo consciente, aunque he logrado burlar al diablo.

El hombre de Dios seguía mirándola muy atento.

—¿Cómo es eso posible?

Elina seguía sentada en el banquillo de la primera fila. La pequeña capilla de Elmley estaba vacía, y el silencio de su interior pesaba sobre ella como una losa de granito.

—Escapé de madrugada de ese antro de pecado —ella se refería a la casa de Harwich—, donde estuve presa de mi lujuria varios meses —el padre se persignó al escucharla—. Y me mantenido oculta hasta ahora, pero me encontrará.

Elina sabía que tenía que huir del marqués y de todo lo que le provocaba: lascivia, desenfreno, culpa, y arrepentimiento, pero había despertado de su letargo lujurioso, y había tomado una decisión. Dejar Harwich le había resultado más fácil de lo imaginado porque la casa solo disponía de un mayordomo y una criada. Redmayne había procurado mantener la relación entre ambos en el más absoluto secreto, y lo había conseguido, salvo por la insistencia de O’Sullivan que no se había rendido hasta dar con ella.

Después de hacerle el amor por segunda vez tras la discusión que habían mantenido, ella tuvo muy claro que tenía que dejarlo, y planeó como hacerlo salvo que no podía regresar a Harbledown porque sería el primer lugar donde la buscaría. Tampoco podía sacar el dinero del banco que él le había ingresado para marcharse lejos porque Redmayne contralaba su vida, y, si se acercaba al banco, le daría la oportunidad de saber dónde se escondía. Y Elina se había ocultado en la abadía de Elmley pues la abadesa era una prima lejana de su madre. Gracias a ella, que había dado aviso al padre Craig, ella podía mantener una conversación con el cura en ese momento.

—El marqués de Glastonbury ha contratado gente para buscarte. Está removiendo cielo y tierra para lograrlo.

Ella no lo sabía, pero no la sorprendía. El control sobre ella había sido absoluto, salvo que Elina no se había dado cuenta hasta la visita de Richard.

—Tengo que macharme de Elmley —le dijo ella de pronto—, ya no puedo seguir escondiéndome aquí.

—¿Por qué, criatura? —le preguntó el párroco que había oficiado su bautismo.

—Porque estoy encinta —confesó apenas con un hilo de voz—, y si me quedo tan cerca,

terminará descubriéndolo.

El padre se quedó pensativo. Ese era en verdad un inconveniente que lo cambiaba todo.

—Elmley no es lugar para una futura madre —admitió el párroco pensativo—. Y Redmayne te quitará a la criatura que alumbrés para obligarte a regresar con él.

Ella sabía que el sacerdote le hablaba con la verdad.

—¡Pero no puede encontrarme! —exclamó asustada—. ¡Estoy de verdad arrepentida de todos mis pecados!

Lo que ella alumbrara sería bastardo, y no podría mantenerlo en Elmley ni en otro lugar porque él se enteraría y actuaría en consecuencia.

—Tengo que alejarme de aquí.

No hacía falta que ella dijera nada más. El cura se separó de Elina unos pasos, y se puso las manos en la espalda. Durante varios minutos se quedó callado meditando en la mejor forma de ayudarla. Cuando la abadesa de Elmley le hizo llegar un mensaje a su parroquia solicitando su presencia en la abadía, jamás habría imaginado quien lo estaría esperando allí. Por la abadesa conocía el estado en el que llegó la señorita Smith pidiendo ayuda: semidesnuda, descalza. Y la propia desaparecida le había explicado todo con pelos y señales, además le había mostrado que estaba realmente arrepentida de sus acciones pasadas. Le enseñó los documentos que Richard O'Sullivan le había entregado sobre las acciones del Redmayne para someterla a sus apetitos lujuriosos.

El sacerdote se giró hacia ella y la observó con atención.

—¿Estás realmente decidida a cortar toda relación pecaminosa con el marqués de Glastonbury?

La mirada de ella le mostró lo mucho que la ofendía esa pregunta.

—He condenado mi alma por él —confesó en un susurro—, pero estoy decidida a limpiar la inmundicia en la que estoy metida.

El cura se quedó nuevamente pensativo.

—Solo existe una manera de salvarte a ti y a lo que esperas.

Ella lo escuchaba muy atenta.

—¿Cómo?

—El precio es muy alto, pero estarás protegida por la iglesia y por una promesa.

Ella lo meditó un solo instante.

—Entonces acepto humildemente.

El sacerdote paró sus pasos y volvió a mirarla fijamente.

—Conozco a un terrateniente del norte —comenzó él—, que estaría dispuesto a desposarte, darle un apellido a tu hijo, y a llevarte muy lejos de aquí.

Elina tomó aire de forma abrupta.

—¿Casarme? —la pregunta sonó con voz estrangulada.

—Es un hombre soltero que fue herido en la guerra cuando Inglaterra luchaba contra sus trece colonias.

—¿Luchó en la guerra contra las trece colonias? —preguntó con interés.

—No era un hombre joven ni ágil entonces, y fue herido en la espalda. Damian nunca volvió a andar pues tiene la parte inferior del cuerpo paralizada.

Elina fue asimilando la información poco a poco.

—Qué terrible —logró decir.

—Es un hombre soltero sin familia, y hace unos meses mantuvimos una larga conversación sobre sus intenciones de regresar a su propiedad en Norham —Elina lo miró atenta—. En la

frontera con Escocia.

La mujer soltó un suspiro largo. Eso estaba muy lejos.

—¿Y está pensando en casarse? —preguntó muy interesada, y también algo decepcionada.

Lo último que quería ella era unirse en matrimonio a un extraño.

—Lo que mi amigo Damian necesita es una enfermera más que una esposa, porque está harto de hospitales y de residencias para veteranos.

Ahora entendía al párroco. ¿Era un anciano? Se preguntó.

—¿Una esposa nominal? —preguntó directa.

—Un hogar para ti y para tu hijo cuando él muera, y puedo asegurarte que no tardará muchos años pues su salud está muy delicada.

En el rostro de Elina se veía claro todos los interrogantes que se hacía.

—Es una decisión difícil —murmuró sin mirar al hombre de Dios.

—Casada con Damian Heaton, estarás protegida por los lazos del matrimonio —le dijo el sacerdote—, y tu hijo lo estará con su apellido.

Esa era la parte que más le interesaba. Lo que ella alumbrara sería bastardo con un estigma difícil de sobrellevar aunque el padre de la criatura fuera el mismo marqués de Glastonbury, porque un bastardo jamás podría ser el heredero del título y del marquesado, pero sobre todo, porque ella no quería saber nada más del padre, ni ahora ni nunca.

Redmayne la había introducido en una espiral de pecado y transgresión de la que tenía que salir y huir como si se tratara de la misma muerte.

—¿Dónde se encuentra el señor Heaton? —le preguntó ella.

—En el hospital de veteranos de Felixtowe.

Elina abrió los ojos de par en par. Eso estaba muy cerca de la ciudad de Colchester y de la propiedad de Redmayne en Harwich.

—No pienso pisar Colchester —dijo de forma apresurada.

El padre trató de tranquilizarla.

—Eso no será necesario —le aclaró—. Si aceptas la propuesta, yo mismo te acompañaré a Norham donde oficiaré la ceremonia que os unirá en matrimonio.

Elina estaba pensativa.

—Es una decisión difícil.

—Es una solución generosa a tu problema —le espetó el cura ya sin tanta suavidad—. Y la mejor forma de limpiar tus pecados, y los de tu futuro hijo.

Ella sintió las palabras del religioso como una sonora bofetada, porque él le ofrecía en verdad una salida a su problema, y ella se lo pagaba con vacilaciones.

—¿El señor Heaton está buscando una esposa? —volvió a preguntarle.

—Cuando hablamos la última vez, se lo sugerí porque era la mejor solución a su problema —ella lo escuchaba muy atenta—. Damian no dijo que no, le parecía un trato justo dejar su propiedad en manos de la persona que lo cuidará hasta su muerte —Elina lo miró con ojos brillantes—. Pero no se trata de la propiedad que pueda dejarte tras su muerte —continuó el párroco con voz firme—, sino el apellido que obtendrás por esponsales, y la respetabilidad que te dará el matrimonio.

Era cierto. Ella poseía una buena propiedad: Harbledown, pero no disponía de un apellido que la protegiera, y el Damian Heaton le parecía como llovido del cielo.

—¿Es un buen hombre?

—Es un hombre temeroso de Dios que espera reunirse en su presencia con la conciencia limpia.

Elina decidió en ese preciso momento aceptar la oferta generosa.
—¿Cuándo partimos hacia Norham?

CAPÍTULO 20

Alan Benedict Redmayne, cuarto marqués de Glastonbury, llevaba furioso varios meses. Elina había desaparecido como por arte de magia. Se había marchado de la casa de Harwich sin decir una palabra. Y lo había hecho durante la madrugada sin llevarse nada pues todo su vestuario se había quedado en el interior del armario.

Había empleado mucho tiempo y recursos en buscarla, pero, a medida que los días, semanas, y meses avanzaban, sus esperanzas de encontrarla disminuían. En un principio creyó que se volvería loco, e incluso había retado a duelo a O'Sullivan porque creía realmente que él sabía donde se encontraba.

¡Que ella se escondiera de él cuanto tanto la necesitaba!

Durante meses, Alan había vigilado el banco donde ella tenía ingresado el dinero que él le había dado, pero jamás lo sacó de allí, aunque la deuda por su casa de Harbledown se seguía pagando de forma mensual, pero no así el internado de su hermano Peter que se hacía un único pago al año.

A Elina se la había tragado la tierra porque seguía sin encontrarla.

Tras meses infructuosos buscándola, había decidido dejar Helvellyn House, y regresar a su mansión de Hyde Park.

En ese momento se encontraba caminado hacia la residencia de lady Niven porque había recibido un mensaje urgente. La dama quería devolverle todos los objetos personales que él había dejado en su casa durante el tiempo que ella había sido su amante. Él, se había negado porque todos sus objetos personales podía enviarlos en un carruaje, pero la mujer se había negado en redondo. Sí él personalmente no iba a buscarlos, los tiraría al Támesis. Además, lady Niven deseaba ofrecerle una disculpa porque quería mantener una actitud cordial con él cuando se encontraran en diferentes eventos sociales.

Si no fuera por el reloj de bolsillo que le regaló su abuelo antes de su muerte, lo mandaría todo al diablo, pero le tenía mucho afecto a ese regalo, también al alfiler de zafiros que le regaló su madre por su dieciocho cumpleaños, y que había dejado en un descuido en la residencia de ella.

No hizo falta que tocara al timbre, el mayordomo le abrió la puerta solemne.

—Lady Niven lo espera, milord.

Alan le tendió el sombrero, los guantes y la capa antes de dar un paso hacia el interior del vestíbulo. Un momento después, siguió al sirviente hacia el salón de la propiedad.

—Lord Redmayne, bienvenido —lo saludó ella.

Alan correspondió besándole la mano.

—Me alegro de verte bien, Louise.

Alan siguió los ojos de la mujer, y clavó la mirada en una caja de regalo que estaba sobre la amplia mesa.

—Puedes ver por ti mismo que no falta nada.

Él, no era un hombre desconfiado, pero miró en el interior de la caja. Todos sus objetos personales estaban dentro.

—Nunca lo dudé —respondió conciso.

—He ordenado que nos sirvan un coñac —dijo la mujer—. Por los viejos tiempos.

La mirada de él le provocó a ella una sacudida en el estómago. Era el hombre más apuesto y viril de cuantos había probado.

—No voy a quedarme mucho tiempo —respondió seco.

La mujer medio sonrió, aunque sus ojos seguían muy serios.

—No es mi intención retrasar tus quehaceres —le dijo—, pero brindaremos por el pasado, y miraremos al futuro.

El mayordomo llegaba en ese momento con una bandeja. Sirvió solícito dos coñac, y le tendió la copa a cada uno. Instantes después los dejó de nuevo a solas.

—Por tu futuro, lord Redmayne —brindó ella.

—Por el pasado enterrado —respondió él.

A la mujer le pareció una grosería su brindis, pero no dijo nada. Louise se bebió el contenido de la copa de un trago, Alan la imitó.

—He rechazado la invitación del duque de Faith —dijo ella de pronto.

Alan entrecerró los ojos extrañado.

—Es el evento social del año —le recordó.

La dama caminó muy sensualmente hasta la mesa donde estaba el coñac.

—Me marchó un tiempo a Roma —reveló con un brillo extraño en la mirada—. ¿Otro coñac?

Alan iba a negar, pero lo pensó mejor. Le tendió la copa que la mujer llenó casi hasta el borde.

—¿Un viaje de placer?

—De negocios —respondió.

Alan bebió lentamente mientras la miraba.

—Es una ciudad bonita —dijo él como de pasada.

La mujer caminó hasta la chimenea, y apoyó la mano en la repisa de mármol.

—He comprado una histórica propiedad en la Toscana, y deseo ver cómo van las restauraciones.

—Entonces estarás mucho tiempo fuera —era una afirmación.

Lady Niven soltó un suspiro largo.

—El necesario.

Al marqués le parecía que ella le hablaba con doble intención. Y, durante la siguiente hora, lady Niven comenzó a relatarle que estaba pensando aceptar la propuesta matrimonial de un conde italiano. Que sopesaba establecer su residencia habitual en Roma porque estaba cansada del frío y de la humedad de Londres.

Alan quiso dejar la copa sobre la mesa, pero vaciló. La pulida madera se desdoblaba delante de sus ojos. Estaba muy mareado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella que corrió a su lado para ayudarlo a sentarse en el cómodo sofá.

El marqués parpadeó para aclararse la visión, y la vio sonreír.

—¿De verdad pensabas que iba a olvidar tu afrenta? —le preguntó cínica.

Alan intentó levantarse del sofá, pero no pudo: estaba muy mareado, tanto que pensó que iba a desmayarse.

—¿Qué has hecho, Louise? —le preguntó aunque vacilante.

—Te advertí que era una mujer muy vengativa.

Sí, se lo había advertido, pero en el calor de una discusión, cuando él se mostró implacable con ella porque estaba furioso con sus maquinaciones para convertirse en la cuarta marquesa de Glastonbury.

—¿Qué has hecho? —volvió a preguntarle.

—Arruinarte la vida —respondió rencorosa—. Matarte no me provocaría tanta satisfacción como lo que tengo preparado para ti y tu futuro.

—¡Te... te mataré! —logró exclamar.

Alan se sentía terriblemente mal. Muy mareado, sin fuerzas, y sin la capacidad de mover sus brazos y piernas porque la muy zorra lo había drogado.

—Sí, no dudo que lo harías, pero no estaré aquí cuando puedas llevar a cabo el cumplimiento de tus palabras.

—¿Qué... qué me has hecho?

Las cejas de la mujer se alzaron con sorpresa.

—Todavía nada —le explicó—. Pero deberías preguntarte qué voy a hacerte a continuación —le escupió vengativa.

Alan alzó una mano para sujetarla del cuello, pero no le obedecía. Estaba tirado en el sofá, y a punto de desmayarse. Tragó con fuerza y cerró los ojos en un intento de recuperarse, pero le fue imposible, finalmente, se desmayó.

Lady Niven sintió deseos de escupirle. Ningún hombre la había marcado tanto sexualmente como el marqués de Glastonbury, ni la había herido hasta un punto insospechado. Ella pensaba pagarle con la misma moneda. Necesitaba como el respirar que él sintiera la misma impotencia que ella, su misma frustración. Y había planeado la mejor venganza.

Cuando comprobó que el marqués estaba inconsciente, llamó al mayordomo que llegó acompañado de dos mozos de cuadra.

—Lord Redmayne se encuentra bastante indispuerto —le explicó la mujer—, creo que ha bebido demasiado coñac.

El mayordomo le hizo un gesto a los dos sirvientes que cogieron al noble y lo subieron a la planta alta.

—Dejadlo en la alcoba azul hasta que se le pase la embriaguez por la bebida. —Ninguno de los tres hombres cuestionó las palabras de la dama pues no era la primera vez que el marqués de Glastonbury se emborrachaba en la casa de lady Niven.

Louise se quedó durante un rato largo mirando al vacío. Ella había creído realmente que sería la cuarta condesa de Glastonbury, pero el muy necio había descubierto sus planes y huido a Helvellyn House donde se encontró con la furcia criada, y entonces ella perdió su oportunidad. Pero la posibilidad de perder el marquesado no la había marcado tanto como que su amante insaciable le echara en cara su infertilidad. Ella había creído domarlo, y mantenerlo sujeto a sus caprichos, pero se había equivocado. Era rica, hermosa, y una de las nobles más inteligentes de la aristocracia, pero él la había desdeñado, burlado, pero había llegado la hora de vengarse.

Con paso lento comenzó a subir por la escalera hasta la planta superior. Recorrió el estrecho pasillo, y se detuvo en la puerta de la alcoba azul. Accionó el picaporte, y se introdujo en el interior. Por órdenes suyas, los dos sirvientes habían desvestido al marqués y lo habían introducido en el interior del lecho, pero no era el único que estaba dentro de la gruesa colcha.

Lady Niven caminó hacia la parte izquierda de la cama, y miró a la mujer que sudaba copiosamente por la fiebre. También estaba desvestida, pero la enfermedad no le permitía darse cuenta de donde estaba y con quién, además, ella había tenido la precaución de darle láudano para mantenerla inconsciente. La noble miró a la enferma, el aumento de volumen del cuello era un indicativo indiscutible de que padecía paperas: una enfermedad contagiosa muy peligrosa para un hombre fértil. Redmayne la había llamado uva seca, y se había burlado de su infertilidad. Pues bien, ella iba a pagarle con la misma moneda.

Se acercó a la enferma y la giró hacia el marqués que estaba acostado de lado mirando hacia la

ventana. Lady Niven pasó la mano de la enferma por el cuello del noble, y pegó la cabeza de ella a la de él, de tal forma que ambas bocas intercambiaban alientos.

Le había costado mucho encontrar a una enferma de paperas, había necesitado mucho tiempo, pero lo había logrado. También había pagado mucho dinero para poder llevarla a su casa desde la chabola donde vivía. Los hombres le tenían terror a esa enfermedad, pero ella había tenido la precaución de taparle el cuello de una forma muy hábil para que los dos mozos de cuadra la transportaran sin hacer preguntas.

Ahora, en su casa, en la alcoba azul, y metida en la cama con el marqués de Glastonbury, Louise se permitió el lujo de sonreír placentera. Pronto su venganza sobre Redmayne sería completa. En la madrugada lo metería en un carruaje y lo enviaría a su casa en Hyde Park. Lo que fuera de él a partir de ese momento, estaba en manos del diablo...

CAPÍTULO 21

Norhan, frontera con Escocia, 1860

Elina se enjugó el llanto de los ojos.

Damian Heaton, su esposo, había muerto durante la noche, pero su muerte había sido dulce porque lo había pillado dormido. Ahora, de camino al cementerio, Elina rememoró los cuatro años que había pasado a su lado. Damian había sido un buen esposo, y un mejor padre para su pequeño, y por tantas bondades recibidas por su parte, ella le había honrado llamando a su pequeño como él.

El pequeño Damian Heaton también lloraba como la madre.

Cuando ella llegó a Norham acompañada del padre Craig, ignoraba qué le depararía el futuro, pero el hombre que la había desposado era una buena persona, con la edad para ser su padre, pero con un corazón sincero que la había respetado hasta el mismo día de su muerte. Elina lo cuidó feliz, y comprometida, pero ahora Damian ya no estaba, y se encontraba sola.

La pequeña propiedad de Norhan era suficiente para criar a su hijo, pero, de repente, había aparecido un pariente lejano que reclamaba la propiedad y la herencia. Como Damian no sabía de este pariente lejano, no había hecho testamento en favor de ella y del pequeño Damian, así que ahora esposa y pariente tenían que discutir el derecho de herencia en los tribunales.

Todos se detuvieron frente al nicho que ocuparía Damian a partir de ese momento, y por primera vez Elina vio al pariente lejano que le disputaba la propiedad y la herencia. El hombre de mediana edad tenía una mirada de cuervo, y ella supo que no se lo iba a poner fácil.

—Señora Heaton—la saludó el hombre—. Reciba mis más sentido pésame.

A ella no le quedó más remedio que ofrecerle la mano.

—Hoy es un día muy triste—dijo ella con la voz entrecortada.

El pariente la miró profundamente. Estaba claro que la mujer sí sentía la pérdida del viejo, pero él había hecho planes.

—¿Este es el pequeño Damian?—preguntó mirando al niño.

El pequeño era un querubín de cabellos rubios y ojos azules. No se parecía en nada a la madre, pero a su pariente tampoco. Además, él había hecho averiguaciones sobre ella, y sabía que su medio tío se había quedado inválido muchos años antes de casarse con la mujer. Que ella tenía una propiedad cerca de Margate en el condado de Kent, y que tenía un hermano menor que se encontraba estudiando en el extranjero.

¿Pensaba ella que podría quitarle la herencia que le pertenecía? Estaba seguro de que la mujer ignoraba la cuantía de las libras que su medio tío poseía y que tenía a buen recaudo en un banco en el extranjero.

—Sí—respondió la mujer en un tono precavido—. Damian Heaton.

El niño miró a los adultos cuando escuchó su nombre.

—¿Hijo de mi pariente?

En esos años Elina había aprendido mucho de Damian, sobre todo a no dejarse avasallar. Ese pariente desconocido creía que podía intimidarla, y se equivocaba.

—Hijo y heredero...

Elina dio la conversación por terminada. Se concentró en escuchar el sermón de esperanza que ofrecía el párroco del pueblo de Norhan sobre la resurrección y el día del juicio final. Cuando el entierro terminó, el pariente de su esposo volvió a abordarla.

Ella y el pequeño Damian comenzaban a salir del cementerio.

—¿Me podría hospedar en la casa de mi pariente? —le preguntó.

Ella clavó la mirada en el rostro amargado del hombre.

—No sería correcto, señor, además, estamos de duelo para recibir visitas, espero que lo comprenda.

El hombre medio sonrió.

—Es cierto, señora...

Elina lo vio alejarse del cementerio con paso rápido. Durante varios minutos se quedó mirando su marcha. Para ella estaba claro lo que pretendía, pero no iba a ponérselo fácil.

—Es un hombre bastante extraño, y dudo que sea pariente de nuestro Damian.

Las palabras las había dicho una matrona de la aldea con la que Elina había congeniado muy bien.

—Mi esposo no mencionó a ningún pariente, y, si ese hombre lo fuera, poco le ha importado su enfermedad para venir a visitarlo.

En las palabras de la viuda se advertía una dureza inusual pues poseía un carácter afable y comedido.

—Nunca vi a Damian tan feliz como cuando la desposó.

Era verdad. Ella llegó asustada a Norham, llena de aprensión y muy voluble, pero se encontró a un anciano gentil que la ayudó en todo, incluso cuando se volvió gorda y pesada a causa del embarazo. Damian no había escatimado en gastos y contrató a una sirvienta para que se ocupara de la faena más dura de la propiedad. A Elina solo le permitía cocinar porque adoraba sus elaboraciones. De ser un anciano casi desahuciado en un hospital para veteranos, pasó a ofrecer grandes cenas a amigos que siempre aceptaban porque nadie cocinaba tan bien como la señora Heaton, su esposa.

—No te preocupes mujer —le dijo la vecina—, que nosotros te ayudaremos, sobre todo a pasar este mal trago para ti y para tu hijo.

Nadie en el pueblo había cuestionado la llegada de ella, la apresurada boda, y cuatro meses después el nacimiento del pequeño.

—Muchas gracias, Mildred —le agradeció Elina.

La comitiva la había acompañado hasta la misma puerta de su hogar. Ella se despidió de todos, incluso del sacerdote, y les prometió que asistiría a la misa que se iba a ofrecer el domingo por el alma de su difunto marido. Cuando cerró la puerta, apoyó la espalda en la recia madera. Cerró los ojos y soltó un suspiro largo.

—¿Mami? —le preguntó el pequeño?

—No pasa nada cielo —le dijo la madre—. Es solo que estoy cansada.

Elina se repuso rápido de su flaqueza, y sujetó la mano del niño. Juntos entraron en el salón de la casa, y las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos. Los vecinos de Norhan le habían llenado la mesa de alimentos, y ella se sintió agradecida. Todos la habían aceptado, era uno más de ellos, y por eso se sentía tan feliz que no pudo contener las lágrimas.

—Tengo hambre —dijo el pequeño al mismo tiempo que se subía a una silla y cogía un dulce de una de las bandejas.

Sin poderlo evitar, Elina miró la estancia, detuvo sus ojos en la silla de ruedas que había

ocupado su esposo durante cuatro años. Observó su lugar de lectura, su pipa apagada sobre la chimenea. La casa no era muy grande, pero tenía un bonito jardín delantero y un gran patio trasero. Estaba situada a las afueras del pueblo muy cerca del río Tweed.

—Ven, mami, come —le dijo el pequeño mientras le ofrecía un dulce.

Elina le sonrió, caminó unos pasos y tomó asiento a su lado.



Semanas después del entierro, Elina recibió una visita inesperada. Era el director del Royal Bank de Escocia. Ella ignoraba que su fallecido esposo no tenía el dinero ingresado en un banco de Inglaterra. Al director lo acompañaba un cardenal de Edimburgo. Ella les pidió que tomaran asiento en el salón, y les ofreció unos bollos que había cocinado en la mañana. Su amor por la cocina la ayudaba a no pensar y continuar adelante.

Cuando el director se presentó, le dijo el motivo de la visita. En ese día, Elina se enteró que su esposo era católico y no anglicano, y por ese motivo había depositado su dinero en un banco de Escocia.

—Como viuda y madre de su único heredero, debo informarle que la fortuna de su esposo asciende a treinta mil libras esterlinas.

La mujer se quedó sin capacidad de reacción. ¿había dicho treinta mil libras esterlinas? Eso era mucho dinero.

—No lo sabía —respondió en voz baja.

—Pero su esposo no dejó testamento —le informó el cardenal.

Elina supo que ahora venían los problemas.

—Y ha aparecido un pariente lejano que reclama la herencia del señor Heaton.

Elina respiró varias veces para tratar de normalizar su respiración.

—¿Cómo podemos tener la seguridad de que esa persona es realmente quien dice ser?

—Por su registro eclesiástico —explicó el cardenal—. Fue bautizado en Tolbooth Kirk.

—Según los registros eclesiásticos, es primo segundo de su fallecido esposo —siguió informándole el director de banco.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que reclama la herencia y la propiedad al ciento por ciento.

Elina se reclinó hacia atrás. En alguna ocasión, después del nacimiento del pequeño, Damian le había indicado lo que debía decir por si alguien alguna vez ponía en duda su derecho sobre niño.

—No puede hacerlo, mi hijo es el heredero.

—Somos conscientes, señora Heaton —le dijo el cardenal—. Pero temo que para ganar este litigio tendrá que buscarse la ayuda de un abogado.

Inmediatamente Elina pensó en Richard O'Sullivan, y al momento se arrepintió. Ella no podía acudir en su ayuda después de haberlo desairado y huido sin decirle nada.

—¿Cuánto puede costarme los servicios de un abogado? —le preguntó al banquero.

—Depende de la dificultad del litigio —le explicó el cardenal.

Elina se quedó mirando un punto inexistente en el salón.

—Me parece que todo esto es innecesario cuando existe heredero legítimo —respondió finalmente.

El director de banco soltó un suspiro largo.

—Este primo segundo ha presentado unas pruebas fehacientes de que su pariente no es el padre de vuestro hijo —Elina no podía creérselo—. Y está dispuesto a concederle el cinco por ciento de la herencia por ser la viuda de su primo, y si renuncia al litigio.

No, ella no iba a renunciar.

—¿Cómo es posible que mi esposo no tuviera conocimiento de este pariente?

Ahora fue el cardenal el que habló.

—El barco donde faenaban sus padres se fue a pique en una tormenta. Damian Heaton creyó que el niño había muerto también.

Elina se masajeó la sien porque comenzaba a tener dolor de cabeza.

—¿Dónde puedo contratar los servicios de un abogado?

—¿Dispone de dinero para pagarlo?

—¿No puedo utilizar el de mi esposo?

—No, hasta que se resuelva el litigio...

Elina pensaba en la situación en la que estaba metida. Tenía treinta mil libras que no podía tocar, y tampoco podía vender la casa, entonces recordó las tres mil libras que el marqués de Glastonbury le había ingresado en el banco por convertirse en su amante. No había tocado ese dinero ni para pagar el internado de su hermano pues Damian se había encargado de ello. Se dijo que había llegado el momento de hacer buen uso de él.

Su pequeño no tenía la culpa de este pariente que había salido de la nada. Damian le había dejado claro que todo lo que había logrado con esfuerzo, era para el niño que había criado y educado como propio. En vida, ella le había prometido respetar su deseo, en muerte, tenía que cumplir su promesa.

—Poseo tres mil libras en un banco de Norwich —director de banco y cardenal la miraron atentos—. ¿Podría hacer todas las gestiones desde Norhan? —preguntó.

—Si nombra a un apoderado, sí —le informó el director de banco.

Ella dudaba. ¿Merecería la pena enfangarse en pleitos que a lo mejor no podía ganar? Entonces recordó que se lo había prometido a Damian, aunque no sabía de este pariente lejano, había sido muy claro al respecto: su herencia y todo lo que poseía pertenecía al pequeño Damian.

—¿Dónde puedo encontrar a un buen abogado? —preguntó.

Y durante el resto del día, Elina se encontró haciendo planes a toda velocidad. Tomando y descartando opciones.

Una de esas decisiones tomadas pensando en la promesa que le había hecho a su difunto esposo, le iba a cambiar la vida.

CAPÍTULO 22

Alan Benedict Redmayne, cuarto marqués de Glastonbury, había cambiado mucho. Ya no era el mismo hombre de cuatro años atrás. Elina Smith le había cambiado la vida, y Louise Niven le había cambiado el futuro.

Desde la marcha de ella de Harwich, no había vuelto a Helvellyn House porque la casa le recordaba demasiado a ella.

Redmayne se había vuelto más cínico, más vengativo, y más introvertido. Ya no asistía a fiestas ni eventos. Sus días los pasaba haciendo negocios, incrementando todavía más su fortuna, y maldiciendo el nombre de una mujer que se le había metido en la sangre, y que había convertido su vida en un infierno, pero la recordaba de día y de noche. Su dulzura, su espontaneidad, y su pasión igualable a la suya propia.

Alan miró la montaña de cartas e invitaciones que tenía sobre el amplio escritorio, y decidió que ordenaría que las quemaran todas. Nada despertaba su interés. Había perdido incluso el gusto por la buena comida, y se estaba convirtiendo en un huracán irascible e insoportable. Tampoco había vuelto a ver a Richard O'Sullivan desde aquel fatídico día en que logró separarla de su lado. Sabía por su padre que era un buen profesional, que se había casado con una muchacha de Maidstone, y que era muy feliz mientras él se consumía en la adversidad.

«Elina no era para ti, desgraciado», lo insultó como tantas veces en todos esos años.

—Milord, ha recibido un telegrama urgente, viene de Norwich.

Las palabras del mayordomo de su residencia en Hyde Park lo sacó de sus pensamientos.

—¿De Norwich? —preguntó de pronto interesado.

En Norwich estaba el banco de Elina. Alan sintió una corazonada. El mayordomo le tendió el mensaje. Lo abrió, lo leyó, y el corazón amenazó con salirse del pecho. Por primera vez en cuatro años había movimiento en la cuenta de ella.

—Que preparen el carruaje —ordenó Alan—. Me marcho a Norwich de inmediato.

El ayuda de cámara le preparó lo imprescindible: un par de mudas que metió de forma cuidadosa en una valija de piel. Alan pensó que le llevaría varias horas llegar hasta Norwich, pero ahora tenía por fin una buena noticia desde hacía años, y no pensaba desaprovecharla. «Si hubieras confiado en mí, Elina, ahora no estaríamos separados», se dijo apesadumbrado. Y, en esos momentos, nada de sus conocimientos sobre las mujeres le iba a servir de mucho. Nada de lo aprendido le valdría para algo, porque en ese momento su verdadero enemigo era él mismo: él mismo y su temor a no encontrarla a pesar del telegrama enviado.

Pero la esperanza resulta poderosa cuando se camina por el mismo infierno, y él llevaba deambulando por ese lugar cuatro largos años.



El director del banco de Norwich lo atendió enseguida. Lo invitó a su despacho privado, y sacó unos documentos de una carpeta de piel. Alan estaba impaciente, pero no podía adelantar el tiempo.

—Ha sido toda una sorpresa recibirlo tan pronto después de enviarle el mensaje. Había salido de Londres a la velocidad del rayo.

—Tengo mucho interés en este asunto.

El director tomó asiento tras su escritorio, y le ofreció un coñac que rehusó.

—La cuenta de la señorita Smith se ha mantenido inactiva durante cuatro años.

—Lo sé —respondió el marqués.

—Pero ahora se ha ordenado el envío de mil libras a un número de cuenta de un banco en Norhan.

El pulso de Alan se aceleró.

—¿Lo ha ordenado la señorita Smith? —quiso saber.

El director de banco hizo un gesto negativo.

—Ha solicitado el envío de dinero su apoderado.

—¿Su apoderado?

—Un abogado muy famoso en Edimburgo, y ducho en herencias y linaje.

Alan estaba perplejo tras escucharlo.

—Confío que el banco haya solicitado toda la información posible antes de enviar el efectivo.

—Así es milord.

—¿Conocen entonces la dirección de la señorita Smith? —inquirió.

El director hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pero conocemos que el banco de Norhan sí dispone de esa información.

—Norhan está en el norte —murmuró el marqués.

—Justo en la frontera con Escocia —apuntó el director.

Alan seguía pensativo. Elina había contratado los servicios de un abogado de Edimburgo al que había nombrado apoderado, y se preguntó el motivo. ¿Qué hacía ella tan lejos? «Cómo iba a encontrarte», se dijo esperanzado por primera vez en mucho tiempo.

—Necesito la dirección del banco de Norhan —le pidió al director con semblante serio—. Y la dirección del abogado apoderado de Edimburgo.

—Lo tengo todo listo, milord.

A él le agradaba tanta eficiencia.

—¿Existe un lugar decente donde pueda hospedarme en Norhan?

El director desconocía esa información pues nunca había salido de Norwich.

—No puedo informarle al respecto.

Alan poseía varias propiedades a lo largo y ancho del reino, pero no en la frontera con Escocia.

—Enviaré a un mensajero para que se adelante a mi marcha —afirmó el noble.

Esa era una practica habitual entre la nobleza.

—Es la mejor opción, milord.

El marqués se levantó de su asiento con la misma elegancia de siempre.

—Manténgame informado si hay nuevos movimientos.

—Así lo haré, milord.

El director le hizo una venia, y lo acompañó hacia la salida. Alan decidió ir hasta Helvellyn

House, allí tomaría un baño y descansaría hasta el día siguiente cuando emprendería la marcha hacia Norham. Además, como ignoraba el tiempo que le iba a llevar dar con Elina, ordenaría que le prepararan un baúl con suficiente ropa para el viaje y una posible larga estancia.

Alan bajó las escaleras del banco y se dirigió hacia su carruaje que estaba estacionado en la esquina. Antes de subir, miró al cochero.

—A Helvellyn House —le ordenó.

El palafrenero cerró la puerta del carruaje y se subió al pescante. El cochero azuzó a las monturas, y el carruaje comenzó a rodar.

«Te he encontrado, Elina, sé, que te he encontrado», se dijo feliz por primera vez desde su marcha. «Ahora nada impedirá que te tenga, y no permitiré jamás que te marches».

El carruaje seguía su rumbo sorteando los baches del camino. La distancia entre Norwich y Helvellyn House no era mucha, pero a él se le hizo cortísimo porque iba enfrascado en pensamientos sobre el encuentro entre ambos.

¿Habría cambiado? ¿Querría volver con él? Alan estaba dispuesto a darle todo lo que ella le pidiera, hasta su misma alma, porque sin ella era un erial desierto, sin metas, sin futuro.

¡La necesitaba como el respirar!

Era pensar en ella y sentir que ardía por dentro, por fuera, de la cabeza a los pies. La había extrañado, odiado, maldecido, pero no podía vivir sin ella.

«No sé cómo voy a lograr convencerte de que regreses conmigo, pero estoy dispuesto a todo para lograrlo», se dijo firme.

Alan reclinó la espalda sobre el mullido sillón del carruaje, y cerró los ojos. Estaba impaciente, temeroso, pero la había encontrado, o creía saber dónde encontrarla.

CAPÍTULO 23

El viaje hasta Norham había sido largo y penoso por lo abrupto del camino, pero el hombre que él había enviado como explorador y responsable de las diferentes paradas en posadas y ventas, le había encontrado acomodo en una casa de huéspedes muy respetable, y muy cerca de Norham. El lugar lo sorprendió porque era más pequeño de lo que había imaginado, incluso se sorprendió de que tuviera banco propio.

Cuando el carruaje se detuvo en la posada, eran las ocho de la mañana, y Alan se alegró de que el hombre que trabajaba para él hubiera tenido la brillante idea de alquilar todas las habitaciones en su nombre. Ahora disponía de la posada para su uso exclusivo, aunque Alan dudaba de que la posada tuviera muchos viajeros hospedados antes de él. Pero estaba limpia, olía bien, y la habitación de la última planta era espaciosa y acogedora, sobre todo por el enorme hogar encendido que ocupaba la totalidad de una pared.

Ordenó un baño, y se dispuso a alimentarse, y prepararse para enfrentar a Elina.

«Cómo te iba a encontrar si estabas aquí perdida», se volvió a decir así mismo.

Una vez bañado, Alan bajó al comedor donde habían dispuesto una mesa para él. La estancia estaba vacía salvo él.

—Milord —le dijo la posadera—. Le hemos preparado estofado de cazador, y tenemos un buen vino traído desde Francia.

Él, lo dudaba seriamente, pero no dijo nada al respecto. Alan tomó asiento y se colocó la servilleta sobre el muslo.

—Norham es un pueblo muy pequeño.

La mujer lo escuchaba atenta.

—Pero tenemos un castillo muy bonito —le informó mientras ponía fuentes de comida en la mesa.

—Debe de ser muy difícil vivir tan pegado a la frontera. —Y era cierto, pero la mujer no le dio la razón—. ¿Viven muchos forasteros en Norham?

Le preguntó Alan intentando que la mujer le hablara de visitantes recientes.

—No muchos, lord Redmayne. Algunos escoceses, y otros del sur de Inglaterra que no soportan los veranos demasiado cálidos.

La mujer había terminado de colocar la comida sobre la mesa, se disculpó, y se marchó hacia la cocina de la posada. Alan se quedó de repente solo en el comedor. El cochero le hacía de ayuda de cámara y le iba sirviendo copas de vino que él tomaba ensimismado. Cuando terminó, miró su reloj de bolsillo, y se dio cuenta que eran las doce del medio día. Una hora más que oportuna para visitar al director del banco de Norham.

—Milord, la llegada del carruaje ha despertado bastante expectación entre la población.

A él le parecería divertido sino estuviera tan pendiente de encontrar a Elina. La distancia hasta el banco era mínima, y a él le apetecía caminar. Allí fue recibido casi con honores, ¿cuándo se había visto a un marqués visitar una propiedad tan pequeña e insignificante como Norham?

El director se deshizo en halagos creyendo que el marqués de Redmayne era un cliente potencial, por eso, cuando le inquirió sobre una clienta llamada Elina Smith, el hombre se quedó a cuadros.

—No tenemos en el banco ninguna clienta con ese apellido.

Al marqués se le cayó el alma a los pies.

—Tengo información sobre un traslado de dinero en efectivo desde una cuenta de Norwich hasta otra de Norham.

—Eso es información confidencial.

—El traslado de efectivo ha sido efectuado por un tal Douglas McPherson —le informó.

El director de banco se quedó pensativo.

—Eso es información confidencial —repitió el director.

Alan sabía que tenía que tirar a matar. Acababa de darse cuenta de lo reservados que eran los habitantes de Norham.

—Por supuesto que estaré dispuesto a abrir una cuenta en este banco y dejar depositado un total de cincuenta mil libras.

Al director le cambió la expresión de la cara.

—El señor Douglas McPherson es un respetado abogado de Edimburgo que trabaja para la viuda de Heaton.

La información la recibió Alan como una bofetada en pleno rostro.

—¿La viuda de Heaton? —repitió en voz baja.

—La viuda de Damian, Elina Heaton.

Fue escuchar el nombre, y su corazón se aceleró. ¿Cuántas Elina podía haber en Inglaterra con poder sobre una cuenta en Norwich?

—¿Dónde vive la viuda? —le preguntó.

—¿Y por qué ese interés, milord?

Alan pensaba a toda velocidad, pero no quería despertar las sospechas de nadie y que le advirtieran a ella sobre su llegada.

—Porque ambos tenemos un amigo en común, el padre Craig de Stanford, y tengo un mensaje para ella.

El director sonrió de oreja a oreja. Todos en Norham conocían al sacerdote que había casado al viejo Damian, y que de vez en cuando se dejaba caer por el lugar.

—¿Entonces está en el pueblo para visitar a la señora Heaton?

—Ya le he mencionado que traigo un mensaje personal y privado del padre Craig.

Pero antes de responderle, el director se aseguró de que el marqués dejara depositado en el banco diez mil libras, y con la promesa de incrementarlas hasta treinta mil en ese primer año, después haría movimientos hasta alcanzar las cincuenta mil libras. El director le indicó dónde podría encontrar la propiedad de la señora Heaton.

Como el pueblo era tan pequeño, todo estaba relativamente cerca, y él había dejado instrucciones al cochero de su carruaje, para que lo siguiera. Con el ánimo subido, caminó en la dirección que el director de banco le había facilitado de palabra, y por escrito.

Mientras caminaba, Alan se hacía infinidad de preguntas. ¿Se habría casado realmente? ¿Sería una tapadera para ocultar su identidad? ¿Qué sentiría al verlo? ¿Alegría, confusión? Él, siempre había sido un hombre acostumbrado a conseguir todo lo que quería, y que las mujeres cayeran rendidas a sus pies. Pero tras Elina, no existía ninguna otra porque no podía olvidarla.

Ahora, cuatro años después, supo lo que había hecho mal con ella: obsesionarse hasta el punto de que tenía que ser suya a cualquier precio y de cualquier forma, e ideó un plan para conseguirla. Pero es que Alan tenía un carácter posesivo y celoso, y con él no había términos medios.

Se giró un tercio y miró su carruaje que lo seguía a cierta distancia. Les hizo una leve inclinación con la cabeza para que se detuvieran a escasos pasos de la vivienda donde él pensaba

llamar. Si Elina no atendía a razones, él tenía pesando secuestrarla.

Cuando se plantó frente a la casa, Alan admiró el pequeño jardín delantero que estaba muy bien cuidado, abrió la puerta de la verja, y caminó los pasos hasta la vivienda. Se quedó frente a la puerta de madera, y tuvo que respirar varias veces porque era la primera vez en mucho tiempo que se sentía algo inquieto. Alzó la mano y tocó la aldaba con forma de puño. Tras unos minutos, no acudió nadie, así que tocó con más insistencia, dos minutos después la puerta se abrió y Elina quedó frente a él.

El rostro de ella mostraba sorpresa, confusión, ira, y precaución. Él esperaba todas y cada una de esas emociones, salvo la prudencia. Elina no tenía que temer de él porque ya no era el mismo hombre del pasado. Le habían sucedido infinidad de cosas que lo habían cambiado por completo, también sus prioridades.

Ya no era el mujeriego juerguista obcecado en conquistas y trofeos. Ya no necesitaba tener largas listas de amantes. No. Alan era un hombre nuevo, con metas nuevas, y, lo más importante, que estaba dispuesto a cambiar todavía más por ella.

—Hola, Elina.

Elina sintió el deseo de cerrarle la puerta en las narices, salir huyendo de nuevo, pero no podía hacer nada de eso.

—¿Qué haces aquí? —fue lo único que pudo preguntar.

—He venido a buscarte y a llevarte de regreso a Helvellyn House ...

CAPÍTULO 23

Elina había sufrido una verdadera conmoción al ver al marqués de Glastonbury plantado en la puerta de su casa en Norham. Ella había huido de él, lo había abandonado, y no porque pertenecían a una clase social distinta, ni porque los prejuicios del marqués hicieran imposible la unión entre ambos, sino porque Alan la había herido profundamente en su orgullo, y Elina había aprendido en todos esos años que no debía volver a dejarse controlar por hombres como él.

—¿No vas a invitarme a entrar? —le dijo Alan que no podía apartar la mirada del rostro de ella.

Elina hizo un gesto negando con la cabeza.

—No sería correcto, estoy de luto —respondió mirando la vacía calle.

Alan no había llegado tan lejos para recibir de ella un despalante. Metió un pie dentro de la casa para que ella no pudiera cerrarle la puerta.

—Al menos merezco una explicación.

—No —fue la tajante respuesta.

El marqués metió la mitad de su cuerpo en el vestíbulo impidiéndole a ella la oportunidad de cerrar la puerta y dejarlo fuera.

—Deseo hablar contigo —insistió él.

—Me fui precisamente para no tener tratos contigo.

Alan empujó con el hombro la puerta que ella mantenía semi cerrada, finalmente Elina la abrió: no tenía sentido montar un espectáculo. Se hizo a un lado para permitirle el paso. Alan así lo hizo. Segundos después, ella se dirigió hacia el salón. La casa no era muy grande pero se veía confortable.

—Norham es un lugar bonito —comenzó él mientras la seguía.

El deseo de abrazarla, de besarle el cuello de cisne era muy intenso, pero se contuvo.

—Toma asiento, por favor, di lo que tengas que decir, y vete.

Esta nueva Elina no era la del pasado. La veía fría, distante, y con un brillo en la mirada que no había visto nunca. Pero Alan ignoraba que Elina estaba muerta de miedo por su llegada de nuevo a su vida. Por todo lo que él representaba de su pasado, y porque con solo verlo había sentido un deseo tan destructivo como antaño.

—Dime, Elina, ¿qué debe hacer un hombre cuando la pasión de su vida se casa con otro? —le preguntó de improviso.

Elina desvió la mirada. Él hablaba de pasión no de amor: una pasión enfermiza que lo consume todo.

—Hay pasiones que son como huracanes desatados: arrasan el futuro y las vidas de quienes la padecen —respondió ella.

—¿Por qué me abandonaste?

Ella se mantenía de pie. Quería que él se marchara, pero le debía una explicación.

—Era una estúpida muchacha con una idea muy romántica sobre el amor y el matrimonio, pero me sentí defraudada de la relación que manteníamos, del engaño y de la manipulación de la que me hiciste objeto, y supe que tenía que liberarme de ti.

—Si hubieses hablado conmigo, yo te habría entendido.

Ella tiró a matar.

—¿Me habrías dejado libre?

—No —respondió sincero.

—¿Te habrías casado conmigo? —insistió ella.

—Entonces no podía pero... —ella lo cortó.

—Tenía que buscar la paz conmigo misma, y por eso decidí dar un giro a mi vida.

—¿Casándote con otro?

—Tenía que protegerme de ti...

Esas palabras lo golpearon con fuerza.

—Yo nunca te haría daño —se justificó.

Pero ella era consciente de todo el dolor que le había causado a nivel personal y emocional.

—Pero me lo hiciste, lord Redmayne —le reprochó—. Me apartaste de mis amigos a los que amo —ella se refería a Richard O'Sullivan—. De mis valores —ahora se refería al hecho de convertirse en su amante de forma continuada—. Contigo me convertí en un cascarrón vacío: sin metas, sin futuro.

Que ella lo acusara de esa forma lo molestaba.

—Ya todo eso pertenece al pasado.

Ella no podía creérselo. ¿Creía de verdad que ya estaba todo olvidado?

—Vete, lord Redmayne.

—No puedo hacerlo.

Elina apretó los labios con disgusto.

—¡Claro que sí!

—Ahora que te he encontrado, no voy alejarme de ti.

Ella desvió la mirada porque la resolución en sus ojos la preocupaba.

—No hagas con tus actos que te desprecie todavía más.

Alan se puso serio.

—¿De verdad me desprecias? —le preguntó.

Y la pilló por sorpresa. Alan se había levantado como un rayo y la abrazó con fuerza, acto seguido acercó el rostro al de ella y se apoderó de sus labios. Al principio se limitó a mover sus boca sobre los dulces labios de ella, despacio, lentamente, y, poco a poco, se abrió paso con la ayuda de su lengua. Cuando ambas rozaron sus superficies, Elina se estremeció, y, sin saber cómo, le agarró de la solapa de la levita y le hizo acercarse a ella para sentir su calor junto a su cuerpo. Una marea de sensaciones conocida se estaba apoderando de ella sin dejarla razonar.

—Ahora que eres viuda, ¿no regresarías de nuevo a Helvellyn House conmigo? —le susurró al oído mientras le acariciaba el pecho sobre el vestido—. No me importa que te hayas entregado a otro hombre, ni que aceptaras su nombre, regresa conmigo.

Elina lo miró atónita. ¿Regresar a la tierra de grandes equivocaciones, de pasiones sucias, y deseos de venganza? Ella no había mantenido contacto íntimo porque su esposo era un hombre mayor, enfermo, e impedido, pero se lo calló.

Colocó las manos en el recio pecho y lo empujó para separarlo.

—Eres un desgraciado —lo insultó.

—Acabo de demostrarte que no me desprecias, sino que me deseas como en el pasado.

Elina sentía deseos de abofetearlo.

—Mi vida está aquí en Norham.

Alan sentía deseos de zarandearla. Estaba más bella que nunca. Veía en su mirada que estaba decidida a seguir apartada de él, pero Alan no podía permitirlo.

—¿Cómo puedo convencerte?

—¿De que me convierta de nuevo en tu puta? —siseó entre dientes.

El beso de Alan la había marcado más de lo que quería admitir. La pasión que sentía por él seguía latente en el interior de ella, pero su remordimientos, también.

—No eras mi puta —respondió muy serio.

Elina se giró porque la nube de vapor sensual comenzaba a disiparse, en su lugar la ira estaba tomando un lugar preferente en sus sentimientos.

—Una puta muy cara, sí señor. ¿Fueron tres mil libras? —le recordó con verdadera inquina.

—Libras que muy bien aceptaste.

—Ni las toqué —se justificó.

—Salvo ahora, ¿verdad?

Ella quería gritar por la frustración que sentía porque era verdad. En cuatro años no había tocado el dinero de él salvo en este momento que tenía que velar por el futuro del pequeño Damian.

—¡Vete! —le ordenó.

—¡Elina! —exclamó el marqués.

La mujer tenía los ojos brillantes, y Alan no supo si eran por las lágrimas o por la cólera.

—Detesto tu arrogancia, desprecio tu egocéntrico. El amor para ti es una burla, ¿verdad?

Elina había estallado tras el beso apasionado.

—¿Tratas de decirme que tu matrimonio con Heaton estaba basado en el amor.

No, ella no podía mentir. No había amado a Damian, pero sí lo había respetado mucho.

—Cuando te abandoné, me prometí a mí misma que jamás volvería a caer en las redes de la lujuria, y mucho menos de nuevo contigo.

Elina estaba furiosa, y él no había encarado el asunto muy bien.

—Han pasado cuatro años desde que me abandonaste sin ofrecerme un motivo alguno, y durante ese tiempo, mi vida ha cambiado, tanto, que el Alan que conociste quedó atrás —confesó, pero ella no escuchaba—. Soy un hombre nuevo.

Ella no podía creerlo porque hacía un momento la había besado sin su permiso, tomando lo que se le antojaba, como antaño.

—¡Vete! —volvió a ordenarle ella.

Pero Alan había cruzado la línea, y decidió sincerarse como nunca en su vida.

—Fue ver tus ojos y perderme en ellos porque eran atractivos, misteriosos y a la vez risueños. Cuando me miraste por primera vez en la cocina de Helvellyn House entendí la magnitud de lo que me provocabas, y me rendí a ti.

Alan la había cogido de la mano para obligarla a mirarlo.

—¡Márchate! —insistió ella.

Alan estaba atónito. Le abría su corazón, y ella lo desdeñaba.

—Ninguna mujer me ha hecho sufrir como tú —le reprochó dolido.

Ella estaba a un paso de abofetearlo. Había llegado de nuevo a su vida para convencerla de que regresara con él, sin promesas, sin compromiso. ¡Estaba loco!

—¡Eres un necio! —lo insultó—, y jamás regresaría contigo aunque mi vida dependiera de ello.

Los dos se sostenían la mirada. Casi se bebían los alientos de tan cerca que tenían el rostro el uno del otro.

—¡Mami!

El corazón de Elina se le cayó a los pies al escuchar la voz de su hijo. Estaba dormido en la planta superior, pero la fuerte discusión que mantenía con el marqués de Glastonbury lo había despertado. El corazón se le aceleró, e incluso sufrió un leve mareo...

—¡Dios del cielo! ¿Qué significa esto?

Alan estaba estupefacto.

CAPÍTULO 24

Alan Benedict Redmayne, cuarto marqués de Glastonbury, sintió que se le paraba el corazón. El niño que la había llamado no debía de tener más de cuatro años. Era rubio y de ojos azules. Él, no conocía al esposo muerto de Elina, pero supo que el crío no era hijo de Heaton sino suyo.

—¿Qué has hecho, Elina? —logró preguntar con la voz entrecortada.

—¿Mami? —volvió a decir el niño mientras caminaba hacia ella.

Alan se interpuso en su camino, se acuclilló frente a él, puso sus manos en los hombros del pequeño, y lo escudriñó a conciencia.

Elina seguía paralizada porque todo podía derrumbarse a su alrededor.

—Hola, pequeño, ¿te hemos asustado? —le preguntó Alan que podía ver en los ojos del niño cierto temor.

—No ocurre nada, cielo —le dijo la madre—. El señor es un viejo conocido de mamá, pero ya se marcha.

Alan giró el rostro y la taladró con dureza. Elina percibió el cambio operado en él. Veía en sus ojos una tristeza infinita, amargura inmensa, y también deseos de revancha.

—¿De verdad crees que voy a marcharme?

—Es lo mejor —le aconsejó.

Él, rechinó los dientes. El niño, al percibir la tensión del adulto, se encogió temeroso.

—¿Cómo pudiste ocultármelo?

Elina no sabía cómo terminar con la conversación, o de qué forma podía convencerlo para que se marchara de una vez y la dejara en paz.

—¿Piensas que es tuyo?

A la vista estaba de que trataba de ganar tiempo.

—Solo tengo que mirarlo para saber que es de mi sangre, que es un auténtico Redmayne — Elina no podía sostenerle la mirada. Solo había que mirarlos un segundo para cerciorarse de que eran dos gotas de agua, y por eso no tenía sentido negarlo, pero lo hizo—. ¿Lo sabías cuando me abandonaste?

Ella seguía manteniendo un mutismo que la incriminaba.

—Mami —insistió el niño que no podía zafarse del hombre.

Alan no podía soltarlo. Era su carne, su sangre, y ella se lo había ocultado. Sentía dicha, felicidad, y una inmensa decepción. Había ido hasta Norham para encontrarse con ella, y había descubierto una traición peor que la que le provocó al abandonarlo.

—Corre con tu madre, pequeño —lo soltó al fin.

El marqués se alzó de su posición en cuclillas, y el niño corrió hacia la madre que lo abrazó. Era muy alto, casi le llegaba a la cadera. Alan se giró hacia ambos, los miró, y el corazón se le hizo un nudo de dolor.

—Me debes una explicación, Elina —en su voz había cólera a pesar de que él trataba de mostrar serenidad.

—No hay nada que explicar —dijo ella después de un momento largo y tenso.

—Es hijo mío —afirmó el noble sin un asomo de dudas.

El niño se escondía tras las faldas de la madre, y miraba al extraño con atención para su corta

edad.

—Mi hijo es Damian Heaton, hijo de mi esposo.

Elina lo vio apretar el mentón, y crispas los puños.

—¿Vas a seguir negándolo? —preguntó mordaz.

—Hasta el día de mi muerte —contestó ella.

Esa respuesta le supuso un golpe figurado en su estómago: lo dejó sin aliento.

—¿Tanto me odias? —le costaba aceptar que ella pudiera despreciarlo tanto como para hacer pasar a su hijo por el hijo de otro.

Elina, ahora se daba cuenta de que en realidad no lo odiaba, pero lo había amado mucho, y todo ese amor se había convertido en amargura.

—Márchate, lord Redmayne.

Lo vio endurecer la mirada, tensar los hombros, y caminar un par de pasos hasta ella. Alan sintió un impulso alocado y lo siguió. De pronto sujetó al niño y se lo arrebató delante de sus narices.

—Admítelo —le ordenó.

—No —respondió obcecada tratando de recuperar a su pequeño de los brazos del marqués.

El pequeño comenzó a hipar porque no le gustaba estar en los brazos de un desconocido.

—Calma, pequeño, jamás te haría daño, soy tu padre.

Elina lo vio girar con su hijo en brazos y dirigirse a la puerta de salida. El pánico se apoderó de ella que corrió con violencia detrás de él que le llevaba cierta ventaja.

—¡No! ¡No!.... —el grito le salió desde el fondo de su alma—. ¡No, Alan, no! ¡Dios, qué haces!

Él, giró la cabeza hacia ella en el mismo momento que sujetaba el pomo de la puerta de la calle, la mirada de él la detuvo.

—Hacerte entrar en razón.

—¿Qué vas a hacer con él? —le preguntó con el alma en vilo y yendo tras él.

—Lo voy a llevar al lugar que le corresponde —le respondió.

Ella lanzó un grito agudo.

—¡Yo soy su madre!

Elina comprobó que el carruaje del marqués estaba estacionado en su propia puerta. Alan habló con el cochero y el palafrenero que bajó del pescante, sujetó al niño, y se introdujo con él en el interior del carruaje. Aunque corrió como nunca en su vida, no llegó a alcanzarlo. Elina gritaba y se debatía entre los brazos del marqués que la había sujetado cuando trató de alcanzar el carruaje que se llevaba a su hijo. El cochero azuzaba a los sementales para que galoparan, ella golpeó el rostro del marqués, pero los brazos de Alan la inmovilizaron. Y la llevaron a la fuerza hacia el interior de la casa. Cuando los dos estuvieron de nuevo en el salón, Alan la soltó.

—¡Voy a matarte por esto! —lo amenazó ella.

—¡Te creo! —respondió el otro con voz grave.

—¿Dónde se lo llevan? —reiteró ella gritando.

—A mi hogar, a Helvellyn House.

La propiedad estaba muy lejos. Su hijo se asustaría, y ella no podía permitirlo.

—No tienes ningún derecho a hacer lo que has hecho —le escupió dolida.

Alan difería de esa forma de pensar porque sí tenía todo el derecho del mundo.

—De todas las locuras que podrías cometer, robar un hijo a un padre, es la más despreciable de todas.

Elina no pudo sino comenzar a llorar de impotencia, de rabia, y de deseos de romperle la

cabeza. Todo iba cuesta abajo sin control. Alan había traído la realidad a su vida, y sentía que conducía un carruaje sin frenos.

—Eso que dices es una necesidad pues jamás te he robado nada.

Alan estuvo a punto de contradecirla. Sí que le había robado el corazón y la ilusión.

—Era tu obligación anunciarme que esperabas un hijo mío.

Ella se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre.

—¿Qué habría cambiado? —le preguntó—. Yo te lo diré, ¡nada!

—Esa decisión me correspondía a mí —le recordó él.

Elina tragó con fuerza.

—Antes de la llegada de Richard, estuve a punto de decírtelo, pero no me lo permitiste.

—¿Cómo sería posible algo así cuando no tenía conocimiento de ello?

—Me dijiste que no te casarías conmigo...

Eso precisamente le había dicho, pero eso fue antes de que lo abandonara, antes de volverse loco buscándola, antes de la venganza de lady Niven...

—Ahora todo ha cambiado.

Elina apretó tanto los dientes, que Alan pensó que podría partírseles.

—Nada ha cambiado, salvo que te desprecio todavía más.

Alan sentía deseos de zarandearla. Hacerse cargo de su carne era justicia, y ella tenía que aceptarlo.

—Mi hijo se criará en Helvellyn House —le informó—. De ti depende verlo crecer, o mantenerte aquí en este lugar perdido de la mano de Dios.

Ella no iba a darse por vencida tan fácilmente.

—Iré a la justicia.

—Hazlo —la animó—. Ningún tribunal de Inglaterra te ayudará.

Elina se sentía al borde de la desesperación.

—Mi hijo está reconocido por Damian Heaton.

Alan avanzó unos pasos hacia ella que retrocedió los mismos.

—No me costará nada convencer a la corte suprema de tu mentira, solo tendrá que mirar al niño para aceptar que soy su padre.

Elina se sabía vencida de antemano. Tenía un litigio con el pariente lejano de Damian por la herencia del esposo, y ahora el problema se le complicaba con la aparición de Alan y el secuestro de su hijo.

—No puedo regresar a Helvellyn House —susurró a penas sin voz.

—No tienes más opción —le aclaró él.

Elina sentía que las piernas le fallaban.

Cuando huyó de Harwich, ya estaba encinta, pensaba decírselo, pero entonces llegó Richard acompañado de la amante de él, y todas sus ilusiones se vinieron abajo... discutieron, ella quería marcharse, y él la obligó a entregarse de nuevo a pesar de que no quería hacerlo. Elina se rebajó y le preguntó si la amaba, si pensaba casarse con ella, y él se rio. ¡Alan se rio de sus sentimientos! Se sintió morir en ese mismo instante, y supo que su hijo sería siempre un bastardo, que él podría quitárselo como finalmente había sucedido, pero iba a luchar, iba a presentar batalla hasta el mismo día de su muerte.

El marqués de Glastonbury la miraba sin perderse detalles de todas las emociones que cruzaban el rostro alterado. La veía debatirse en dilemas, tomando y descartando opciones, y supo que la había vencido, que finalmente Elina regresaría con él, aunque Alan ignoraba el precio que tendría que pagar por ello.

—Nunca quise que mi hijo fuera un bastardo, quería evitar que ese estigma pesara sobre su cabeza como una rueda de molino —confesó dolida.

La voz de ella era susurrante, como si hablara consigo misma

—Mi hijo no será un bastardo —afirmó él.

Elina lo miró con atención.

—El día que te cases, y que tu esposa te de tu primer heredero, ¿qué sucederá con Damian?

Alan no tenía pensamientos de casarse, no, cuando la deseaba a ella con todas sus fuerzas.

—Nuestro hijo va a ser siempre el heredero de Glastonbury.

Ella no podía creerlo, tampoco quería.

—No es nuestro hijo —lo corrigió—, es mi hijo, y lucharé con todas mis fuerzas para salvarlo de ti.

Alan sentía deseos de sincerarse con ella, pero desconocía la magnitud de su poder de contraataque, porque estaba convencido que Elina iba a presentarle batalla. Él, solamente había conseguido un poco de ventaja, y dudaba de que le durase mucho porque ella estaba legalmente casada, era una viuda respetable, y su carne y sangre había sido reconocida por otro hombre.

—Prepara tus cosas —le ordenó—. Regresamos a Helvellyn House.

CAPÍTULO 25

Helvellyn House, condado de Kent, Inglaterra

Le parecía muy raro estar en la casa sin ser la doncella o la cocinera. Elina se sentía una invitada, aunque la actitud de Alan les mostraba al servicio otra cosa muy diferente sobre ellos: era la amante que regresaba. Pero ella le había dejado muy claro que no pensaba compartir intimidad con él nunca más. El marqués no había replicado a esa decisión, simplemente la había mirado con un brillo peligroso en sus ojos de zafiro.

El pequeño Damian se había acostumbrado mejor que ella a su nueva vida, y disfrutaba paseando por la extensa propiedad con el pequeño pony que Alan le había comprado. Además, el marqués había contratado los servicios de un maestro para que instruyera al niño.

Todo el servicio al completo se deshacía en cumplir los más mínimos caprichos del niño, y ella no sabía qué pensar al respecto porque tanto Flint como Eve lo hacían de corazón no para molestarla.

Ahora, mirando el exterior de la propiedad tras los cristales del salón, se preguntaba cuanto tiempo más iba a soportar esa situación, porque no sentía a Helvellyn House como un hogar sino como una prisión.

Sus asuntos legales con el primo lejano de su esposo habían dado un giro inesperado por la intervención de Alan. Al reconocer al pequeño Damian como hijo natural, le había dado munición al individuo para que la ley fallara a su favor. Ahora, Elina no tenía casa en Norham, ni podía disponer de las treinta mil libras que su esposo le había dejado en herencia, y, por si los problemas parecían pocos, el juicio le había costado casi las tres mil libras que tenía en el banco, y que Alan le había regalado años atrás por sus servicios. «¿Cómo voy a pagar el internado de mi hermano?», se preguntó. Peter estaba a punto de terminar sus estudios, pero le había anunciado que después de concluirlos no tenía intención de regresar a Inglaterra porque había obtenido un puesto de becario en uno de los bancos más importantes de Zúrich. Ella se temía ese momento como ningún otro.

Ahora que Alan se encontraba en Londres en una visita a la corona para ultimar los derechos sobre la herencia y linaje del pequeño Damian, ella debía aprovechar el momento.

—Lord O'Sullivan... —el mayordomo dudó a la hora de dirigirse a ella porque no estaba casada con el marqués, ni iba a estarlo—, milady.

El hombre de su infancia, el hombre que la había amado y propuesto matrimonio no una sino varias veces, caminaba directo hacia ella.

—¡Richard! —exclamó Elina con los ojos brillantes—. ¡Cuánto me alegro de verte!

No lo había visto desde hacía cuatro años, y estaba muy cambiado.

—No podía creerlo cuando recibí tu mensaje.

Richard no solo había recibido el mensaje de ella, también el banco de Norham le había enviado toda la documentación sobre el movimiento de su cuenta, y Elina le había pedido al abogado que había nombrado apoderado, que le enviara toda la información y documentación del juicio que había perdido.

—Dudé mucho antes de enviártelo —se sinceró ella.

—¡Mírate, si pareces una niña más joven que aquella que se marchó de Helvellyn House!

El rubor cubrió el rostro de Elina.

—Marcharme no fue algo fácil de hacer. Ni siquiera fue mi primera decisión.irme fue muy duro. Alejarme de todo lo que amo sin duda ha sido lo más penoso que he tenido que hacer en mi vida.

—Estás muy cambiada —le dijo Richard.

Sí que había cambiado, ahora, era madre, y tenía que luchar por proteger a su hijo.

—Debiste regresar conmigo —le reprochó Richard.

Contra todo pronóstico, Elina rompió a llorar. Y lo hizo durante un momento largo. Richard solo pudo ofrecerle su pañuelo que ella tomó sin mirarlo.

—Felicidades por tu matrimonio —lo felicitó ella cuando se calmó momentos después.

Richard estaba todavía sorprendido de que Elina lo citara en Helvellyn House. Ignoraba que había regresado precisamente con el marqués.

—¿Ahora ya no te esconde? —le preguntó malicioso.

Elina bajó los párpados porque temía llorar de nuevo.

—Merezco tu burla y tu desprecio —respondió sin poder mirarlo a los ojos, y por eso no vio el cambio que se operó en el semblante de Richard.

—¡Por Dios, Elina! No pretendía ofenderte.

—Jamás se ofende con la verdad —replicó antes de invitarlo a que se sentara.

Richard así lo hizo.

—Es que me ha sorprendido verte, nada más —se disculpó el otro.

—¿Has recibido la información que te envié? —le preguntó ansiosa.

—Toda.

—¿Has podido examinarla?

Richard hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Te buscaste un pésimo abogado —respondió después de unos segundos.

Ella creía saberlo, pues se había gastado todo el dinero que tenía ahorrado, y no le había servido de nada.

—Damian Heaton me dejó su casa y su herencia —afirmó ella.

Richard se tomó su tiempo en responder. Se reclinó hacia atrás mientras Elina pedía una bandeja con té al mayordomo.

Richard entendía que ella le pedía consejo legal.

—Aun logrando que ganaras un nuevo juicio, el pariente de tu esposo gozaría de la legítima.

—¿La legítima?

—Es la parte de bienes de la que el testador no puede disponer por haberla reservado la ley a determinados herederos, llamados por esto herederos forzosos.

Ella no podía comprender esos términos legales.

—¿Y no importa la voluntad de mi esposo?

—La legítima de una herencia es intocable, Elina —le explicó—. La única manera de privar al heredero forzoso de su legítima es desheredándolo si se diera alguna de las causas recogidas en la ley, pero tu esposo no desheredó a su pariente, y las leyes de Inglaterra son muy claras al respecto.

—Damian ignoraba que vivía —afirmó ella.

—A falta de hijos...

—El pariente es primo segundo de mi esposo.

—Pero es único descendiente masculino porque tu esposo no tiene hijos propios.

—Reconoció a Damian —le aclaró.

Richard ya conocía la historia.

—La corona ha reconocido el derecho de sangre del marqués de Glastonbury sobre tu hijo.

Ella desconocía esa noticia.

—¿Cómo te has enterado?

—Las noticias vuelan, querida Elina —a ella le gustó ese apodo cariñoso como en el pasado—. Ni te imaginas el revuelo que ha generado vuestra tórrida relación y el nacimiento del heredero —Elina giró el rostro avergonzada porque ahora no solo se conocía su baja moralidad en Kent, sino en toda Inglaterra—. Además, hice algunas averiguaciones por mi cuenta.

—¿Qué me aconsejas, Richard?

El hombre la miró largamente.

—¿Sobre qué deseas que te aconseje?

—Eres el mejor abogado del reino —le dijo sincera.

Richard se lo tomó como un cumplido.

—Damian Benedict Redmayne, tu hijo, es el heredero legal del marqués de Glastonbury, y no podrás luchar contra eso —ella desconocía que su hijo había sido registrado y reconocido ante la ley y la iglesia.

Elina respiró profundo porque sentía deseos de llorar de nuevo.

—Fui una estúpida —susurró con la voz quebrada.

Richard entendía el calvario por el que estaba pasando ella.

—Si en vez de huir te hubieras sincerado conmigo, podría haberte ayudado.

—¿Piensas que no lo sé?

—No le ganarás un pleito al marqués —le dio muy serio—. Al pariente pobre de tu esposo, es posible, pero no al marqués de Glastonbury.

Ella ya lo sabía, y por eso se llevó las manos al rostro y se lo cubrió.

—Me indigna solo pensar el papel que me tiene reservado lord Redmayne.

—¿Qué papel es ese?

Elina apartó las manos del rostro y clavó la mirada en Richard.

—El de amante.

La expresión de Richard se endureció.

—Niégate.

Ella se lamió el labio inferior atormentada.

—Si lo hago tendría que irme de Helvellyn House —le explicó—, tendría que dejar aquí a mi hijo, y no tengo valor para hacerlo.

—Tu hijo crecerá, y vaticino que preferirá saberte lejos de él y honrada, que cerca y desgraciada.

Las lágrimas volvieron a surcar las mejillas femeninas, pero, en esta ocasión, Elina no se las limpió.

—¿Y perderme su crecimiento? ¿No estar aquí cuando lo asolen los miedos, las dudas?

—No tienes más opción, Elina.

Sí, la tenía.

—Puedo aceptar los términos del marqués de Glastonbury.

Richard la escuchaba atento, cada vez que ella hacía referencia a Alan, su voz adquiría la frialdad de la ultratumba.

—Ya te he mencionado que tu hijo crecerá, se hará un hombre que te respetará, si tú te respetas a ti misma.

—¿Y si decido seguir tu consejo, me marchó de aquí, y entonces lo envenenan en mi contra?
¡No resistiría que mi propio hijo me despreciase?

Esa era una posibilidad se dijo Richard.

—¿Crees a Alan capaz de tamaña crueldad?

Elina no parpadeó cuando le devolvió la mirada.

—Ya no sé qué creer, Richard, pero me siento tan confusa que no sé qué camino seguir, por eso he acudido a ti, el único amigo que de verdad tengo.

—¡Qué fácil sería todo si me hubieras aceptado! —le reprochó él.

—Te mereces una mujer que te ame —lo contradijo ella—, y me alegro de que la hayas encontrado.

—Siempre serás el amor de mi vida —le confesó él.

Esa confesión la pilló completamente desprevenida.

—Entonces tengo que despedirme de ti para siempre —aceptó ella cabizbaja.

—No será necesario, Elina, soy un hombre inteligente, y acepté hace muchos años que entre tú y yo solo puede existir amistad.

El brillo en los ojos de ella era de auténtica admiración.

—Entonces —comenzó ella—, ¿representarías mis intereses en un litigio contra el marqués de Glastonbury?

—Necesitas libras, Elina, y muchas.

Ella estaba preparada.

—Venderé Harbledown.

—Si lo haces, te quedarás sin un hogar donde vivir.

—Ya lo tengo todo pensado —le informó la mujer—. Con el resto del dinero que me quedé después del juicio, viviría de alquiler en una ciudad grande como Liverpool, y tendría mi propio negocio.

—¿Un negocio propio?

—Un horno donde cocinar y vender dulces.

Richard la admiró.

—Tendrías un éxito seguro.

—Tengo que vencerle.

—¿Cómo pretendes que lo hagamos? Ya te he mencionado que tu hijo ha sido reconocido legalmente.

—Sé, que ya no puedo cambiar eso, pero quiero a Damian conmigo, y lejos de Helvellyn House.

Richard se quedó pensativo.

—Te mentaría si te dijera que puedes salir victoriosa —le dijo muy serio y sin dejar de mirarla—. No tienes herencia, ni propiedades, no puedes medirte al todopoderoso marqués de Glastonbury.

Ella bufó.

—Deja de decir su título como si fuera un dios, Alan es un hombre, poderoso, sí, pero se le puede vencer.

Richard soltó una carcajada.

—Y, cuando te quedes en la ruina, ¿qué harás?

Ella había valorado esa opción, pero se resistía a rendirse.

—Como mi abogado, ¿qué me aconsejas?

—Que te olvides de un pleito, y que negocies con él —Elina lo miró con sumo interés.

—No se negocia con el diablo.

—Alan solo es un hombre —Richard le recordó sus propias palabras de un momento antes—. Pero como tu abogado, mantendré una primera charla con él. Sondaré sus intenciones, y le haré algunas advertencias.

—¿Harías eso? —le preguntó esperanzada.

—Se reirá en mi cara —admitió Richard—. Pero le haré ver que no estás sola, y que no podrá aprovecharse de ti como en el pasado.

De improviso, Elina rompió a llorar.

—Gracias, Richard, gracias —agradeció sincera.

El hombre se sentía bastante incómodo con el llanto de ella. Si él no estuviera casado, si Redmayne no fuese un cabrón sin escrúpulos, él podría ganarse el favor y la confianza de ella, pero la mujer había elegido a otro para alejarse de Helvellyn House, su hijo era el heredero de Glastonbury, pero sobre todo lo demás, Elina nunca lo había amado...

—Necesito que firmes un documento de representación —ella lo había hecho con el abogado de Edimburgo—. Redactaré unos términos, se los llevaré al marqués, y entonces comprobaré por mí mismo sus intenciones.

—Eres un rayo de esperanza en mi ciega existencia —le dijo Elina emocionada.

—¿Sabes cuándo regresa el marqués?

¡Cómo detestaba ella su título nobiliario! Era un claro recordatorio de su poder y riqueza.

—No he hablado con él desde que llegamos a Helvellyn House hace tres semanas —Richard la miró perplejo—. La casa es muy grande, y yo lo evito todo lo que puedo.

—Tengo que hacer unas gestiones en Londres —le informó Richard con una suave sonrisa—. Iré a visitarlo a su casa de Hyde Park.

Richard se levantó del sillón, Elina hizo lo mismo.

—Te mantendré informada de todo.

La mujer sentía deseos de abrazarlo. Richard era la luz al final del túnel.

—¿Cómo podré agradecértelo? —le dijo impulsiva.

Richard la miró largamente.

—Te mantendré informada...

CAPÍTULO 26

Alan nunca podría haber imaginado el ingente papeleo al que tendría que enfrentarse para reconocer al pequeño Damian como hijo natural y heredero legítimo. Pero ese esfuerzo tenía su recompensa, y él se sentía muy satisfecho con los resultados obtenidos.

Su sangre llevaba su nombre, y nada ni nadie podría cuestionar nunca su legitimidad.

No le gustaba el primer nombre que Elina había escogido para su primogénito, pero no podía cambiarlo a su placer porque la madre tenía mucho que decir al respecto, pero sí que había podido hacer un pequeño cambio en su certificado de nacimiento, ahora el pequeño sería llamado Benedict como su abuelo paterno.

En ese momento se encontraba pensando en ella, aunque ignoraba que ella también estaba pensando en él desde el salón de Helvellyn House, aunque sus pensamientos no eran halagüeños como los suyos sino tormentosos, porque Elina deseaba estar en otro sitio lejos de todo lo que significaba el marquesado de Glastonbury. Estaba deseando de terminar las gestiones burocráticas para marcharse a la propiedad, para verla, sentirla.

Pensar en ella le derretía el corazón.

Elina trataba de no cruzarse con él, lo evitaba todo lo posible, y, aunque a él le divertía su actitud inmadura, tenía que darle tiempo porque necesitaban alcanzara varios acuerdos, y él deseaba la total cooperación de ella.

—Lord O’Sullivan, milord —el anuncio del mayordomo de su casa en Hyde Park lo pilló completamente desprevenido.

Alan se giró hacia la puerta, y miró al mayordomo.

—¿O’Sullivan? —repitió sin creerse que fuera su amigo de la infancia.

No lo veía desde hacía cuatro años, desde aquél día en Harwich cuando Elina lo abandonó.

—Ha mencionado que no tiene cita, pero de igual forma insiste en ser recibido.

Alan salió de su letargo.

—¡Por supuesto! Que pase, lo recibiré aquí mismo.

Cuando Richard cruzó la puerta del salón, Alan le ofreció una sonrisa auténtica.

—¡Cuánto me alegro de verte!

Le tendió la mano cordial, Richard la aceptó.

—Sí, ha pasado mucho tiempo —respondió el otro.

Alan ordenó al mayordomo que preparara unos cafés y unos licores para celebrar el reencuentro.

—¿Cómo está tu padre y tu madre? Sé que te casaste hace algún tiempo.

Richard aceptó la invitación para sentarse, y se tomó su tiempo en responder.

—La salud de mi padre no es muy buena, pero mi madre le insufla ánimo cada día.

Alan recordó el enorme cariño que se tenían los padres de Richard, y sintió una cierta envidia.

—¿Qué haces aquí en Londres? Pensaba que no saldrías nunca de Venford.

Esa era la propiedad que había adquirido Richard tras su boda con lady Dartmoor.

—Tenía que resolver un asunto privado.

—Pues me alegro de que hayas decidido visitarme, aunque casi no me pillas aquí porque estoy a punto de regresar a Helvellyn House.

—Creo que tengo que felicitarte —Alan lo miró sorprendido—. Por tu reciente paternidad. Al marqués se le oscurecieron los ojos.

—Mi hijo Benedict tiene casi cuatro años, mi paternidad no es reciente.

—Pero sí afortunada —afirmó Richard que no apartaba la mirada del rostro del marqués.

—Es un regalo del cielo —dijo Alan en voz baja.

—Mi visita no es casual —ahora lo miró sorprendido—. Vengo legalmente en representación de Elina Smith —Richard rectificó—. De la viuda de Damian Heaton.

—¿En su representación?

Pero Richard no pudo contestarle porque el mayordomo acababa de entrar en el salón con la bandeja del café. Les sirvió uno a ambos, y también una copa de excelente coñac. Cuando se marchó. Alan miró al amigo con un interrogante.

—Elina me ha designado su abogado defensor.

Alan echó la espalda hacia atrás y dejó la taza de café sobre la mesa.

—¿De quién tiene que defenderse? —preguntó con voz seca.

Richard también dejó su taza de café, y cruzó una pierna sobre la otra.

—La has colocado en una situación delicada.

—Explícate —le pidió el marqués.

—Es una mujer respetable, Alan, y debería de seguir así.

—¿Qué tratas de decirme?

Richard se dijo que cuanto antes soltara la bomba, tanto mejor.

—Elina no desea convertirse en tu amante de nuevo.

Alan entrecerró los ojos al escucharlo.

—¿Ella te ha dicho eso?

—¿Crees que es necesario cuando vive en tu casa sin la protección del matrimonio?

—Ha enviudado recientemente —le recordó el marqués.

—¿Es esa tu excusa?

—¿Ahora eres su paladín?

—Soy su abogado —le aclaró el otro.

Alan no se esperaba ese ataque por parte del hombre que creía su amigo.

—Y, como su abogado, ¿qué deseas?

—Un acuerdo justo.

—¿Qué acuerdo?

—Elina quiere vivir con su hijo en Harbledown.

El marqués parpadeó estupefacto.

—Eso es imposible. Mi hijo vivirá y se criará en Helvellyn House con su madre o sin ella.

Richard se esperaba una contestación así.

—Hay decisiones que pulsan cuerdas tan profundas y esenciales que sacuden el alma y lo cambian todo —le dijo el amigo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que la has colocado en la misma situación de cuatro años atrás, y no pienso permitirlo —Alan respiró profundamente—. Su reputación, la que tanto le había costado reconstruir de nuevo, está de nuevo por los suelos.

—A mí no me importa lo que diga o piense la gente.

—Pero debería importarte lo que piensa ella al respecto —afirmó Richard en un tono cordial—. Y por que está en desamparo, he decido prestarle mis servicios como profesional de la ley.

—Esas palabras me suenan a amenaza.

—Vamos a luchar para que Elina pueda vivir con su hijo lejos de Helvellyn House.

Alan sintió las palabras de Richard como un desafío.

—Ningún tribunal de Inglaterra permitirá que mi hijo viva lejos de mí.

—Vuestro hijo —lo rectificó Richard—, se merece que se respete a su madre. Que no sea la burla y los cotilleos de las matronas después de misa...

—Yo, respeto a Elina —lo cortó.

—¿Y por qué la obligas a vivir en Helvellyn House cuando ella no quiere? ¿Por qué no respetas su deseo de vivir en Harbledown?

—¿Es todo lo que tenías que anunciarme? —le preguntó el marqués en un tono sarcástico—. Porque has perdido el tiempo.

Richard respiró profundo antes de continuar.

—Voy a hacer tanto ruido y a remover tanta podredumbre a tu alrededor, que olerás a cadáver hasta el día de tu muerte allí por donde vayas. —Alan solía tomarse las intimidaciones de sus rivales en serio, y mucho más viniendo de un hombre como O'Sullivan—. Tienes tanta miseria que ocultar, que no te voy a permitirte ni un solo segundo de paz —no era una advertencia sino una amenaza.

Alan entendía muy bien cuando tenía de frente a un adversario, y Richard se había convertido en el más peligroso de todos. Ahora sabía la artillería de la que disponía el abogado para enfrentarlo, y sintió deseos de reír porque en verdad podía destrozar su reputación: prestigio que él necesitaba mantener intacto por su heredero.

—Los pleitos cuestan dinero, y Elina no tiene las suficientes libras para hacerme frente con uno —se ufano el marqués.

Richard inspiró varias veces para tranquilizar su pulso agitado.

—Se me ha olvidado informarte que no pienso cobrarle una sola libra para defenderse de ti.

Alan se dijo que Richard no podía hablar en serio.

—¿Ella no tiene que defenderse de mí! —protestó el noble—. ¿Qué buscas con esta acción, ganarte su amor eterno? ¿No te bastó con los rechazos que recibiste en el pasado?

Ese había sido un golpe bajo, y Richard lo sintió en el mismo estómago.

—Siempre amaré a Elina —confesó muy serio—, y por ese amor que siento hacia ella, decidí no interponerme en su camino, ni en sus decisiones.

—Entonces permitiste que tus miedos ocuparan el lugar de tus sueños.

Alan acababa de darle otro golpe porque lo estaba acusando de cobarde.

—Deja que se marche —le pidió el abogado—. Si sientes algo por Elina, permítele que sea feliz, y no tendremos que pleitear y sacar toda la miseria de tu vida y de la de ella. Si de verdad te importa, deja que se vaya.

No, él no podía permitir que se marchara porque le importaba demasiado.

—¿Claro que me importa! —se justificó el marqués—, y sé que puedo hacerla muy feliz.

—El pasado no puede recuperarse —le dijo el amigo en tono amigable.

Alan era consciente de ello.

—Lo sé —admitió sincero.

—Lo que te ofrece Elina no es descabellado —siguió diciéndole el abogado en un tono amistoso—. Ella cuidará de su hijo hasta que alcance la edad necesaria para ser instruido como heredero del marquesado de Glastonbury.

Alan apretó el mentón y tensó los hombros.

—Si hiciera eso le estaría dando la oportunidad de volver a mi hijo en mi contra.

A Richard le pareció cuanto menos graciosos que los dos tuvieran el mismo temor, porque

Elina le había expresado exactamente lo mismo.

—¿Lo pensarás al menos?

—¡No! —fue su tajante respuesta.

—Pues entonces, ya no tengo nada más que decir —Richard se levantó, pero el marqués continuó sentado.

—Estaba dispuesto a convertirla en mi esposa —casi susurró—. Soy el primero en desear que mi hijo Benedict no sea considerado un bastardo.

Richard se preguntó por qué entonces no le había dicho nada a ella.

—¿Piensas que Elina te aceptará? ¿Después de esto?

—Sería marquesa de Glastonbury.

—Conozco a Elina, y sé que los títulos le importan bien poco —Alan se molestó por esas palabras—. Y me preguntó por qué motivo no le has hecho tu proposición.

Porque temía que lo rechazara, esa era la gran verdad. Por primera vez en su vida, Alan tenía miedo de ser completamente rechazado.

—Consideraré tu propuesta —aceptó el marqués.

Richard estaba de verdad sorprendido al escucharlo.

—Informaré a Elina sobre nuestra conversación.

—¡No! —exclamó el marqués—. Yo lo haré.

CAPÍTULO 27

Nadie del servicio anunció la llegada del marqués a Helvellyn House, y por eso pilló a Elina desprevenida porque no lo esperaba.

Alan la encontró fuera en el jardín posterior de la mansión leyendo unos documentos de los que ignoraban su contenido, pero que tampoco le importó porque tenía urgencia por hablar con ella. Elina vestía de forma sencilla, pero estaba perfecta. Su cabello negro brillaba bajo los rayos de sol, y él se moría por besarla. Era un suplicio saber que dormía tan cerca, necesitarla tanto, y no poder ni siquiera acercarse.

—¿Malas noticias? —le preguntó.

Elina se sobresaltó al escucharlo. Alan la vio recoger los documentos, y guardarlos de prisa.

—Ningún sirviente me anunció tu llegada —le dijo mientras se negaba a mirarlo.

La actitud de ella le preocupaba realmente.

—Si lo hubieran hecho habrías desaparecido, ¿verdad?

No, ella no podía desaparecer por el pequeño Damian que estaba fuertemente vigilado por los dos guardaespaldas que Alan había contratado. El marqués la conocía muy bien, y sabía que ella aprovecharía la mínima oportunidad para huir de nuevo.

—Tengo que irme —Elina se levantó y comenzó a girarse para marcharse.

La mano de Alan la detuvo por el brazo, pero ella se resistía a mirarlo.

—¿Qué te ha pasado, Elina?

Ella no era tan tonta como para responderle.

—¿Te ha visitado mi abogado? —lo hostigó.

A ella le preocupaba la calmada serenidad del marqués pues esperaba su furia y cólera cuando descubriera que ella había solicitado la ayuda de abogado para enfrentarse a él.

—¿Te casarías conmigo, Elina?

Su inesperada propuesta logró que ella bajara la guardia y lo mirara.

—¡No! —fue su tajante respuesta.

—Si te convirtieras en mi esposa terminaríamos con esta guerra.

A ella le molestó que le dijera eso.

—Esta guerra como tú la llamas, es solo culpa tuya —le replicó de forma amarga.

—Soy un hombre emocional.

—Visceral —lo cortó ella.

Alan seguía sujetándola por el brazo.

—Las emociones han guiado y modulado mi vida —comenzó el marqués—. Han sido el empuje que me hacía seguir adelante.

—No me interesa saber nada de tu vida o tus emociones —le replicó seca.

—Mis sentimientos hacia ti me hacían impredecible.

Ella lo volvió a cortar.

—Irritable —contestó ella.

—Una vez me dijiste que me amabas —le recordó él.

Era cierto, una vez en Harwich se lo había dicho, y él le había respondido con silencio.

—Cuando se ama —comenzó ella—, nunca vuelves a ser la misma persona que eras antes, y,

cuando se odia, tampoco.

—Yo siempre he te querido, Elina —ella lo miró estupefacta.

¿La quería? Pues bonita manera de demostrarlo.

—No deseo escucharte —pero él siguió.

—Durante toda mi vida, siempre he tenido lo que he deseado, solo se me ha resistido una voluntad, la tuya —Alan la soltó del brazo, pero ella no se marchó. Seguía mirándolo entre atónita y precavida—. Y me cegué en conseguirte sin medir las consecuencias.

—¿Por qué me explicas esto? —le preguntó ella—. Nada de lo que digas ahora cambiará lo que siento por ti.

—¿Y qué sientes, Elina?

¿De verdad pretendía que le contestara?

—Unos deseos locos de alejarme de ti y de Helvellyn House.

—Te llevarías a nuestro hijo de mi lado —murmuró en voz baja—. Hiciste algo censurable al ocultar que iba a ser padre, y a obligar a otro hombre a aceptarlo.

—No obligué a Damian —se defendió ella—. Estaba enfermo, necesitaba a alguien que la cuidara, y yo era la persona adecuada.

—Tenías la obligación de informarme.

—Nada habría cambiado con ello, además, temía que me quitaras a mi pequeño.

Y eso era precisamente lo que había hecho.

—Soy consciente que si no tengo a mi hijo a mi lado, tampoco te tendré a ti.

Los ojos de ella refulgieron.

—¿Es que no quiero estar a tu lado! —exclamó directa—. ¡Acéptalo!

No, no podía aceptarlo porque significaría perderla a ella.

—Soy un hombre nuevo, Elina.

Ella lo miró en verdad sorprendida.

—El hombre nuevo que ha raptado a mi hijo, que lo tiene vigilando día y noche y me obliga a estar en un lugar que detesto, ¿acaso no ves la incongruencia de tus palabras? —respondió sarcástica.

—Damian Benedict Redmayne será mi único heredero.

Ella lo observó atenta.

—¿Tratas de decirme que no piensas casarte y engendrar un heredero legítimo?

—Nuestro hijo es mi heredero legítimo —le dijo muy serio—. Y después de estar contigo, ya no deseo estar con ninguna otra mujer.

A ella le parecía un jeroglífico sus palabras.

—¿Deseas confundirme? —inquirió molesta.

—Deseo que te quedes conmigo por tu propia voluntad.

Elina ya no era ingenua ni estúpida.

—La nuestra es una historia ya acabada y que no deseo recordar, es mas, deseo enterrarla en el olvido, hundir sus recuerdos en lo más profundo de mi memoria, y olvidarla.

—¿Tan desgraciada te hice?

Mucho más, se dijo ella.

—Deja que me marche —le pidió ella sosteniéndole la mirada.

—¿A Harbledown, la casa de tu tía?

—Sí —contestó ella.

Alan sabía que había perdido la batalla. Y no solo por la visita de Richard en Londres que le había abierto los ojos. Elina ya no quería nada con él, y obligándola a vivir en Helvellyn House

solo lograría que lo despreciase. Podría someterla de nuevo utilizando al hijo de ambos, pero Alan realmente había cambiado. Las maquinaciones de Lady Niven lo había obligado a replantearse su vida y sus futuras acciones.

—Esta bien —admitió al fin.

Elina parpadeó estupefacta. ¿Consentía en su marcha?

—¿Con mi hijo? —todavía no podía creérselo.

—Nuestro hijo necesita a su madre —aceptó cansado—. Pero te pido que me dejes educarle para ser el heredero de Glastonbury. Deseo que me respete, y que se sienta orgulloso de su legado.

A ella le parecía un trato justo.

—¿Por qué este cambio, Alan? —ella seguía sin creérselo del todo.

—Porque una vez me amaste, y no lo merecía —ella parpadeó asombrada por su revelación—. Porque fuiste lo mejor que me ocurrió en la vida, y no supe verlo ni valorarlo —a ella la abrumaba su confesión—. Porque me hiciste el regalo más precioso del mundo, nuestro hijo, y que por culpa de mi soberbia y arrogancia os alejé de mí y de mi vida.

—¡Alan! —estaba tan sorprendida que apenas podía decir nada.

El marqués estaba plantado frente a ella, y la miraba intensamente.

—Sí, te haría mi esposa —ella no se lo había preguntado—. Y no por los motivos que piensas.

—¿Por qué otro motivo? —se aventuro a preguntar.

—Porque te amo, siempre te he amado, y por ese sentimiento que no sé gestionar en mis emociones, decido que te marches a Harbledown con nuestro hijo...

CAPÍTULO 27

Elina no se quedó a preguntar nada más al marqués. Él le había concedido la libertad, y le había tomado la palabras. En ese momento se encontraba metiendo sus ropas en un baúl. Había ordenado al mayordomo que le buscara un carruaje de alquiler pues deseaba dejar la propiedad de Helvellyn House lo antes posible. Ella temía que el marqués se arrepintiera.

—¡Cómo la vamos a extrañar, milady! —la sirvienta que la ayudaba a meter sus pertenencias en el baúl, no la miraba.

—No soy milady —la corrigió.

—Su padre era barón y luchó contra Napoleón —le recordó la joven.

—Barón es un título menor —le explicó ella.

—Pues todos en Helvellyn House estamos muy contentos con su llegada, y ahora muy tristes con su marcha —siguió diciendo la chica de forma rápida.

—Es lo correcto —se dijo Elina para convencerse.

Después de la confesión de Alan, sentía sus sentimientos desbocados, pero ansiaba irse, era lo que más deseaba.

—Creímos que después de todo lo que había sufrido el marqués de Glastonbury, ahora podría ser de verdad feliz —a la muchacha no le importaba que ella no quisiera escuchar su charla.

Elina seguía metiendo prendas de cualquier forma en el baúl.

—Estuvo al borde de la muerte, ¿lo sabía? Y cuando regresó con el pequeño Adam todos nos sentimos de verdad muy felices.

Elina dejó de meter ropa y miró atentamente a la criada.

—¿Qué le sucedió? —preguntó por fin interesada.

—Ahhh, una terrible enfermedad que lo mantuvo entre la vida y la muerte —ella se dijo que la sirvienta exageraba—. Y todo por culpa de esa malvada lady Niven, ojala reciba lo que se merece.

Elina sabía lo que les gustaba el chisme a los sirvientes.

—¿Qué tiene que ver lady Niven con la enfermedad que sufrió el marqués?

La muchacha sonrió de oreja a oreja. Elina no tenía modo de saber que cumplía la orden dada por el ama de llaves de informarle de todo lo sucedido desde su marcha de Helvellyn House.

Eve, el ama de llaves le tenía verdadero aprecio, y sabía que su lugar estaba junto al noble, por eso había decidido que la sirvienta le cotilleara detalles que pensó que le interesarían, y que quizás le hicieran cambiar de opinión.

—Ophelia Forbes es mi prima y trabajaba en las cocinas de la casa de la viuda, y me contó todo lo que ocurrió allí, una desgracia —Elina no comprendía la charla de la muchacha—. Esa mujer tan vengativa debería de estar en la cárcel...

Elina hizo algo impulsivo: la mandó callar y se giró sobre sí misma. Sabía dónde encontraría al marqués. Ahora tenía que preguntarle que venganza sobre él había urdido la viuda. ¿de verdad habría estado entre la vida y la muerte? Entonces podría entender su cambio de actitud, pero necesitaba preguntarle porque ahora no podía marcharse sin conocer lo que le había ocurrido, y no quería saberlo por una criada.

Empujó la puerta de la biblioteca, y lo encontró frente a la enorme librería. Sostenía un tomo

de piel con letras doradas en las manos, pero no lo miraba sino que tenía la mirada perdida en el vacío.

—¡Alan! —lo llamó.

El marqués se giró hacia ella.

—Creía que eras Flint que me traía un té.

Ella caminó hacia él decidida.

—Me han contado que estuviste entre la vida y la muerte.

El marqués parpadeo asombrado al escucharla, un segundo después su mirada se enterneció.

—Lo estuve —admitió en un tono de voz bajo.

—¿Cómo, por qué? —se interesó ella.

—Es una larga historia —respondió dejando el tomo en su lugar correspondiente.

—¿Qué te hizo lady Niven? —le preguntó a bocajarro.

Él no quería hablar del tema porque todavía sentía un dolor profundo. No se había recuperado ni emocionalmente, ni físicamente.

—Vengarse —contestó franco.

—¿Cómo? —insistió ella.

Alan caminó hacia su escritorio, y tomó asiento tras la mesa. Elina lo siguió muy interesada.

—Me citó en su casa de Londres con la excusa de devolverme unos objetos que había olvidado tiempo atrás —comenzó él—, una vez allí, me drogó —la mujer lo miró espantada—. De madrugada me envió en un carruaje de alquiler a Helvellyn House. Llegué inconsciente, y horas después tuve fiebre.

—¿Qué te dio?

Alan no lo sabía.

—Algo en el coñac, imagino, porque después de tomarlo comencé a sentirme mal, y lo siguiente que recuerdo es despertarme en mi cama en Helvellyn House ardiendo de fiebre y con el cuello tan inflamado como los testículos, pensé que me iban a estallar.

Elina se llevó la mano a la garganta. La inflamación de cuello y cara significaba...

—¡Paperas! —exclamó.

Alan hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Louise hizo que me contagiaran.

—¿En su casa? —Elina estaba a punto de maldecir.

¿Qué persona tan malvada ideaba una venganza así?, se preguntó.

—Cuando Richard y ella vinieron a Harwich, perdí los nervios y le dije cosas muy duras. Incluso me burlé de su infertilidad porque ella quería ser la cuarta marquesa de Glastonbury. Por ese motivo me marché de Londres, porque había ideado que comprometiera su reputación para obligarme a desposarla, pero yo nunca me habría casado con ella, y no solo porque era estéril.

Elina lo escuchaba en verdad sorprendida.

—El marquesado necesitaba un heredero —musitó ella.

—Era mi amante...

Sobran las palabras.

—Y un aristócrata nunca se casa con sus amantes —terminó por él.

El brillo en los ojos del marqués la incomodó.

—Siempre hay excepciones —la corrió él.

—¿Y no le reclamaste sus argucias? —le preguntó airada—. Cuando menos yo la habría estrangulado con mis propias manos.

A él le gustó la defensa que hacía Elina.

—Fue muy lista y se marchó a Italia, presumo que ya no volveré a verla nunca más. Tampoco lo deseo.

—No estuvo bien lo que te hizo —aseguró pensativa.

—Yo no me porté como un caballero, la traté muy mal —respondió pensativo y en un tono seco—. Y ahora soy tan estéril como ella.

Elina lo miró apenada.

—Lo lamento —se condolió de verdad.

—Pero decidí cambiar mientras te buscaba, y la vida me ofreció una nueva oportunidad de redención.

No hacía falta ser muy lista para saber que se refería al hijo de ambos.

—¡Damian! —exclamó ella.

—Casi sufro un shock al conocerlo, y me sentí tan feliz que no medí contigo los resultados de mis acciones —confesó sincero—, y me equivoqué de nuevo de forma miserable.

A ella se le ablandó el corazón porque ahora entendía mejor sus decisiones arbitrarias.

—Si me lo hubieras dicho, habríamos llegado a un acuerdo.

Alan negó con la cabeza de forma enérgica.

—Contigo no me conformo, Elina, lo quiero todo: nuestro hijo, a ti, lo que compartíamos en Harwich...

—¿Y me ofreces la libertad? —a ella le parecía incongruente.

—Te la ofrezco porque me he rendido a lo inevitable, amarte sin esperanzas.

Había deseado tanto escuchárselo decir, pero eso fue en el pasado.

—Lamento lo que te ha pasado, de verdad —sus palabras eran sinceras.

—No quiero pleitear contigo —Alan hacía clara referencia a O'Sullivan como su abogado—. Aceptaré tus decisiones, y tus términos.

De verdad que no parecía el mismo hombre que ella conocía.

—Me cuesta aceptar este cambio de actitud por tu parte.

El rostro de Alan le mostró lo cansado que estaba de luchar por imposibles.

—Solo te pido que no vuelvas a nuestro hijo en mi contra.

A ella le sorprendió esa solicitud.

—Jamás haría algo así —replicó seria.

—Entonces, márchate en paz...

CAPÍTULO 28

Habían pasado las semanas pero ella no olvidaba al marqués de Glastonbury. No vivía en Helvellyn House, pero lo tenía cada día más presente.

Se había instalado con el pequeño Damian en su casa de Harbledown, y se ganaba la vida cocinando pasteles para un horno de la comunidad. Alan le había ofrecido dinero que ella no había aceptado porque su cartera de clientes aumentaba gracias a las buenas referencias.

Quería demostrarse así misma que era capaz de cuidarse sola, y también al hijo de ambos.

Su hermano Peter le había escrito que le encantaba su trabajo en Zúrich, y que el director le había propuesto una cartera de clientes que podrían encumbrarlo en un futuro a entrar en el consejo. Estaba muy entusiasmado porque había alquilado un pequeño apartamento en el centro de la ciudad y la invitaba a visitarlo. Elina tenía pensado hacerlo más adelante.

Como cada viernes a las once de la mañana, escuchó el carruaje, y su corazón se aceleró. Había llegado la hora de visita del marqués de Glastonbury para el hijo de ambos, Damian. Alan solía pasar el día con él, pero de un tiempo a esta parte, Elina también participaba en las diversas actividades que programaba para el pequeño.

El viernes anterior le había pedido permiso para llevárselo a Londres pues deseaba comprarle un vestuario acorde a su rango de heredero de Glastonbury, y ella no podía negarse, tampoco lo pretendía.

Entre ambos existía cordialidad, y ella no quería que cambiara.

Elina escuchó todo lo que le había sucedido a Alan no solo por la boca de la doncella de Helvellyn House, sino por el propio marqués, y también por Richard. El abogado estaba conforme en la decisión que había tomado el marqués de permitirle a ella mudarse a Harbledown.

Si Elina no se lo hubiera confirmado, Richard no se lo habría creído. Y se alegraba en verdad porque, aun amenazando a Redmayne, ni él ni Elina tenían posibilidad alguna de ganarle un pleito, y cuando se lo dijo a ella, la mujer lo miró con un brillo de lo más extraño en sus ojos.

Alan no era el mismo hombre, pero ella tampoco, y tras conocer todo por lo que había pasado tras huir de él, su alma se había enternecido, quizás demasiado porque cada viernes, ante la proximidad de su llegada, su corazón se aceleraba, y su estómago se encogía de expectación.

Ahora, mientras amasaba unos bollos de miel y canela, Elina recordó su vida pasada, y supo que podía mirar al futuro con esperanza. Había aceptado su parte de culpa en la desgracia del marqués porque, si ella se hubiera quedado con Alan en Harwich, lady Niven no habría ejecutado su venganza sobre él, ¡ella se lo habría impedido!

El pequeño salió corriendo en busca del padre, y ella no se lo impidió. Ambos, padre e hijo hicieron su entrada en la casa, pero ella no estaba en el salón sino en la cocina horneando pasteles. El marqués la encontró como aquella primera vez en Helvellyn House con las mejillas manchadas de harina.

Y Alan sintió la misma necesidad de antaño. La voluntad de tomarla entre sus brazos y de hacerle el amor allí sobre la mesa de la cocina, de alimentarse de la sutil fragancia que desprendía ella a canela y vainilla, y apoderarse de todo su ser, era demasiado intensa. Alan se dijo que de tener la oportunidad de hacerla suya de nuevo, le permitiría que ella lo dominara, que hiciera con él lo que quisiera, aunque fuera por un breve lapsus.

Jamás se había sentido así.

—¡Dulces de almendra! —exclamó al ver la bandeja sobre la mesa.

Alan dejó al pequeño en el suelo y camino hacia el interior de la cocina. Tomó un pequeño dulce de almendra y se lo llevó a la boca. Lo masticó lentamente con sumo placer.

—No hay manos como las tuyas en toda Inglaterra —a ella le gustó especialmente el cumplido—. ¿Cuándo cocinarás para mí? —Alan había alzado al niño y lo había sentado sobre la mesa. Juntos competían por ver quién comía más dulces de almendra. Elina clavó la mirada en las dos cabezas juntas y contuvo un jadeo. ¡Dios!, era como retroceder en el tiempo y ver a Alan de niño. Los ojos infantiles eran tan azules como los del padre. El cabello rubio como el trigo dorado, se rizaba a la altura de la nuca exactamente como el de Alan.

De repente, una sensación angustiada se instaló en su pecho.

¡Eran su familia! ¡Los dos! Alan era el hombre de su vida, jamás había dejado de amarlo, y Damian era el hijo de sus entrañas. Su hombre y su hijo, juntos, algo que jamás podría haber soñado que fuese posible.

Alan percibió más que vio la mirada extraña que Elina le dirigía en ese preciso momento. Giró la cabeza hacia ella, y, sin un asomo de la carga emocional que sentía, la miró a los ojos y gesticuló con los labios un: te amo.

—Alan, tenemos que hablar —le dijo ella.

—Di, te escucho.

Ella soltó un suspiro largo.

—Termino de amasar los bollos, y preparo un té.

Pero Alan no se movió de la cocina, seguía mirándola intensamente como cada viernes desde hacía catorce semanas. Elina se limpió las manos en el delantal blanco y caminó hacia él.

—No te comas todos los dulces de almendras —regañó al pequeño cuando vio sus intenciones de comerse unos cuantos más.

—Le gustan tanto como a mí —dijo el marqués con una gran sonrisa.

—Son un encargo especial para el padre Craig.

—Yo te pagaré el triple por ellos —le dijo con un brillo extraño en los ojos.

A Elina le gustaba la serena amistad que se había forjado entre los dos. Todas las dudas habían sido aclaradas, y ya no había rencor por su parte ni manipulación por la suya. Eran los padres que cualquier niño desearía, salvo que no vivían juntos sino separados.

Pero Elina había tomado al fin una decisión.

—Podrías pedirle a esos dos guardaespaldas que has contratado para que cuiden a Damian, que lo lleven a Helvellyn House. Eve y Flint lo cuidarán por nosotros hasta mañana.

La mirada del marqués abrasaba al escucharla. Luka y Dave siempre se mantenían cerca cuando el niño estaba con él. Ahora se encontraban fuera de la casa esperando.

—¿Por qué? —apenas le salía la voz.

—Porque tenemos que hablar.

El corazón del marqués se aceleró.

—Puedo pedirles a Luka y Dave que lo entretengan durante un rato, e incluso que le den una vuelta en el carruaje.

Elina tenía otros planes.

—No será suficiente.

Alan no podía tragar.

—¿Suficiente?

Ella le mostró una sonrisa cómplice.

—Tiempo... —la mirada del marqués era de confusión—. ¡Pídemelo, Alan! ¡Lo estoy deseando —ahora era de absoluta esperanza.

Él sabía perfectamente lo que ella le estaba pidiendo, y la emoción le impedía respirar.

—¿Aceptarías ser mi esposa, Elina?

Ella cerró los ojos, soltó un suspiro largo, y después de un segundo lo miró.

—Sí, acepto ser tu esposa.

Para sorpresa de Elina, Alan rompió a llorar, y ella no pudo sino lanzarse a sus brazos y besarlo. Le secó las lágrimas con besos. El sabor salado le quemó los labios, y, con una suerte de angustia, ambos buscaron la boca del otro. Enterrando en ese beso las penas pasadas, recuperando la esperanza del futuro.

Y la besó más profundamente, abriendo sus labios con la acuciante necesidad de su lengua, y reclamando una respuesta que ella no le negó porque lo deseaba con todas sus fuerzas. Las manos masculinas ascendieron por el torso femenino y sujetaron el rostro amado que lloraba.

—¿Por qué? —le preguntó tras unos momentos—. ¿Por qué este cambio de parecer, Elina?

—¿Necesitas preguntarlo? —le preguntó ella. En realidad no lo necesitaba, pero quería escuchárselo decir—. Porque te amo. Siempre te he amado, y no deseo consumir la vida lejos de ti —ella extendió su mano y asiéndole del pelo lo acercó más a sus labios con un gemido de triunfo.

—Voy a enviar a nuestro hijo de inmediato a Helvellyn House.

El marqués voló dando las órdenes, cuando se aseguró que el cochero y el mozo de cuadra atendían sus órdenes, regresó a la cocina a por ella. Elina no se quejó cuando la tomó en brazos, y se dirigió con ella al dormitorio.

—Damian Heaton nunca consumó nuestro matrimonio —le confesó apenas en un susurro—. Eres el único hombre que me ha poseído en cuerpo y alma —le confesó henchida de amor.

Una vez en la alcoba, Alan la amó con un ansia loca, con desesperación. Con el mismo amor que una vez compartieron en Harwich antes de que todo se estropeará. Y entre la marea de pasión de los dos amantes, el destino completaba el círculo.

Elina había decidido, en una encrucijada vital: seguir obcecada en sí misma, o intentar vivir su vida con todas las consecuencias, y había elegido esto último.

—Nada en el mundo me completa más que tú —le dijo el marqués mientras volvía a besarla de forma apasionada, completa, obsesiva.

Título original: El marqués y la doncella

©2020 Kate L. Morgan

©Morgan, de la fotografía de la cubierta

Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.